

**Gastón Pérez Izquierdo**

# **UN HOMBRE Y MEDIO**

**2015**

## GASTÓN PÉREZ IZQUIERDO

# UN HOMBRE Y MEDIO

*Vasco heroico, almirante y marqués de España  
Blas de Lezo, nacido en Parejas,  
corazón hacia el mar del pueblo vasco.  
Manco, tuerto y sin una pierna,  
defendió Cartagena de Indias  
y venció a una flota británica que superaba  
en sesenta buques a la histórica  
“Armada Invencible” de Felipe II*

**2015**



## INDICE

REFLEXIONES DEL AUTOR		7
-----------------------	--	---

### RECELOS, DUDAS y GUERRA

CAPÍTULO I	Guerra por una Oreja	10
CAPITULO II	Soldado rico, soldado pobre	22
	1- Vernon	22
	2- Blas de Lezo	30
CAPÍTULO III	Varias de cal y una de arena: La Guaira, Portobello, Cuba, Perú	37

### EN GRAN BRETAÑA

CAPÍTULO IV	Una Familia Inglesa	53
CAPÍTULO V	Espionaje	55
	1-La Misión	51
	2- Comienza la Aventura	53

### EN EL CARIBE

CAPÍTULO VI	La Reina del Caribe	69
	1-Cartagena: Tributo a su belleza	69

	2-Cartagena: En tiempos de Lezo	77
	3-Cartagena: Informe del capitán Mayne	79
CAPÍTULO VII	“Invasiones” de Vernon	89
	1-En Francia	89
	2-Vuelve Vernon a Jamaica	86
CAPÍTULO VIII	Una Correspondencia interesante	95
	1-Carta	95
	2-Cambio de planes	100
	3-Una carta con reflexiones	108
	4-Desavenencias	113
	5-En el frente inglés	115
	6-Continúa la carta	117
CAPÍTULO IX	Avanza Vernon	120
	1- Diarios	120
	2- Carta del Oficial inglés	121
	3- Aviso al almirante Torres	124
	4- Continúa la carta del inglés	125
	5- Optimismo y realidad	127
	6- Toma de Bocachica	128
	7- Ingreso de los ingleses a la bahía	134
	8- Ataque al San Felipe	135
	9- De regreso a la carta del inglés	138
	10- Ataque a La Boquilla	138
CAPÍTULO X	Planes de Ataque y de Defensa	143
CAPÍTULO XI	Comienzan las Dificultades	145

	1-Combates en La Boquilla	145
	2-La Buena Estrella Abandona a Vernon	150
	3-El Descalabro <a href="#">de la invasión</a>	153
CAPÍTULO XII	Derrota inglesa	157
CAPÍTULO XIII	Crímenes en Londres	175
CAPÍTULO XIV	Las investigaciones	171
	1-Dudosos	171
	2-Archivos personales	167
CAPÍTULO XV	La pesquisa	183
	1-Lista de prisioneros	188
	2-Gestiones paternas	190
	3-En el Caribe	191
	4- Dos oficiales impacientes	192
	5-La cita	193
CAPITULO XVI	El principio del Fin	193
	1-La esclavitud	193
	2-Éxito de N´Bogo	204
	3- El encuentro	206
CAPÍTULO XVII	Fin de Fiesta	209
	1-El final	209
	2-Desenlace	215
	3- Últimas referencias	216
EPÍLOGO		225

## REFLEXIONES DEL AUTOR

Si el lector esperara encontrar en estas líneas una semblanza de Blas de Lezo similar a las empleadas por James Boswell cuando escribiera la “Vida del doctor Johnson”, o Tácito cuando hiciera “Vida de Agrícola”, sin duda se vería decepcionado.

En ambas biografías prevalecen, como un privilegio para los escritores, dos condiciones esenciales: la íntima amistad de Boswell con el vate y la condición de ser su yerno para el romano. Además – obvia consecuencia de la anterior - la prerrogativa de ser contemporáneos suyos. Eso – al modesto criterio de este autor – le asigna a la empresa un carácter mágico: la sola transcripción de los apuntes tomados por los publicistas permite, a quien los lee, forjarse una idea de las condiciones psicológicas de los personajes y admirarlos o detestarlos. Boswell, como buen inglés, le concede al lector libertad para decidir acerca de la opción que le otorga, pero lo guía de tal modo que éste adquiere una opinión estimable del biografiado. Por si fuera poco, esa biografía resulta ser un gran libro, confeccionado por un notable escritor.

Por desgracia, este autor no puede invocar ninguna de esas condiciones que produjeron un juicio positivo sobre ambas obras: no es contemporáneo ni amigo de Lezo. Simplemente ha relatado la epopeya que tuvo al noble vasco como protagonista en el desigual combate que librara contra el almirante Edward Vernon, cuando éste intentara, en nombre de Gran Bretaña y con fuerzas muy superiores, violar los dominios de España en América.

Es sabido que los ingleses continúan alimentando hasta nuestros días la “leyenda negra” de España, denigrando a sus Fuerzas Armadas, su clase dirigente y hasta su propio pueblo, amén de su tradición religiosa. Todavía es frecuente advertir burlas sobre la “Armada Invencible”, con que Felipe II procuró invadir las islas británicas en 1588. Han perpetuado una memoria activa, alimentada por vistas cinematográficas, novelas, textos históricos o crónicas periodísticas, todas ellas enfocadas desde una óptica con frecuencia inexacta. Ignoran, por ejemplo, que el inmortal Lope de Vega confeccionó unos versos maravillosos referidos a esa armada y a don Álvaro de Bazán, comandante indiscutido hasta su muerte:

*El fiero turco en Lepanto,  
En la Tercera el francés  
Y en todo mar el inglés  
Tuvieron, de verme, espanto....”*

Cuando el almirante Vernon “invadió” Nueva Granada condujo una flota que superaba en 60 buques aquella “armada invencible”<sup>1</sup>, tan vapuleada por los historiadores. Sin embargo, el ingenio de Lezo -podría semejarse al de Ulises - venció al almirante inglés con muchos menos elementos y más astucia.



De cualquier manera no debemos apresurarnos; esos pormenores constituyen el centro del relato contenido en este libro, que fuera escrito por una persona nacida en América, orgullosa de exhibir los méritos de sus ancestros.

En ocasión de la “Guerra de la Oreja de Jenkins” o “Guerra del Asiento” o “Guerra del Caribe”, el monarca británico recibió la noticia equivocada de que Cartagena había sido tomada, y el imperio español sucumbido ante la bota inglesa. Con desmedida premura, y deseando humillar a los españoles, el rey de Gran Bretaña mandó acuñar medallas conmemorativas del suceso, que ponía a Lezo y España, de rodillas ante el almirante Vernon.

Cuando advirtió que no era así, que España no solo no había sido derrotada sino que las más de ciento ochenta naves y treinta mil soldados fueron vencidos por una dotación de apenas tres mil soldados y solo seis buques de guerra, comandados por un almirante al que sucesivos combates lo convirtieron en “medio<sup>1</sup>

hombre” por destrucción de su cuerpo, Jorge II no pudo más de indignación e impotencia. Ordenó el retiro de esas medallas.

El soberano hizo algo más: dispuso que los historiadores de esa contienda no la recordaran nunca y los episodios que la conformaban fueran borrados para siempre de todos los anales ingleses. La consigna

---

<sup>1</sup> Felipe II nombró, a la muerte de don Álvaro de Bazán, al duque de Medina Sidonia, uno de los doce grandes de España. Consciente de la pesada burocracia de su reino, Felipe lo designó para que hiciera valer su condición y venciera los engranajes oxidados de su administración. En otro orden: la flota que comandaba Vernon estaba compuesta por ciento ochenta y seis naves: la “Armada Invencible” de Felipe II, que comandara el duque, ciento veintiséis.

real fue acatada por las sucesivas generaciones de historiadores británicos. Comprensible y utilitaria para Gran Bretaña, inadmisibles que los pueblos de habla hispana ignoren el suceso; sorprende la escasa trascendencia que España le ha dado a la proeza de Lezo; el exceso de recato suele no ser positivo.

Sin embargo, la justicia Dios es atemporal. Cuando Gran Bretaña celebró los dos siglos de la batalla de Trafalgar, invitó a todas las Marinas de Guerra del mundo a participar del festejo. Por supuesto, para sorpresa de la “rubia Albion”, la Marina española también asistió a la “celebración” de su derrota a manos inglesas, cuando a las órdenes de un almirante de Napoleón concurría a mar abierto, para batirse con Nelson.

Lo que debían ignorar los ingleses, era que los soldados españoles serían trasladados en una fragata llamada “Blas de Lezo” y sus oradores, al cumplir el protocolo vigente, se explayaron sobre ese nombre. Los anfitriones debieron escuchar, junto a todas las Armadas del universo, que esa denominación era un homenaje al súbdito de Su Majestad cuyo menguado cuerpo derrotó a Gran Bretaña, honrando la leyenda militar de España.

Por fortuna, una incipiente literatura procura darle el brillo que merece esa gesta, que protagonizara Blas de Lezo; un buen vasco, envuelto moralmente en los pliegues de la bandera de España.

Con absoluta modestia e insuficiente nivel, este libro apunta en esa dirección.

## **RECELOS, DUDAS Y GUERRA**

## CAPITULO I

### **GUERRA POR UNA OREJA**

El pelo, sucio y grasoso, le caía lacio y con algunas hebras blancas hasta los hombros. Lo había dejado crecer a propósito, para que disimulara la falta de la oreja izquierda, que se la había hecho cortar el capitán de navío Juan León Fandiño en el año 1731.

El contrabandista Robert Jenkins era capitán del Rebecca, un buque pirata que fuera interceptado por Fandiño, responsable ante el rey de España de guardar las costas de las lejanas tierras americanas y que con celo manifiesto patrullaba las aguas del Caribe.

La medida fue de carácter policial y el buen gallego no se había excedido en sus funciones, salvo la imprudente advertencia al pirata, cuando le cambió la vida por la oreja: “Ve y dile a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve”. Pero Fandiño, indignado, decía que solo era una monserga. Reconocía haberle hecho cortar la oreja, pero repetía que solo le había dicho “Aquí está tu oreja. Tómala y llévasela a tu rey para que vea que acá no se contrabandea”. Como diría un italiano: “se non é vero, é ben trovato...”.

En circunstancias normales ello no podría haber pasado a mayores, ni siquiera hubiera sido escuchado el pirata, que por lo demás, había cometido el delito de contrabando (sin contar los que habría acumulado antes, en su haber de predador). Menos probable es que el mismo rey le hubiera concedido una audiencia o lo recibiera el Parlamento, como de hecho ocurrió.

Jenkins, mientras se dirigía al edificio de los Comunes, lanzó una blasfemia por lo bajo y exclamó, con ese tono que es propio de los bebedores habituales:

-¡Meo sobre tu cabeza, maldito Fandiño! Quizá toda esta desgracia que llevo a cuestas desde hace años se transforme en un buen negocio para mí. ¡En ese caso te bendeciré en lugar de desear todos los días bailar sobre la tumba donde entierren tus huesos!

La cosa era ahora distinta en Londres, y Jenkins, con el instinto nato de los delincuentes, lo intuía. Los empresarios – sobre todo los textiles – tenían un importante stock y el contrabando (que auspiciaban) en las remotas regiones americanas no alcanzaba para colocar la producción en serie, que se acumulaba en galpones ansiosos por ser descargados.

Habían logrado importantes factorías en los territorios conquistados por los portugueses, desde donde el producto inglés – muy codiciado por criollos y españoles – penetraba ilegalmente en los virreinos de España.

También intentaron una punta de lanza en la Colonia del Sacramento y por medio de ese enclave, que abriera Portugal en

abierta oposición al Tratado de Tordecillas, pensaron introducir mercaderías londinenses al Río de la Plata. Pero desde Garro, gobernador de Buenos Aires en 1680, hasta quienes le sucedieron, se levantaron como un solo hombre para impedir el avasallamiento portugués, detrás del cual se vislumbraba Albion.

El contrabando no era suficiente, a juzgar por los resultados; había que impedir ese odioso monopolio español.

Más aun; el audaz Jenkins había procurado contrabandear en las costas de la Florida, con tanta mala suerte como para toparse con el guardacostas español La Isabel a órdenes de un tal Juan León Fandiño, que en castigo, le cortó una oreja. Había que buscar otra cosa.

De regreso a Londres un tiempo después, Jenkins se reportó a los empresarios de la City quienes, pasado un lapso, vieron la posibilidad de que una nueva guerra con España les permitiera incorporar a sus negocios los cuantiosos territorios que ésta poseía en ultramar. Reactivada la voracidad de industriales y comerciantes, el paso siguiente sería machacar en el orgullo inglés logrando que la afrenta al monarca proferida por Fandiño se tradujera en una acción militar. Para ello se recordaría a cada instante la frase de éste, que cierta o no, a esas horas era repetida por los británicos como verdad revelada.

El mismo Jenkins iba por todas partes con su famosa oreja, encerrada en un frasco lleno de aguardiente, donde también algunos insectos hacían estática compañía al malogrado órgano externo. La imagen en sí misma era repulsiva, y muchos empresarios, al par que reclamaban “una lección a la soberbia española”, desviaban disimuladamente la vista del repugnante objeto.

Finalmente, el “lobby” empresario de Gran Bretaña (es evidente que en ese tiempo no existía con la organización que se le reconoció después) consiguió que el tema se tratara en el Parlamento, donde una inmensa mayoría clamaba por venganza a través de la guerra. El cálculo era sencillo: España debió entregar en 1713 (Paz de Utrecht) Menorca y Gibraltar y permitir, mediante una patente exclusiva, que los “negreros” ingleses proveyeran al territorio de ultramar de más de ciento cuarenta mil esclavos en treinta años.

De un lado, a los pobres esclavos les era más aliviado ir a parar a territorio español. Las vejaciones y abusos que sufrían en Jamaica (dominio británico) o en jurisdicción francesa convertían al trato y la legislación española en ingredientes humanos y de avanzada (se había instituido la manumisión, se admitía la ruptura del vínculo de esclavitud cuando el individuo fuera maltratado en forma ostensible por su amo, se les permitía contraer enlace, etcétera).

El infame comercio humano – a treinta y tres pesos por cabeza - les permitía obtener enormes ganancias (se suponía en Londres) a los empresarios que lo practicaban, y la City no deseaba verse privada de ese festín, al menos en cuanto a los productos que sus industrias fabricaban.

Por supuesto, esto no era tan así; las ganancias de ese comercio inhumano en primer término iban a los bolsillos de los capitanes de los buques negreros y a la Corona llegaba poco y nada.

Es verdad que los ingleses también habían obtenido en la Paz de Utrecht el derecho a colocar en la famosa feria de Puerto Bello (hoy

perteneciente a Panamá) un navío de visita con el cual – reabastecido clandestinamente en Jamaica – practicaban un contrabando en gran escala, ya que las quinientas toneladas de capacidad autorizada se incrementaban varias veces, burlando de ese modo, mediante la reposición jamaíquina, el tope permitido (es obvio que para esta abusiva tolerancia debía contarse con la buena voluntad de funcionarios venales).

Pero todo eso no alcanzaba. Aquellas prebendas habían sido obtenidas en la Paz de Utrecht (1713) – como se dijo más arriba - y pensar en arrebatarles a los españoles otros beneficios e incluso territorios mediante una guerra no era un disparate, según se pensaba en Londres.

Con el Tratado de Utrecht ocurrió lo que siempre pasa cuando las condiciones establecidas en la convención son leoninas para una de las partes. Felipe de Anjou (Felipe V) lo firmó contra su voluntad, solo impulsado por el afán de ser reconocido como rey de España y poner fin a la prolongada guerra de sucesión.

En los acuerdos que se firmaron, todos los que intervinieron contra Felipe de Anjou sacaron un provecho; hasta sus mismos partidarios procuraron llevarse algún beneficio: el propio inspirador y abuelo de Felipe (el Rey Sol) arrancó a la alicaída España un beneficio lejano. Incluso los portugueses consiguieron arrebatar algo (la Colonia del Sacramento) situada en los lejanos confines del Imperio donde siglos antes “no se ponía el sol”.

Inmediatamente después de suscripto el Tratado, que como dijimos, fue vejatorio para España y el flamante rey firmó cerrando los



ojos, Felipe dio orden a sus colaboradores de “buscar la forma de negarlo”.<sup>2</sup>

Y como es obvio, toda convención está sujeta a reglas de interpretación, que favorecen la aparición de “lagunas” o ambigüedades. No por nada los jurisconsultos romanos habían acuñado la frase de que “los contratos deben interpretarse de acuerdo a normas de buena fe”: las oscuridades del Tratado eran muchísimas, y la tradicional astucia de los ingleses debía haberles sugerido a ellos mismos, que la cuerda no debía tensarse más.

Por su parte España no podía claudicar de sus convencidas concepciones (y de las obligaciones contraídas con los negociantes metropolitanos) abandonando – entre otras cosas - la economía del monopolio, que podría ser criticada por sus colonias, pero constituía una verdadera “política de Estado”. La introducción de mercaderías inglesas, por vía regular o ilegal en los territorios de ultramar no podía ser aceptada por España en razón de esos compromisos asumidos con comerciantes españoles y en el ejercicio de un mínimo principio de autoridad y soberanía.

En función de ese presupuesto, y en uso de las prerrogativas reales que poseía y no había cedido mediante el dichoso Tratado, la corona estableció, como contrapartida al navío de permiso, el navío de registro o de visita, suerte de inspección que la monarquía efectuaba sobre buques extranjeros en aguas propias (incluso podía hacerlo en el de permiso), lo que desató la ira en Gran Bretaña (esta indignación no

---

2 Felipe se encontró “obligado” a firmarlo, para obtener el reconocimiento a su reinado, cuestionado por Carlos de Austria, pretendiente también al trono de España y que aducía derechos de “sangre”, que en realidad tenía.

estaba justificada, dado que el derecho de visita había sido instituido por el Tratado de Sevilla de 1729, suscripto después del de Utrecht, acuerdo que fue ratificado por ambas potencias).

Por cierto el registro no lo hacía por si misma España; en general la tarea de guardacostas estaba concesionada a buques privados, que llevaban a cabo la tarea encomendada con reconocido celo.

Los abusos reiterados del navío de permiso (se lo llegó a llamar Danaides por comparación con la figura mitológica que llenaba por las noches lo que durante el día vaciaba), el contrabando que se llevaba a cabo en los virreinos españoles y el auspicio de la piratería en el Caribe, infestado por patibularios británicos, holandeses y franceses, justificaba la preocupación española y la necesidad de una acción inmediata.

Por otra parte, en 1733 España y Francia habían suscripto el primer “pacto de familia” y se sabía que por aplicación de sus cláusulas el ataque a una significaba la conflagración con las dos.

Francia arrastraría por ese pacto a los españoles a participar en las guerras de sucesión de Polonia y Austria; pero... ¿no quería Gran Bretaña irse a las manos con Francia, cuyo comercio – además del ejército y la marina - florecía y amenazaba con competir contra el suyo en los principales mercados del mundo?

-Tal vez declarándole la guerra a España se lograría el enfrentamiento con los galos, quienes podrían ser empujados por aplicación del dichoso “pacto”. De un solo tiro, dos pájaros - se ilusionaban “halcones” y mercaderes londinenses. Lo interesante de

esta especulación unilateral, era que otros sectores, también ingleses, se manifestaban en abierta oposición.

-Su Majestad no puede permitir que la dignidad derivada de Dios se encuentre amenazada o insultada por los dichos de un plebeyo – sentenció, con aire taciturno y tono solemne Sir Cedric Bradley, un fabricante de telas de Belfast, cuya tersura constituía un orgullo para la industria textil.

Resultaba evidente que Sir Cedric, si hubiera tenido que pontificar en sentido opuesto a la “ofensa” de Fandiño, lo habría hecho con igual convicción.

-No solo han sido los insolentes dichos de un plebeyo – agregó Jeremy Hartles, también un textil cuya fábrica no tenía la envergadura de la que poseía Bradley - sino que Gran Bretaña no puede permitir que se mutile un súbdito suyo como si se tratara de un animal. España debe pagar por ello.

Sin duda, también Hartles sumaba al patriotismo la conveniencia económica, como si el valor de sus convicciones tuviera medida dineraria.

-Claro que debe pagar. Y con creces – afirmó, rotundo, Bradley.

Bradley era un hombre grueso e imponente, que apoyaba su humanidad sobre un bastón pesado y brillante con incrustaciones de ébano, cuya empuñadura exhibía una lánguida cabeza de jabalí, tallada finamente en marfil africano. A diferencia de Hartles, que tenía patillas insolentes y muy pobladas, y Wilbraham, el socio industrial, con

anteojos sin marco y mucho aumento, su cara carecía de signos distintivos.

Por las aireadas calles próximas al palacio real se dirigieron al Parlamento, donde ya míster Cross les tenía reservado un asiento destinado a las jornadas especiales. Y a fe que esta lo merece - pensó golosamente Bradley, balanceando con elegancia el coqueto bastón.

Tal como estaba previsto, un frío y nublado mediodía, se reunieron en el edificio del Palacio Westminster, orilla norte del Támesis, ambas cámaras del Parlamento británico con el fin de escuchar el informe de un sucio y bebedor pirata que tenía algo importante para transmitir.

Jenkins hacía un par de horas deambulaba por las oficinas del palacio, con su dichosa oreja guardada en el frasco.

Cuando estaban por dar las doce en el alto reloj de la mansión, hizo su entrada, con rostro preocupado, la robusta humanidad de Robert Walpole, conde de Orford, primer ministro del reino, quien saludó con una breve sonrisa a Sir Cedric y una leve inclinación de cabeza al resto de los empresarios que estaban junto a Hartles y Cross.

Era Walpole un prominente directivo del partido wigh, en cuyo nombre ejerció el gobierno de Gran Bretaña durante veintinueve años (su padre también había sido un importante dirigente del partido Liberal). Su opositor cerril era Pitt el viejo, (en ese momento joven, brillante orador y promisor estadista), líder del antagonístico partido tory, orgulloso exponente de sólidos lazos con la City.

Sin embargo, en esa jornada “patriótica”, numerosos liberales

acompañaban, con Newcastle a la cabeza, a los torys en su inclinación hacia la guerra y el lavado de las presuntas ofensas; Walpole no había quedado solo, pero una masa compacta de conservadores y liberales opositores liderados por William Pitt (y Newcastle), que unidos tenían mayoría, propiciaba la violencia como respuesta. Al Primer Ministro, a pesar de sus constantes esfuerzos por negociar con España, no le quedó alternativa: aceptar la guerra o sucumbir políticamente.

Dicho sea de paso, no solo Walpole era adversario de la guerra; el propio Jorge II era un decidido partidario de la paz, pero su popularidad, como la de Walpole había descendido a niveles catastróficos, a raíz de ser considerados como timoratas “palomas”.

No obstante, en esa jornada, Robert Jenkins habría de ser la figura principal. Lo sometió a un breve interrogatorio el speaker de la Cámara Baja, durante el transcurso del cual pudo escucharse la voz aguardentosa y lejana de Jenkins repitiendo sus datos filiatorios y explicando los motivos de la amputación de su oreja. Ambas Cámaras (Comunes y Lores) se estremecieron (o simularon hacerlo) cuando un Jenkins de mirada lejana, levantó su brazo para correr el pelo y mostrar el hueco donde antes había lucido una oreja. Considerando insuficiente lo realizado, el pirata agitó el frasco donde se encontraban la oreja y los insectos y repitió teatralmente las palabras atribuidas a Fandiño: “Ve y dile a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve”.

Un clamor cargado de ira descendió sobre el Parlamento. “¡Guerra, guerra!!” exclamaban lores y diputados, con la enjundiosa expansión que apenas toleraba la emblemática flema británica.

La nobleza también clamaba por la guerra. Cuando Pitt terminó su

encendido discurso, el mismo Príncipe de Gales descendió de su sitial de privilegio a la banca que ocupaba “el Demóstenes británico” para abrazarlo y besarlo. Al concluir la sesión, todos salieron en manifestación; diputados y lores iban mezclados con el pueblo londinense y al pasar frente al pub “The Rose”, el príncipe hizo detener la turba, pidió un vaso de vino y brindó a la salud del pueblo y la victoria.

El clima que imperaba en Gran Bretaña socavaba el recato de todo el mundo; los mismos literatos tomaron idéntico rumbo. Pope escribía odas a la victoria y el agudo doctor Johnson sumaba el rigor explicativo de su filosofía a la causa bélica.

El ardor inglés contrastaba con la sorna española. Si bien el patriotismo afloraba en todos los rincones de la península, la ironía no dejaba de expresarse, y la oreja de Jenkins era el blanco de todas las burlas: en Madrid se decía que la exhibida en el frasco era otra. La verdadera, Jenkins la había perdido en las francachelas que ocurrían en las tabernas frecuentadas por contrabandistas y borrachos. Con más seriedad, Felipe V refería que a un español los ingleses le cortaron no una oreja sino dos, más la nariz, y con un cuchillo amenazando su garganta, se las habían hecho tragar.

A regañadientes, Walpole tuvo que aceptar la contienda que auspiciara la voraz pretensión de los empresarios londinenses, el rencoroso empeño de un pirata sobre hechos ocurridos siete años antes y el clamor popular a cuyo sonido no podía negarle concurso alguno.

Sin embargo, cuando regresó a su despacho hizo un último intento:

envió una escuadra a las órdenes del vice almirante Haddock a Gibraltar (eterno reclamo español) tratando de amedrentar al enemigo con la potencia de esa flota e inició de inmediato conversaciones con España que culminaron con fortuna: ambas naciones se prometieron efectuar compensaciones económicas recíprocas.

Para terminar el entredicho en paz, cuando el invierno europeo todavía se encontraba en su apogeo, se firmó en El Pardo una convención que subsumía todos los puntos de conflicto.

Lamentablemente ese tratado no fue ratificado por el Parlamento británico porque lo consideró “claudicante” y Felipe V, en represalia, abolió unilateralmente el navío de visita; el tema regresó a fojas 0 y la oreja de Jenkins volvió a agitarse sin que hubiera que mover el frasco.

Walpole, como buen zorro tiroteado en muchos gallineros, no perdió la ocasión de colocarse en la cresta de la ola. Con voz potente gritó, en un Parlamento que le era hostil, entre vítores y aplausos: “¡El mar de las Indias libre para Inglaterra o guerra!!”

El viejo zorro no estaría a favor de una guerra que consideraba inoportuna y riesgosa (tampoco su rey), pero nunca iría en contra de una decisión auspiciada por la mayoría; no en vano llevaba tantos años al frente del gobierno. Apoyo a las manifestaciones populares, sí; demagogia para salir airoso en los vendavales, también.

Lo definitivo fue que en aquel frío otoño de 1739 (había transcurrido casi un año), Jorge II de Gran Bretaña declaró la guerra a España y, por aplicación de los presupuestos de aquellos “pactos de familia”, la acción bélica se extendió a Francia, que mandó una flota al

Caribe a órdenes del almirante d'Antin para subordinarse a la de Rodrigo de Torres (un gran marino español) que estaba surta en La Habana.

Nunca una guerra fue tan popular en Gran Bretaña. Los jóvenes se alistaron junto a perdularios y menesterosos, que acudían con premura ante la perspectiva de un seductor botín. Aquellos lo hicieron en búsqueda de gloria. Las cárceles se abrieron para que sus presos pudieran formar en el ejército en armas; el mismo rey les prometió libertad a quienes marcharan a atacar a España.

Por primera vez se invitó a participar en la guerra a las colonias. Los norteamericanos acudieron desde Virginia, Carolina del Norte, Massachusetts, para ponerse a órdenes de Lawrence Washington, hermanastro de George, el futuro libertador. Annapolis se convirtió en una improvisada academia militar; allí se impartía instrucción militar a las compañías que después se embarcaban en Nueva York.

Walpole, que como ha sido escrito no creía en la guerra, demagógicamente se había puesto a la cabeza de los belicistas, pero los acordes marciales no impidieron a los políticos olvidar sus deberes con la clientela.

Como los comerciantes de Arnudel estaban anonadados por la apertura de las cárceles, pobladas por los taimados que ellos habían hecho detener por sus deudas, el alcalde de la población, cuidando los votos que lo habían encumbrado, exclamó: "¡Aborrecido sea el rey y todos sus soldados!"

Los acreedores y él mismo, vieron, atónitos, como era conducido



detenido por agraviar al monarca, a la misma prisión de la que salieran en libertad un rato antes los morosos encarcelados por ellos.

La “guerra de la oreja de Jenkins”, la llamaron en forma peyorativa los ingleses, o “guerra del asiento” (referida al asiento de negros, alcohol o tabaco), como fuera designada por los españoles, o “guerra de Italia”, como la denominaron en el Caribe voces inglesas, porque una importante cantidad de enfrentamientos se llevaron a cabo en territorio italiano, como consecuencia de la sucesión en Austria.

Allí, España apoyó a los partidarios de Guillermo el Grande (rey de Prusia) contra Inglaterra, que adhiriendo a la “pragmática sanción” de Carlos IV, entronizaba a su hija María Teresa I como sucesora suya en el Sacro Imperio.

Los británicos, que por siglos habían considerado a los Habsburgo enemigos escabrosos y “papistas”, ¡apoyaron sus pretensiones imperiales! ¿Quién dijo que la historia es una línea recta?

## CAPITULO II

### ***SOLDADO RICO, SOLDADO POBRE***

#### **1) VERNON**

Edward Vernon había sido un hombre de suerte y la dichosa fortuna lo acompañó aun después de su muerte, que ocurrió en 1757, a los 73 años, una edad avanzada para ese entonces. Había nacido en 1684 y cuando apenas tenía 20 años intervino en la batalla de Málaga-Vélez contra los españoles y al año siguiente en la acción de Barcelona, durante la interminable guerra de sucesión.

Como también Blas de Lezo participó en esos combates con el aciago desenlace que tuvo para su cuerpo, es posible que la vida, con esas curiosas ironías que tiene, haya querido que, sin saberlo, ambos contendores hubieren protagonizado alguno de los enfrentamientos que marcaran su existencia.

La dicha y la suerte lo acompañaron siempre al inglés, desde la misma cuna. Hijo de una de las familias acostumbradas a respirar en las

alturas (su padre fue secretario de Estado de Guillermo III), prestó a la Armada Real importantes servicios y ocupaba una banca en el Parlamento representado al mismo partido de Pitt.

Lo cierto fue que hacia 1720, Vernon, al que aún le faltaban varios años para cumplir los cuarenta, fue designado por Su Majestad Británica comandante de la base naval de Port Royal, un enclave que los ingleses habían tomado por las armas en las Antillas y que fuera conocido con el nombre de Jamaica. La capital y puerto de la isla era Kingston, un sucio reducto de bebedores y rufianes en los que la mezcla de olores se fundía con el ron barato y las carcajadas obscenas de las prostitutas.

A partir de ese destino adquirió fama y renombre en el Caribe, circunstancia que el avisado Vernon – ya por entonces revistaba con el grado de comodoro - supo aprovechar al máximo, desplegando en su patria una propaganda interesada y fecunda en cada intervención que tuvo a su alcance.

Con prudente inteligencia, y advirtiendo que el ron producía daños irreparables en los consumidores frecuentes, dispuso que a los integrantes de su dotación, solo se realizara la venta en un horario limitado y rebajado con agua. Esa bebida tomó el nombre del mismo comandante e, inversamente, de manera afectuosa a éste se lo denominó con el nombre que había adquirido el licor: Grog Vernon.

El ingenio cinematográfico de este marino afortunado adquirió ribetes sobresalientes cuando capturó Puerto Bello (Portobelo o Portobello), ciudadela española defendida con manifiesta negligencia por un gobernador incompetente. Portobello, donde anualmente las

colonias españolas realizaban su feria, el navío de visita anclaba con su cargamento al tope y la plata y el oro del Perú llegaban para su posterior traslado a Europa, era, irónicamente, la plaza guarecida con mayor desidia. Había sido en el pasado una de las glorias de España en América, pero de ese tiempo solo quedaba el recuerdo.

Abandonada, desguarnecida y casi despoblada, era solo la caricatura de un antiguo esplendor. Hasta el nombre de la fortaleza que lo cuidaba tenía un sonido que para la ciudad de ese momento resultaba irónico: San Felipe de Sotomayor de Todo Fierro, denominación que sin duda refería a otra época en que el fuerte, con la amenaza de sus cañones, era una coraza del Imperio.

El episodio de la captura fue muy difundido en Gran Bretaña por la naciente prensa, y el propio Vernon dio tanta trascendencia al suceso, que Portobello pasó a constituir un sinónimo de victoria; su nombre se dio a los pubs más antiguos de Escocia, Gales e Inglaterra, y lo tomaron importantes arterias de las principales ciudades, que de ese modo inmortalizaron un hecho nimio.

Vernon se promocionó a sí mismo no solo como el vencedor de España en América, sino como el inglés que había derrotado una tradición: Puerto Bello había sido un reducto español que se pensaba invencible, “llave” de su imperio ultramarino, custodiado por los cañones de un castillo que el mismo Vernon hizo demoler.

Junto a la alianza que los ingleses firmaron con la tempestad en el canal de la Mancha cuando avanzaba la Armada Invencible de Felipe II, y la batalla de Trafalgar (que se libró en el siglo siguiente a estos hechos que se relatan), Portobello pasó a revestir la condición heroica que se

reserva a los grandes acontecimientos militares.

Cuando estalló la “guerra de la oreja de Jenkins” entre Gran Bretaña y España, de la asignación de un mando no cabían dudas en el Almirantazgo: el Caribe y el combate con España en América, debían dejarse en manos del almirante Edward Vernon, el inglés que mejor conocía esos mares y ese enemigo, contra el cual había peleado, por si fuera poco, en el Mediterráneo y en el Atlántico.

Con voz solemne dijo a los colegas veteranos que revistaban en el Almirantazgo:

-Dadme siete navíos y comprometo mi honor en la captura de Cartagena – la voz cadenciosa y engolada de Vernon llenó todos los espacios de la enorme sala.

-No os daremos siete sino once, pero debéis dominar las colonias ultramarinas de España – respondió con mesurada calma y económico cálculo el anciano almirante que presidía el Tribunal del Mar, empleando un giro que parecía más italiano que inglés.

Por cierto, Vernon no era un improvisado, ni se caracterizaba por obrar a tontas y locas. Sus pasos estaban meticulosamente calculados y ninguna medida dejaba librada a la casualidad. Tenía respuestas para todos los interrogantes y una red de interesantes espías pululaba por los puertos de España en el Caribe, llevándole información precisa y contundente que después volcaba en mapas que profusamente consultaba.

Esta característica de Vernon, su notable don de gentes, las

educadas maneras que empleaba, produjeron un efecto devastador en la cándida figura de Lawrence Washington. Washington quedó impresionado por ese almirante inglés en cuya cabeza – revestida por una pomposa peluca que no abandonaba a pesar del inmenso calor caribeño - estaban presentes todas las medidas a adoptar en la próxima guerra con España.

En sus cartas náuticas incluso figuraba la cadena que el almirante Lezo había hecho colocar en la entrada a la bahía de Cartagena por Bocachica, imitando, tal vez, la que colocaran sus antepasados vascos en la caleta donde naciera, para protegerla de los piratas que se aventuraban por las costas vascongadas.

Con suficiencia explicó, al hombre de Virginia (Lawrence Washington), la cantidad de soldados que se precisaban para dominar Nueva Granada y dejarla aislada del virreinato del Perú. Contaba para ello con un subordinado de toda eficiencia, que sabría cumplir con sus órdenes consistentes en pasar del Atlántico al Pacífico y remontar la costa de Sudamérica hacia el norte: el comodoro Anson, quien debía comandar una flotilla encargada de llevar a cabo la hazaña comisionada.

En ocasión del fracaso de Waterhouse, Vernon se decidió a tomar el toro por las astas. Se dirigió hacia Puerto Bello (o Portobelo o Portobello) comandando en forma personal una flota de seis navíos y algunos miles de soldados, con los que, previo bombardeo de rigor, sometió en forma rápida el atónito enclave.

La toma de Portobello, como ya ha sido dicho, fue un hecho de menor cuantía. Considerado como un acto militar fue algo rutinario,

que en circunstancias normales en cualquier armada del mundo solo hubiera significado una mención en la foja de servicios del almirante.

En cambio de eso, Vernon, que manejaba a la perfección su relación con la naciente prensa escrita de Inglaterra, consiguió que se lo venerara como un héroe y que el episodio tuviera una difusión muy superior a la impuesta por la realidad<sup>3</sup>. El mismo almirante regresó a la metrópolis y estimuló a sus amigos para que le hicieran un homenaje al que el propio monarca, Jorge II, concurrió.

Durante el banquete que se sirvió en su honor, se estrenó “God save the King”, entonado por todos los asistentes conforme una cartilla que con anterioridad se repartiera con la letra de la composición. Fue creado para honrarlo y habría de ser el posterior himno nacional británico. Nada menos.

Vernon era feliz.

Y esto solo era el principio. En su afiebrada cabeza bullía un porvenir venturoso, cuando coronara su carrera con la conquista de Nueva Granada.

Habría de caer en sus garras apenas tomara Cartagena de Indias, ese reducto defendido por un contrahecho español, al que apodaran medio hombre, porque en sucesivas batallas le había sido extirpado el cincuenta por ciento de su cuerpo.

---

<sup>3</sup> Es sorprendente como hasta hoy, la consigna es acatada por los intelectuales de más renombre. Tal el caso de Mr. J. H. Parry, docente del University College de Swansea, quien estuvo siempre dispuesto a magnificar los triunfos como a minimizar las derrotas.

Pensaba quebrar los dominios españoles echando mano del comodoro Anson (como ha sido referido), quien según órdenes debía trasponer los océanos por el estrecho de Magallanes, aniquilar la escuadra española del Mar del Sud y, navegando de sur a norte por el litoral sudamericano, batir los puertos enemigos, llegar a Panamá y unirse a él, quien concurriría inmediatamente después de capturar Cartagena.

Volvió a contemplarse en el espejo de más de dos metros que tenía en los aposentos de su residencia y se encontró hermoso. “Dios no ha de permitir que la belleza sea ultrajada por alguien que representa las miserias de la humanidad”- dijo para sí mismo pensando en Lezo, mientras aprobaba la visión que le devolvía el cristal.

Recordó que cuando doblegó Puerto Bello impidió que se ejercieran abusos contra la población civil. Al contrario; cumplió estrictamente las órdenes que había recibido de las autoridades políticas. Debían estimularse las buenas relaciones con los civiles asegurándoles las libertades políticas y económicas... las primeras hasta donde fuera posible. Las segundas... bueno, las manufacturas británicas habían llegado a tener tal índice de aceptación en todo el mundo, que era prácticamente imposible remplazarlas – pensó con una sonrisa.

En efecto, la actividad industrial había alcanzado los niveles de una gran revolución y las doctrinas librecambistas se difundían en el ámbito académico como si se tratara de una verdad absoluta: resultaron ser la exportación más provechosa para Gran Bretaña. A partir de la voluntaria aceptación de esa teoría por los distintos intelectuales nativos (principalmente de América, muchos de ellos educados en las universidades inglesas) la lucha para adquirir preeminencia en los



mercados era el equivalente a una disputa medieval entre un señor con coraza y lanza y un pobre aldeano, armado con un palo.

Además, era imprescindible garantizar la libertad religiosa, algo que sería bien recibido por una población que había vivido con temor al Santo Oficio – pensaban teóricamente en Londres.

En ese sentido es de destacar la coherencia británica: la misma política desarrolló el general Beresford cuando ocupó brevemente Buenos Aires en 1806, prueba de que esas medidas no eran una decisión graciosa de los jefes militares sino la paciente política de Inglaterra, que ansiaba ocupar los virreinos españoles y no quería sumar, a la extensión territorial, la animadversión de la población. Obviamente, no contaron con dos factores: primero, no solo los españoles metropolitanos sino sus propios hijos criollos no deseaban cambiar de amo (“amo por amo, nos quedamos con el que conocemos”). Y segundo, no importaban las libertades económicas que el nuevo régimen otorgara: para una población que tenía firmes convicciones católicas, los invasores eran solo una caterva de herejes, que merecían la excomunión que sobre ellos había caído a partir de Enrique VIII.

Si Vernon hubiera sido católico (como se sabe era anglicano) habría sabido, también, que uno de los siete pecados capitales lo constituye la soberbia. Y en no otro pecado que en éste incurrió el almirante inglés cuando en vísperas del ataque decisivo a Cartagena de Indias (después de forzar la entrada por Bocachica e ingresar a la bahía interior) despachó un aviso al monarca inglés haciéndole saber que Cartagena ya había sido tomada. Fiel a su estilo, Vernon anticipó a la metrópolis una victoria que todavía no había logrado pero que ya la daba por

obtenida (al final se transformó en una degradante derrota).

Esa balandronada ocurrió porque su armada había logrado silenciar los cañones del fuerte San Luis y las tropas de asalto habían capturado a muy alto precio las baterías que guarecían las dos fortalezas (San José y San Luis).

Cuando sus soldados bajaron la cadena que impedía el paso a la bahía interior y su flota ingresó a ella, al almirante se le hizo agua la boca: dio por descontada la victoria y arrastró a toda Londres detrás de su fantasía. Por otra parte, una descomunal diferencia de fuerzas entre dos contendientes no asegura la victoria del más poderoso (de otro modo no hubieran existido las Termópilas, en el enfrentamiento entre griegos y persas, ni la Biblia recordaría a David y Goliat). Pretender lo opuesto sería como reclamar al benteveo la estructura orgánica de los humanos, solo por el hecho de que su grito remite onomatopéyicamente, con absoluta claridad, la expresión “bichofeo” tal como lo diría un humano.

Jorge II saboreó la noticia de la derrota española con especial regocijo “¡Vernon otra vez había humillado a España! ¡Igual que en Portobello!”

El hecho merecía ser difundido y el almirante honrado con las palmas que se debían a los triunfadores. ¡Mandaría confeccionar medallas que conmemoraran el momento sublime de la victoria! El rey puso manos a la obra y ordenó a la orfebrería real que hiciera muchas medallas (debían alcanzar a todos los bolsillos británicos) en las que el jefe de la plaza española expresara su derrota: ¡debía estar de rodillas!

Pronto las medallas (de oro, plata, bronce, zinc, latón; disponibles para todos los presupuestos) fueron demandadas como el pan: las mujeres las utilizaban como adminículos de sus peinados y los hombres las llevaban en sus pechos, en la empuñadura de sus bastones, adheridas a las faltriqueras o engastadas en las cajitas de rapé.

Entre otras irregularidades, el orfebre ignoraba (como ya ha sido dicho más arriba) que el almirante Blas de Lezo tenía una pierna de madera y le hubiera sido físicamente imposible efectuar la reverencia referida en el estampado. Las medallas circularon hasta que la cruda verdad llegó a Londres: no solo no se había tomado Cartagena de Indias, sino que la orgullosa Royal Navy había sufrido una impresionante y vergonzosa derrota.

-¡La Armada más importante que había cortado el mar después de Lepanto vencida y humillada en el Caribe! El rey no cabía en sí de dolor y oprobio. El Almirantazgo le confió a ese inútil de Vernon la friolera de ciento ochenta y seis buques ¡Sesenta naves más que la histórica y maldita Armada Invencible de Felipe II! – tronaba un alucinado Jorge II, sintiéndose víctima de un papelón mientras a grandes pasos recorría el salón del trono. En realidad, si hubiera existido un método para reconocer una conducta, de atribuir un cognomento junto a un apellido, se habría elegido “Vernon, el embustero”, a juzgar por la reacción del propio monarca.

Al soberbio almirante se le había confiado la escuadra más impresionante que hubiera flotado en mar alguno desde los tiempos de Lepanto, casi doscientos años atrás; la humanidad debería esperar dos siglos hasta la utilización en la invasión a Normandía, el famoso “Día D”, de una escuadra similar. En el Caribe, jamás se había visto (ni se vio)

una formación igual o similar.

Además de las ciento ochenta y seis naves, una dotación de quince mil marineros, formados en la dura escuela de las embarcaciones británicas, revistaban en condición de infantes. A ese número había que adicionar los negros macheteros de Jamaica, que superaban los dos mil hombres y los norteamericanos que traía Lawrence Washington, más la infantería que comandaría el general Catharth (en total, entre veintisiete y treinta mil soldados).

Es cierto que Cartagena estaba protegida por dos fortalezas - tal vez de las más poderosas que España había construido en América - y sus amenazadores cañones apuntaban hacia el mar con la tétrica intimidación de sus proyectiles. También era verdad que la misma ciudad estaba amurallada con lienzos que habían hecho posible su erección hasta tres<sup>4</sup> metros del suelo y muchísimos bastiones<sup>4</sup> mostraban el poderío inmenso de su artillería, pero eso no desanimó a Vernon. A fin de cuentas – se decía – es la misma ciudad que fuera tomada por Pointis cuarenta años atrás.

Por si faltara algún otro dato para alentarle, Vernon contaba con unos treinta mil soldados y Blas de Lezo, el jefe militar de los españoles, solo tenía bajo su mando seis bajeles y tres mil hombres. Es cierto que éste tenía a sus órdenes algo más: lo favorecía el aire chocarrero y sobrador de una raza valiente y orgullosa. Para mayor desproporción, de aquellos pocos soldados, unos seiscientos eran indios flecheros de las etnias chochoe y muisca, que aunque de la categoría que tendría

---

4 Eran 8: San Ignacio; San Francisco Javier; Santiago; Santo Domingo; Santa Cruz, Santa Catalina; San Lucas y San Pedro Mártir.

después un Agualongo<sup>5</sup>, fueron traídos desde la selva para que apoyaran a los soldados regulares de España contra los “casacas rojas” y carecían por tanto de formación militar.

El respaldo de los indígenas también debió hacer pensar algo a los ingleses.

Cuando en 1806 fue reconquistada Buenos Aires por españoles y criollos (recibió su bautismo de fuego el Regimiento “Patricios”, comandado por el brigadier Cornelio Saavedra, quien después fuera Presidente de la Junta que depuso al virrey Cisneros), al general Beresford, comandante inglés, se lo condujo prisionero a Luján, lugar en el que disponía de amplia libertad de movimientos. En esas circunstancias vio pasar una brava tropa de tres mil indios, que marchaba hacia Buenos Aires; con curiosidad interrogó al cacique preguntándole el propósito de su desplazamiento. La respuesta fue concluyente:

-Vamos a pelear contra los colorados – respondió el jefe tribal en su lengua traducida hábilmente por un lenguaraz, aludiendo tanto al color de las casacas como al pelo de los soldados británicos.

Cuando Vernon advirtió que su embuste había sido desenmascarado, un desconsolado y ultrajado Jorge II ordenó recuperar las medallas y prohibió a los historiadores del reino mencionar esa derrota. Ambas consignas fueron acatadas por sus

---

5 Célebre cacique partidario de los realistas en la Guerra de la Independencia contra la Corona española. Fue protegido por el patriota José María Obando, pero después de la captura del puerto de Barbaças fue hecho prisionero por el comandante Tomás Cipriano Mosquera, quien ordenó su fusilamiento.

súbditos y hasta los autores contemporáneos llegó aquella proscripción. Aún hoy, tratadistas de renombre, autores cuyo nombre se encuentra inscripto en las universidades más antiguas y prestigiosas de las islas, continúan omitiendo toda referencia a ese descalabro. Algunas medallas no fueron recuperadas: por fortuna, hoy pueden ser admiradas en importantes museos de España.

En cuanto a los historiadores británicos, es de destacar que acataron la orden. Los cronistas que no debemos observar un vínculo de sumisión con la corona inglesa, nos sentimos con libertad para relatar los hechos de acuerdo a lo ocurrido, respetando a rajatabla la verdad objetiva, despreocupados de aquella prohibición.

Dos años después, con posterioridad a la infructuosa incursión del capitán Brown a Cuba y conocido el fracaso en Cartagena, relevado del mando de la flota del Caribe, Vernon volvió a Inglaterra, convocado por sus superiores. Regresó vencido y cabizbajo, escupiendo odio hacia el mar, pero pese al fiasco palmario que había padecido en su incursión contra los dominios españoles, otra vez recuperó las buenas relaciones con la prensa, las que habían hecho posible el éxito de sus estratagemas anteriores.

Sin duda algo tenía este marino – además de su riqueza - que lo hacía atractivo, seductor, fascinante; siempre lograba hacer olvidar sus fallas. Lawrence Washington, cuya legión de virginianos había sido diezmada cruelmente en las oleadas impúdicas a que fuera obligada a marchar contra fortalezas compactas y armadas, continuó guardando una reconocida admiración por el sujeto. La mansión de su familia, situada en una colina, que fuera construida por el padre de Washington en dos plantas con resistentes maderas de América, fue denominada

con el apellido del marino inglés y esa denominación es la que hoy perdura: Mount Vernon.

## **2) BLAS de LEZO**

El almirante español había nacido (era de la misma generación de Vernon) en 1689 en Parajes, aldea guipuzcoana situada a escasa distancia de San Sebastián; es decir, en pleno país vasco. No hubo sedas ni oropeles en su cuna, construida con las más duras maderas del norte español.

Hijo de una familia de rango aldeano, sus antepasados pertenecieron a esa estirpe cargada de intrepidez que supo enfrentar el Cantábrico para sobrepasarlo y encontrar otros mares. No tuvo el privilegio de ser primogénito ni tampoco disfrutó de las dispensas maternas, que con frecuencia se prodigan al menor de todos los hermanos.

Blas era sereno, concentrado, dócil pero altivo. Su padre, al comprobar en él buena madera, y ayudado por el párroco de la aldea, pudo enviarlo a Francia a mejorar estudios, donde egresó a los 17 años.

En ese tiempo, el destino de un hijodalgo que no tuviera el privilegio de ejercer la primogenitura, eran los hábitos, que se otorgaban en el convento de una orden, o la carrera militar. El circunspecto Blas optó por este último rumbo y como buen vasco nacido frente al mar, eligió maderas y velas, como sus ancestros que se animaron a confiar en el misterioso horizonte lejano.

En 1701 se lo vio al joven Lezo, egresado de la academia francesa donde había alcanzado a realizar sus estudios, ingresar con el grado de guardiamarina a la escuadra de Francia, surta en el puerto de Tolón. La ironía tiene su explicación: por ese entonces, Luis XIV, que se encontraba en el pináculo de la gloria, estaba dispuesto a intervenir en lo que sería la prolongada guerra de sucesión de España, que se librara a la muerte sin descendencia de Carlos II. La suma de desgracias padecidas por este infeliz monarca – el último de la casa de Habsburgo - hizo que se lo denominara el hechizado.

La participación del legendario Rey Sol en la contienda sucesoria se debió a que el francés aspiraba a colocar como monarca de España a su sobrino, Felipe de Anjou (el futuro Felipe V). Fiel a esas pretensiones, y anticipándose al tiempo, el rey de Francia había ordenado que las flotas que navegaban con su bandera, llevaran oficiales españoles, de manera de asegurar la integración de las dos marinas.

En suma: Lezo se embarcó en una armada mixta que, colocada bajo el mando del conde de Toulouse, Luis Alejandro de Borbón (por más datos, hijo del rey de Francia), puso proa a la península, a fin de trabar combate con una escuadra angloholandesa que la hostigaba.

Ambas formaciones se encontraron en las inmediaciones de Málaga-Vélez y el enfrentamiento resultó incierto. Durante la batalla, el comportamiento del joven Lezo fue destacado; actuó siempre con valor y una serenidad notables, mucho más llamativa esta última porque fue su bautismo de fuego.

Durante el desarrollo del combate, una bala de cañón, disparada por un navío inglés, le arrancó su pierna izquierda. Lo atendieron con



los medios primitivos con que contaba la medicina de entonces y, llevado a la cámara sanitaria de la nave, fue operado con la anestesia que se conocía en esa época: un pedazo de cuero entre los dientes, para aguantar con la mordida el inmenso dolor que el paciente debía sufrir antes de caer desmayado.

Así fue intervenido el joven Blas: a “palo seco”, como solía decirse, para introducir después la porción de pierna que debía cicatrizar, en brea hirviendo de manera de obtener una eficiente cauterización.

Tan mal no era para el paciente la hábil acción del cirujano, pues de inmediato se le colocaba una pata de palo, que un tosco serrucho cortaba más o menos a la misma medida de la pierna sana; “ajo... y agua...”, como diría un viejo dicho peninsular.

Digamos, a título de anécdota, que el joven Blas tenía dos “patas”, que intercambiaba según el lugar de sus desplazamientos: a bordo una de madera y otra metálica en tierra firme, capaz de desafiar los desgastes que producía el pavimento.

Lezo comenzó a ser llamado por el apodo, que provenía de su desgracia: “pata de palo”, expresión que acentuó la retracción de su carácter (en especial con respecto a mujeres), a la vez que estimuló la audacia de sus actitudes y la astucia de sus gestos.

La operación forzosa a que fuera sometido despertó solidaridad en sus compañeros de armas y admiración en sus superiores. A ellos llegó el elogio difundido por el propio cirujano y los robustos marineros que lo sujetaron durante la intervención para evitar que el dolor llevara al herido a efectuar movimientos inconvenientes. Hasta el momento del

desmayo, ni un solo grito de dolor salió de los labios del muchacho.

Tanta fue la fama que trajo su conducta, que el gran almirante francés, el conde de Toulouse, lo ascendió a alférez de navío. Lo vemos así, con ese grado, socorrer las plazas tanto de Palermo como de Peñíscola, intervenir en el ataque al navío inglés Resolution (de setenta cañones) y en la captura de otros dos navíos de esa bandera, que condujo a Bayona y Pasajes (digamos de paso, que los ingleses sentían un gran temor a los abordajes españoles y trataban por todos los medios de evitarlos).

La llegada a este puerto, natal de Blas, tuvo, para el infortunado marino y el público, una emoción especial: era el retorno del hijo pródigo, la vuelta del héroe, que regresaba maltrecho, pero con el honor aumentado. La batalla le había arrancado una parte importante de su cuerpo y de su juventud, pero lo había convertido en un guerrero con fama y respeto; precio caro el que pagara el joven Blas, por cierto. En Pasajes recibió el abrazo de su padre, el beso materno, el cariño de sus hermanos y el afecto de todo un pueblo que lo admiraba.

Volvió la guerra a requerir de sus servicios y Lezo continuó brindando su cuerpo con entrega y valor; en 1707, las tropas del duque de Saboya atacaron Tolón, defendido por el castillo de Santa Catalina, donde un alférez, con una “pata de palo”, saltaba entre las trincheras que el ejército había levantado para defender “desde afuera”, la asediada fortaleza.

La exposición del oficial era excesiva, y en varias ocasiones sus superiores le intimaron retroceder, con resultado infructuoso. Pero el arrojo paga, y en esta ocasión no existieron razones para que no fuera

así: la esquirla de una bomba dio en su ojo izquierdo y lo cegó. Cuando el herido recobró la lucidez se advirtió que había perdido la visión de ese ojo: ¡el pobre alférez, tuerto y sin una pierna!

Para sorpresa de todos, las pérdidas físicas aumentaban el valor y el ingenio de este hombre tan desafortunado como valiente y perspicaz.

En otra ocasión, Felipe V aplicaba un cerco por tierra a Barcelona, que se proclamaba leal a Carlos III de Austria; por lo tanto era apoyada en sus pretensiones por ingleses y holandeses. Estos enviaron por mar una flota destinada, no solo a abastecer la ciudad sitiada, sino a quebrar el encierro.

Por supuesto, Felipe V dispuso que fueran sus navíos, cuyo propósito era el de abastecer los ejércitos sitiadores; misión casi imposible, puesto que el cerco de los oponentes era estrecho y poderoso. Uno de los buques que enviara el rey estaba a cargo de Blas de Lezo, por ese entonces un joven capitán de veintitrés años, que navegaba en la escuadra del almirante Andrés del Pez. La flota enemiga se abalanzó sobre la escuadra española, pero Lezo, dando muestras de sagacidad y viveza, humedeció paja y la arrojó al mar encendida, de modo que el intenso humo que se levantó, más unos oportunos cañonazos contra los navíos que lo acosaban, le permitieron burlar el hostigamiento de la flota angloholandesa.

Pero hacia 1712 su cuerpo habría de sufrir un nuevo padecimiento.

La situación en la “ciudad condal” se había invertido. La capital de Cataluña era leal a España, y los ingleses, por medio del duque de Berwick, la habían sitiado por tierra. Nuevamente Lezo desafió todas las

reglas del cuidado (como lo hiciera en el norte del África, al perseguir predadores islamitas) y participó – a pesar de su disminución física – en varias cargas contra las trincheras inglesas. En una de ellas, el proyectil de un arcabuz dio en su antebrazo izquierdo, pero el vasco, en el fragor de la lucha, no hizo caso de la herida. Conclusión: al término de la pelea, cuando un médico militar revisó su herida, encontró que ya era tarde para intentar algo. Blas había quedado con el brazo inutilizado.

Cuando el forastero concurre a Toledo y visita el Alcázar, queda anonadado ante tres tumbas: una pertenece al general Moscardó; murió en su hogar, entre las medallas que enorgullecieron su vida de soldado y amargado como padre, el cual careció del consuelo de que sus ojos fueran cerrados por los hijos. Las otras tumbas pertenecen a sus dos vástagos, perdidos en la guerra civil: el mayor, cayó como un soldado que era; volteado por la metralla adversaria en Cataluña. El menor, fusilado en la adolescencia, cuando su padre se negara a entregar el Alcázar. Una invisible mano de hierro estrangula la garganta del visitante: en las tumbas, levantadas por la tristeza de una mujer que fuera esposa y madre, luce un mensaje lacerante: “A España le di todo”. Lezo, rengo, tuerto y manco, bien habría podido parafrasear a la mujer del guerrero: “a España le di mi cuerpo”.

Sin embargo, todo lo que tenía de positivo en la guerra, donde su inventiva y valor fueron determinantes de éxito, fue su lado oscuro en las relaciones políticas que mantuvo. En realidad, este “medio hombre” – como con odio lo llamaran sus enemigos y con fervor lo hicieran sus partidarios – no podía haber actuado de otro modo. Las sucesivas mutilaciones que padeció, la pérdida de elementos vitales del organismo, no podían sino haber intensificado las tendencias naturales del individuo.

Si Lezo, en situaciones normales, tenía dificultades para comunicarse con sus congéneres ¿cómo es posible imaginar que la minusvalía no habría de influir en su personalidad, acentuando aquélla? Esto se vio cuando fue destinado a Lima, donde debió convivir con el virrey-arzobispo don Diego de Morcillo y Rubio de Auñón y la relación no fue buena, anticipo, quizá de la que varios años después debía mantener con Eslava y Lassaga en Cartagena.

Lima, en cambio, deparó otros beneficios para Lezo. Por de pronto, encontró esposa: fue doña Josefa de Pacheco y Bustos, a la que después del matrimonio dejara embarazada en varias ocasiones, demostrando que lo de “medio hombre” era una referencia impuesta por las disminuciones de guerra, que no afectaron sus condiciones viriles.

No se registran daguerrotipos ni pinturas de la mujer – al menos no los encontró este autor – como para conjeturar si se trataba de una dama atractiva, sexy (como se diría hoy), capaz de desatar pasiones íntimas en un hombre. Tampoco existe certeza si se trató de un casamiento de conveniencia (Blas de Lezo era, por ese entonces, un joven general) o el amor hizo de las suyas. Para el caso esos pormenores cuentan poco, salvo la satisfacción “cholula” del lector, que deberá atenerse a los datos objetivos y dignos: los sobrevivió una prole y doña Josefa estuvo al lado del esposo en los momentos dramáticos del ataque de Vernon, en sus frustraciones políticas y en la partida de este mundo. Lo demás cuenta poco.

Decía Carlos Pellegrini – uno de los más sobresalientes presidentes de la Argentina – que un hombre debe tener a su favor dos factores

para poder progresar: “salud y suerte”. Es evidente que si se comparan Lezo y Vernon, la buena estrella parece haber abandonado al español para posarse en el inglés.

Desde el nacimiento: en el seno de una familia acostumbrada a rozarse con la alcurnia del país, a un hogar aldeano, cuyas expectativas estaban en la lejanía a que pudiera transportarlo el viento y la fuerza de las olas cantábricas. La intangibilidad de un cuerpo, a los rústicos cortes del otro; la carrera militar de uno, hecho en base a un indiscutido valor, pero con el progreso asegurado, que solo una muerte prematura podía impedir, a la sacrificada valentía del otro, cuyos galones logró por el mérito de su arrojo, talento y a expensas de su cuerpo.

Es evidente que si la “suerte” se refiere a esos datos, la fortuna siempre sonrió a Vernon. Pero... ¿cuál fue el balance final? Si un milagro lo hubiera permitido ¿habrían cambiado roles?

La fotografía final de Vernon, escupiendo el mar y maldiciendo a Lezo, fue la imagen indiscutida del fracaso, la frustración, la vergüenza. Es muy probable que en esa remota e imposible permuta, Lezo aceptara con gusto sus muñones y cicatrices rechazando el infortunio moral del inglés. También es posible que si hubiera visto su partida, con el puño crispado y los ojos casi fuera de sus órbitas, habría podido en silencio parafrasear a Talleyrand (afirmación formulada muchísimos años después): “Nada han aprendido y nada han olvidado”.<sup>6</sup>

Sin embargo, el almirante británico se las ingenió para que, después de muerto, sus despojos, insólitamente, fueran sepultados en la abadía

---

<sup>6</sup> Talleyrand se refería a los repatriados franceses después de haber concluido la Revolución.

de Westminster, en el panteón en que descansan los héroes de Gran Bretaña.

El reinado de Jorge II llegaba a su fin, el monarca mostraba signos evidentes de que pensaba más en la eternidad de su alma que en el futuro de su reino, y el fracaso de Vernon fue olvidado; sus exequias fueron dignas de un Cesar.

Exactamente al revés de su derrotado, Blas de Lezo - que murió pocos meses después de la victoria por obra de enfermedades tropicales que lo ayudaron con aquella - lo hizo olvidado por su patria y por su rey. Con sueldos adeudados, rodeado únicamente de su familia, el obispo, y los amigos que tuvieron tanto valor para acompañarlo como para desafiar las bayonetas inglesas.

A diferencia de Vernon, a quien venciera escribiendo una página de gloria para España, fue sepultado en una tumba incierta, cuya ubicación aún hoy es controvertida.

## CAPITULO III

### **Varias de cal y una de arena: La Guaira, Portobello, Cuba, el Perú**

Vernon le informó a Lawrence Washington, que una de las partes más sobresalientes de su plan, consistía en dividir el Imperio Español y capturar una de ellas. El quiebre debería producirse mediante un ataque combinado con una fuerza que penetrara por el oeste, después que él tomara Cartagena.

Por supuesto, el inglés que fuera elegido para atacar a España en el Pacífico, primero debía destruir la “Armada del Sur” de los españoles y – por si fuera poco – él tenía que capturar y destruir Cartagena como “llave”<sup>7</sup> del dominio español en América.

Era fácil decirlo sobre el papel, pero otra muy distinta llevarla a cabo en el mismo teatro de operaciones y eso desvelaba al devoto

---

7 Esta denominación aparece en varios pasajes del texto. Era la designación que se daba en España a los emplazamientos “claves” para sostener su dominio en América.



Washington.

Como se sabe, Vernon contaba con las órdenes impartidas a un subordinado suyo, y de hecho el comodoro George Anson – un gran soldado, con una notable experiencia, fruto de su incorporación a la marina británica como grumete - que estaba provisto, además de una suerte inmensa. Anson y su flota fueron acosados por una escuadra española al mando del capitán José Alfonso Pizarro, otro hombre de mar con notables condiciones marineras y una reconocida astucia, pero sin la buena estrella del inglés (Se dice que Bonaparte llevó a extremos esta valoración. Según esa versión, seleccionaba sus generales entre los de “buena suerte”, es decir, los que habían intervenido en acciones gloriosas para las armas de Francia; en segundo término consideraba las condiciones del oficial).

Es cierto que Pizarro había burlado el cerco que Gran Bretaña había impuesto a las costas españolas comandando un convoy que venía “de las Indias” cargado de riquezas, y eso era una proeza. Pero lo que ahora España requería de su talento naval era mucho más complicado: debía impedir – nada menos - que Anson llevara a cabo el plan de Vernon en el Pacífico.

Una descomunal tormenta en las proximidades del Cabo de Hornos empujó a ambas flotas hacia el Atlántico (Pizarro ya había conseguido llegar al otro océano y esperaba en el Pacífico a Anson para atacarlo). Espera infructuosa, porque al perder intensidad la tempestad, el español (que como decimos, había llegado hasta el otro océano) debió regresar a Buenos Aires para reparar naves, pero algunas de ellas zozobraron en el Río de la Plata. Anson, por su parte, debió observar el mismo itinerario, pero continuó hasta puertos seguros en las costas del

Brasil. Las dos flotas debieron soportar naufragios y pérdidas de hombres provocadas por los hundimientos y las enfermedades.

Anson regresó al Pacífico y se batió con Pizarro y con la “Flota del Sur” después, pero advertido a tiempo de la derrota de Vernon en Cartagena, puso proa al oeste donde realizó importantes presas de naves españolas en las proximidades de Filipinas antes de regresar a Londres. Digamos, de paso, que los buques que componían su flotilla eran ocho, incluida su propia nave insignia. De ella, dos buques que no pudieron “pasar” al otro océano y decidieron regresar a Londres. Otras dos resultaron estrelladas; en consecuencias Anson después de conocer las derrota de Vernon y con su flota disminuida puso proa al noroeste, en dirección a las islas Filipinas donde realizó importantes capturas.

El propósito inicial de unir ambas fuerzas desde el Pacífico y el Atlántico como si fueran los brazos de una tenaza para romper el Imperio Español, quedó hecho añicos, precisamente por la derrota de Vernon.

.....

Washington escuchaba al almirante con absorto fervor; aun cuando todas esas vicisitudes no habían ocurrido todavía. Al conocerlas, mantuvo su admiración inicial. Nunca antes había estado frente a un hombre tan meticuloso, que disponía de una respuesta pensada para cada interrogante. Los cuatro mil soldados que debía reunir en Virginia serían una legión formidable, destinada a una causa noble y levantada, que tendría por meta final expulsar de América a esos odiosos españoles, papistas fanáticos y crédulos, en cuyo país todavía el Santo

Oficio guardaba poder. Un hombre de pensamiento libre como Washington, suponía con honradez (y tal vez acierto) que en España, faltar a las creencias de la fe constituía un delito.

Pero la cuidadosa planificación de Vernon chocaba con un ingrediente que no tuvieron en cuenta ni el majestuoso marino ni el mayor de los Washington: debía confrontar con hombres, que como ellos, también pensaban, planificaban y preparaban sus armas para la ocasión. Todo ello sin contar los datos objetivos de la geografía que, en el caso puntual de Cartagena, la protegían como un caparazón. Tal vez mejor que en otras ciudades-puerto que España tenía en América, la naturaleza había dotado a Cartagena de una complicada interferencia de islas y canales, bahías y bocas de ingreso que la hacían muy defendible.

Uno de los primeros en comprender la habilidad de los colonizadores de España para fundar estas ciudades-puertos fue el capitán Thomas Waterhouse, a quien se ordenó que capturara una pequeña escuadra que traía plata hacia el puerto de La Guaira. Esa flotilla debía después unir éste con Puerto Cabello, para desde allí transportar las mercaderías hacia Portobello, que distaba treinta leguas de Panamá, a la espera de su destino final, que era Europa.

El hecho ocurrió en octubre de 1739, pero un día antes de la guerra declarada contra España. Ello habla de la belicosidad de Gran Bretaña, y su disposición para entablar acciones militares ignorando el requisito formal de la “declaración” o por lo menos, la existencia de algún *casus belli* que justificara un ataque; alguien calificaría esa decisión como una felonía: otra traición de los ingleses.

Al ver que la escuadrilla española era poco significativa para él, Waterhouse imaginó un camino hacia la gloria y en lugar de atacarla, dirigió sus buques hacia La Guaira (hoy Venezuela), pensando capturar a bajo costo el puerto español y apoderarse de las embarcaciones ancladas y la mercadería guardada en sus galpones. Con ese propósito y el sonido de futuros y soñados clarines marciales repercutiendo en sus oídos, Waterhouse se olvidó de la flotilla y modificó “algo” las órdenes que había recibido de la superioridad.

Era La Guaira un lugar de almacenamiento de las mercancías que pertenecían a la Compañía Guipuzcoana de Caracas, la que tenía concesión de exclusividad para todo el comercio de la provincia, y que por ende, estaba muy ligada a la Corona.

Para su captura, Waterhouse recurrió a un ardid muy viejo; tanto, que se le podría encontrar un parentesco con el que los griegos utilizaron para ingresar a Troya: arrió las banderas inglesas y en su reemplazo izó las españolas, suponiendo que ese gambito sería suficiente para engañar a la guardia de España. Con ese enmascaramiento se dirigió al puerto; “desfiló” prácticamente por un estrecho canal inmediato a la costa sin advertir la hosca mirada de quienes se encontraban parapetados y continuó marchando hacia el fracaso.

La flota de Waterhouse iba bien equipada, con navíos que portaban entre sesenta y setenta cañones de bronce cada uno, y una dotación de infantes que superaba los mil hombres. Con ese abrumador poder cañoneó sin recibir respuesta los pocos bajeles españoles que se encontraban anclados en el puerto y las magras defensas de la ciudad, custodiadas, según parecía, por un mínimo personal armado.

Pero para mal del inglés, el gobernador de ese lugar no era de la Vega y Retez, sino el brigadier Zuloaga, un militar efectivo y despierto, que había instruido debidamente al oficial a cargo del puerto para que previera una maniobra inglesa.

Con esos antecedentes, el encargado del puerto, capitán Francisco Saucedo, cuya vivienda se encontraba en las inmediaciones del embarcadero, tomó al pie de la letra las preocupaciones de Zuloaga y haciéndose eco de ellas ordenó a la guardia portuaria que ante cualquier novedad o rareza le diera inmediato aviso.

Mientras Waterhouse entraba, confiado y feliz con su ocurrencia a La Guaira, Saucedo era informado por una estafeta del puerto, de la “rareza” que significaba ver “buques ingleses con banderas españolas”.

Saucedo se sonrió y - como tenía subordinadas a su mando numerosas piezas de artillería de diversos calibres pertenecientes a la Compañía Guipuzcoana, que con gusto las había puesto a su disposición - dio una última revisión a los cañones, inspeccionó una vez más las “bocca di lupo”, confirmó que todos los buques ingleses hubieran ingresado, y dio la orden que ansiosamente esperaban sus artilleros para responder al ataque inglés: “¡Fuego!!”

Los disparos fueron ejecutados con precisión por todos los cañones que se encontraban preparados en el puerto, y un sorprendido Waterhouse apenas alcanzó a dar crédito lo que presenciaban sus ojos y escuchaban sus oídos. Los buques que estaban surtos en la rada parecieron salir de su adormecimiento y poniendo también sus cañones a funcionar, demostraron que los movimientos de la defensa

no solo estaban coordinados, sino que compartían la misma visión del momento.

En tanto Saucedo se lamentaba de no tener forma de “cerrar” el puerto para impedir la huida de los buques ingleses, un Waterhouse compungido y amargado, partía hacia alta mar con su flotilla desmantelada por los disparos, preparándose para recibir la esperada reprimenda de sus superiores: no había capturado la flotilla española y La Guaira frustró sus ilusiones. Todo mal.

Como ha sido dicho: el ataque de Waterhouse a La Guaira se produjo el 22 de octubre de 1739 y la guerra contra España fue declarada por Gran Bretaña el 23 de octubre de ese año; con dos siglos de anticipación los marineros británicos se adelantaron a los japoneses, igualando la traición aunque no sus resultados. Lamentablemente, ningún testigo escuchó que se gritara “¡Torá....!! ¡Torá...!” ni en ese momento existían los aviones, de otra forma la antelación a Pearl Harbour hubiera sido un calco... salvo que los atacantes eran europeos (no amarillos) y los defensores... también europeos y sus hijos nativos.

Como Vernon intentara recuperar posiciones después del fracaso de Waterhouse en La Guaira, seleccionó Portobelo, que era la guarnición española peor defendida según los informes de inteligencia que poseía. Naturalmente, esta desidia era imputable al gobernador, de la Vega Retez (el que era suplente de Gutiérrez de Bocanegra, sometido a proceso en Panamá – y por lo tanto suspendido - por el delito de corrupción. Era tan indolente como lo fuera su sucesor), quien confiaba en que nunca sería atacado un reducto tan importante para España. No obstante, el sentido común le tendría que haber advertido del peligro inminente, habida cuenta del estado de las relaciones con Gran

Bretaña.

Vernon llegó a Portobello con seis navíos y un millar de soldados. Tal como le habían informado sus espías, las defensas de la ciudad estaban arrumbadas; las fortalezas inservibles y en los almacenes reales las pocas armas disponibles tenían un inconveniente: no coincidía su calibre con el de la munición de la que deberían servirse.

Del fuerte que debía custodiar esa plaza, solo quedaba una triste caricatura, cuyo nombre – tan solemne como absurdo en ese momento (San Felipe de Sotomayor de Todo Fierro, que los ingleses lo llamaron Iron Castle y demolieron apenas capturado el enclave, como fuera dicho anteriormente) – remontaba a otros momentos de gloria para el lugar. Los soldados componían un grupo tan minúsculo como carente de marcialidad; los pocos disponibles – las desertiones estaban a la orden del día – habían conseguido un conchabo miserable con el cual paliar la falta de pago de sus sueldos, interferidos – cuando llegaban – por algún pájaro de cuentas. En pocas palabras: Portobello era lo que no había sido en su pasado.

Aprovechó bien ese estado de cosas Vernon y sometió el enclave a un riguroso cañoneo. Al poco tiempo advirtió que no recibía respuesta de las maltrechas e inservibles baterías españolas. Sintió que se le había “puesto el campo orégano” (como diría – con evidente influencia inmigratoria - el gaucho Martín Fierro más de un siglo después, al huir de las tolderías indias), desembarcó virtualmente sin bajas y capturó la ciudadela que España conservaba como un tesoro en sus dominios americanos.

Portobello había caído y el almirante inglés pensó que con él se

había precipitado al abismo toda influencia de España en el Nuevo Mundo. Se apresuró a escribir al almirante Blas de Lezo (era un almirante con el cargo de “general” de todos los buques que estaban a sus órdenes, como varios años antes lo había sido en el Perú) para intimar la rendición de Cartagena de Indias, solo a los efectos de comprobar que los virreinos de España serían un hueso demasiado duro como para “roárselos” sin pelea, a juzgar por la respuesta que recibió de “Medio Hombre”.

Capturado Portobello, ciudad a la que la superstición popular atribuía condiciones de absoluta inviolabilidad, dirigió una carta a Blas de Lezo (como se ha dicho), solicitando la rendición y entrega de Cartagena de Indias. El intercambio de cartas pinta de cuerpo entero a los dos hombres. Vernon, al solicitar la transferencia de la plaza, le propuso a su enemigo un intercambio de prisioneros, destacando, entre otras cosas, el trato civilizado que Gran Bretaña daba a los mismos, desafiando a los españoles a que realizaran una similar afirmación:

–“El capitán Polanco debe dar gracias a Dios por haber caído en nuestras manos, porque si no, por su trato vil e indigno hacia los ingleses, habría tenido, de otro modo, un castigo correspondiente. Portobello, noviembre 27 de 1739” – dijo Vernon en su carta, entre otras cosas.

La respuesta de Blas de Lezo fue concreta y altiva. Ante todo, para disminuir la soberbia del inglés, le bajaba los “humos” sobre la importancia de su captura. Le decía el almirante español que estaba enterado de los informes que le habían llegado a Vernon por medio de los espías ingleses, sobre el insuficiente grado de defensa de



Portobello: tomar una ciudadela que de antemano se sabe débil, habla poco a favor del militar que la hubiere consumado.

Merece ser transcripta su carta no solo porque se trata de una apreciación valiosa, hecha por un hombre involucrado en la defensa de la ciudad heroica, como lo fue Cartagena, sino por la belleza de las formas empleadas (el resaltado pertenece a este autor):

“Cartagena, 24 de diciembre de 1739....Puedo asegurar a V.E. que si yo me hubiera hallado en Portobello se lo habría impedido y si las cosas hubieran ido a mi satisfacción, habría también ido a buscarlo a cualquier otra parte, persuadiéndome que el ánimo que les faltó a los de Portobello me hubiera sobrado para contener su cobardía...

.....

La manera que V.E. dice que fueron tratados sus enemigos es propia de la generosidad de V.E., pero rara vez ha sido la virtud de vuestra nación y sin duda la que V.E. ahora ha realizado, será imitando la que yo he practicado con los vasallos de Su Majestad Británica. Es de suponer que este intercambio incluye a todos los españoles hechos prisioneros en diferentes embarcaciones que se encuentren en vuestra isla (Jamaica), con cuya demostración solicitaré se haga lo mismo con todos los ingleses que se hallen en los puertos de esta América”.

Lezo refutó con la sobria serenidad de los valientes la vanidosa ostentación del inglés.

Sin embargo, no fueron esas cartas las que determinaron el cambio de ideas en Gran Bretaña. El plan para atacar las posesiones españolas

en América sufrió una modificación drástica a partir de la derrota de Vernon y una simple medida administrativa de España: la división del virreinato del Perú creándose el de Nueva Granada. Desde esa decisión política y la derrota del almirante Vernon en Cartagena de Indias, las acciones encomendadas al comodoro Anson perdieron entidad (la salida de las riquezas peruanas no se hizo más por el Caribe y para los ingleses no tuvo la misma importancia el nuevo virreinato) y el gobierno de Walpole dirigió sus ojos a otra parte.

Por otro lado, la amplia derrota padecida en Cartagena penetró muy hondo en Gran Bretaña, monarquía que, antes de pensar en atacar los bastiones españoles, debía lamer primero sus heridas.

Otro dato para tener asimismo en cuenta: el mismo día en que se declaró la guerra, el capitán Charles Brown navegó desde Jamaica hacia La Habana con tres navíos equipados con setenta cañones cada uno y sometió a un metódico bombardeo los fuertes que están situados al ingreso de su estuario y en ese momento custodiaban el acceso a la ciudad.

La enconada defensa de las fuerzas de tierra impidió a la flotilla inglesa tomar la capital de Cuba y debió conformarse con la captura de algunas balandras cargadas con sal. Merodeó después Brown la costa atlántica cubana y efectuó algunos desembarcos, pero la rápida reacción del gobernador Güemes de Horcaditas, que destacó piquetes de soldados para contrarrestar los asaltos, tuvo el mérito de rechazarlos y tomar algunos prisioneros. Sometidos éstos al rigor de los interrogatorios que entonces eran usuales, confesaron los planes ingleses (algo que quizá no conocían) y el equipamiento con que contaban las embarcaciones (algo de lo que sin dudas tenían

conocimiento).

Cuando todavía faltaba casi un siglo para inventarse el telégrafo, llama la atención la sincronización para desplegar una acción de guerra el mismo día de su declaración ¿quién dijo que los ingleses no eran, además de piratas, adivinos?

El Perú, tuvo, para Lezo, otras connotaciones.

Al comodoro Anson sus superiores le habían entregado consignas precisas en el sentido que debía pasar del océano Atlántico al Pacífico para después batir la flota española que protegía esa vía. A partir de la imaginada derrota de los españoles tenía que escalar de sur a norte el litoral sudamericano y estrechar filas con Vernon, después de capturar éste Cartagena de Indias. Como ha sido dicho, este plan fue abandonado a raíz de la derrota de Vernon y la creación de un nuevo virreinato (Nueva Granada). El apetito inglés modificó las reglas de su ingesta: en función de la derrota de Cartagena, su tradicional voracidad se circunscribió a la parte económica, conteniendo por el momento el hambre político.

Pero el Perú había sido un destino de raras consecuencias para Lezo. Por un lado, el buen vasco había desplegado una acción impecable desde el punto de vista militar, “peinando” el inmenso litoral, manteniendo limpias las costas continentales. Sin embargo, el brillo de su gestión al frente de los navíos de esa flota española se empañó por causas políticas. La falta de flexibilidad en sus posiciones, la intransigencia – cuando no menosprecio – a posturas que a su juicio estaban equivocadas y la ausencia de “cintura” para contrarrestar aún los embates insignificantes, fueron mellando la relación con el

arzobispo de Lima, que era a su vez el virrey designado por el soberano.

La vinculación de Lezo con Monseñor don Diego de Morcillo y Rubio de Antón comenzó con un ágape con el que el obispo quiso homenajear a la plana mayor de los militares de España por su entrega en la persecución de un delincuente famoso. Esa recepción resultó fundamental para el futuro de Lezo y por si sola hubiere sido suficiente para que don Blas mirara el porvenir de otra forma y su relación con el virrey fuera más aficionada.

En efecto; al banquete organizado por el Monseñor vinieron las personas más calificadas del Perú; entre otras, una familia que se trasladó desde el sur, casi en los límites con Chile: eran los Pizarro, padres de doña Josefa, la futura prometida de Lezo. Como ha sido dicho, se ignoran los pormenores de esa simpatía, que nació en esa fiesta; don Blas, continuando la tradición social de España, que se intensificaba en sus fuerzas armadas, requirió formalmente la mano de doña Josefa a sus padres. Éstos, con gusto la concedieron a ese valiente almirante de España, hecho general por decisión real (para atender específicas cuestiones militares que eran inherentes al cargo, no al grado con que revistaba en su fuerza). Los testigos vieron como Lezo mantenía una larga conversación con su futuro suegro, después de la cual el joven almirante comenzó una serie de visitas a su prometida, hasta la consumación, en breve tiempo, del matrimonio.

Lezo respiró tranquilo: ¡por fin una mujer en su vida, dispuesta a compartir su destino! Por otra parte era un claro mentís a los enemigos que pretendían empañar logros obtenidos en base a valor, entrega, astucia, con intrigas despreciables acerca de su aptitud sexual.

Blas de Lezo, el vasco tozudo e intrépido, cuya sagacidad jamás fuera desmentida por la valentía, unía su vida a la de Josefa Pacheco, una criolla que habría de demostrar solidaridad y lealtad. Solidaridad, cuando en las jornadas de peligro se negara a abandonar Cartagena. Y lealtad, al rodear con los hijos del matrimonio la cama en la cual un Hombre y Medio le iba a devolver el alma a Dios.

## **EN GRAN BRETAÑA**

## **CAPITULO IV**

### **UNA FAMILIA INGLESA**

El matrimonio de Horace Left e Ilse Brown tuvo cuatro hijos; los varones, de mayor a menor se llamaron James, Horace (Junior) y Charles. La mujer se llamó Augustine.

Vinculados a la tradición naval por razones familiares, no dudaron los varones en enrolarse en la Royal Navy, donde pensaban, a la carrera exitosa que aspiraban emprender, sumar aventura, riesgo y patriotismo.

Augustine, siguiendo una costumbre que se afirmara en lo que después sería la clase media británica, optó por el matrimonio, pero como no podía ser de otra manera, su prometido surgió de las mismas canteras donde sus hermanos daban los pasos iniciales en lo que fuera una rutina familiar: la Armada inglesa. Su marido se llamaba Patrick Daniels y el abrasador sol africano arrebatava su piel blanca mientras piloteaba una pequeña fragata en el Atlántico, evitando que la nostalgia por su casa en Birmingham, el recuerdo de su mujer embarazada y Wallace, aquel terrier juguetón y torpe, sirvieran de prueba para

demostrar su carácter familiar y manso.

Si bien los tres varones optaron por la marina de guerra, las condiciones de cada uno se pusieron en evidencia apenas obtuvieron el destino solicitado.

James eligió la aventura y se le asignó a la escuadra que estaba surta en Jamaica, a las órdenes de uno de los marinos de mayor renombre en las islas británicas: el almirante Edward Vernon. Horace, menos inclinado a la violencia y el peligro, eligió las tareas administrativas que debían llevarse a cabo en el Almirantazgo. Y Charles, recién egresado con el grado de guardiamarina, aún no tenía resuelto cuál sería su verdadera vocación. Su edad lo llevaba a pasar largo rato frente al espejo, admirando la casaca reglamentaria color azul con ribetes dorados, que le había sido asignada por sus superiores.

No obstante la disparidad de caracteres de cada uno, algunos datos eran comunes a todos: en primer lugar el patriotismo, que los llevaba a no dudar en entregar la vida por esa isla que amaban; en segundo lugar, el sentido del deber, que los inducía a cumplir ciegamente con cualquier orden que les fuera asignada.

Con esos antecedentes, la superioridad dispuso el traslado de James Left a Jamaica; debía presentarse en el buque Greenwich, que prestaba servicios en la gran armada, cuya conducción se había confiado (como ha sido dicho) a Edward Vernon. Embarcó sin dificultades.

Feliz con lo dispuesto por sus superiores, James se decidió a contemplar su imagen en el espejo grande de estilo barroco que



decoraba una de las habitaciones de la casa paterna. Uno a uno fue examinando su figura con los distintos uniformes que debía llevar: el de fajina, para la actividad de trabajo que se presentaría todos los días; el diario, de mejor hechura que el anterior, con el que habría de vestirse para salir cada jornada. Para la última prueba reservó su predilecto: el de gala, confeccionado con la hermosa pana salida de los tejares irlandeses; aunque fuera demasiado grueso para el tórrido clima caribeño, ya se las ingeniaría para lucirlo de todos modos.

Mientras aprobaba la imagen con que lo retribuía el espejo, James comprobó con horror que a la indumentaria le faltaba un botón dorado.

-¡Menos mal que se me ocurrió esta prueba! – se dijo a sí mismo, justificando su infantil engreimiento. Ya iré mañana mismo a la sastrería naval a conseguir un reemplazo– continuó pensando mientras el gesto inicial era reemplazado por un rictus de preocupación.

Observó con detenimiento el lugar donde había estado cocido. Aunque obviamente no era experto en el arte de la costura, podía apreciar que el corte había sido limpio: los hilos ubicados en el lugar donde antes luciera el dichoso botón no se encontraban raídos y lánguidos, como cuando la pieza ha rodado a consecuencia del desgaste. Tampoco la pana presentaba las muestras que se advierten cuando ha sido arrancado por la fuerza. Este corte fue hecho con un objeto adecuado: una tijera o una navaja - pensó Left.

Entre las características de James, la rapacidad sexual no era uno de sus rasgos menores. Claro que el sexo debía ir acompañado de una dosis creciente de epinefrina, y nada lo hacía más riesgoso que

frecuentar lechos de mujeres casadas. Ahora mismo se había sentido atrapado por la conquista de la vizcondesa de Ascoll, una hermosa dama de pocos años más que él mismo, que cuidaba de su figura con la pretendida ilusión de frenar el paso del tiempo.

Con rapidez recordó el último encuentro con la vizcondesa. Había sido el pasado sábado, en ocasión de la gran fiesta que dieran los duques de Allison; el marido había preferido concurrir a una partida de caza de gallos salvajes que organizaba un amigo en lugar de permanecer en la mansión y dejó allanado el camino para el joven predador. Éste, después de la recepción de los duques, concurrió a la residencia de los Ascoll, donde tuvo lugar el encuentro con la elegante mujer.

-Es probable que haya querido conservar un recuerdo mío – se dijo a sí mismo, mientras el tono rojizo iba desapareciendo de la cara. Lo perturbaba haber estado con su indumentaria incompleta en la fiesta, a la vista de todos; como amante seguro de sus condiciones, lejos de disgustarle ese gesto, estimuló su vanidad el que pretendiera alguna mujer conservar en secreto un recuerdo suyo. Ya concurriría a la sastrería a adquirir otro.

Ni siquiera hizo falta esa diligencia. Su madre había guardado varios repuestos de los cuatro uniformes (los tres pertenecientes a los hermanos Left y el cuarto que correspondía a Patrick, su amado yerno). Por fortuna, había varios botones de distinto tamaño guardados en el costurero, que James solo tuvo que mencionarle el faltante a Iria – la devota senegalesa que había traído su padre de África, cuando todavía era una niña – para que de inmediato ésta se abocara al pegado del mismo.

Obediente de las órdenes y el destino, que superaban el apetito sexual, James viajó en el navío Greenwich, donde también se había embarcado el general Oglethorpe, quien, llegado al Caribe, debía comandar un importante regimiento reforzado con numerosos voluntarios.

El prestigio del general James Edward Oglethorpe se había incrementado notablemente después de la “batalla” de Bloody Marsh. Filántropo, masón, diputado a la Cámara de los Comunes de Londres, había tenido un reconocido éxito parlamentario al influir decisivamente en la mejora de las condiciones carcelarias de los reclusos por causas económicas. Como militar fue notoria su derrota a manos españolas cuando los ingleses atacaron el fuerte de San Agustín y su población aledaña, base constitutiva de la futura capital de La Florida y el asentamiento de europeos más antiguo de toda América del Norte.

El frustrado asedio tuvo tanta influencia en el desarrollo de los acontecimientos posteriores que, envalentonada por la victoria, España llevó a cabo una vigorosa embestida contra Georgia.

Oglethorpe, la había fundado (y poblado) con los presidiarios que había conseguido liberar en Londres y con los habitantes empobrecidos de Escocia, cuyos clanes estaban divididos entre los Estuardo y los Hannover.

Esta invasión de España fue providencial para el inglés; la fortuna que lo acompañó en su defensa hizo olvidar con rapidez el fracaso de San Agustín, y Bloody Marsh terminó de catapultarlo.

En rigor de verdad, ésta no fue sino una emboscada que armó el regimiento de los robustos Highlanders para hacer caer en la trampa a una treintena de granaderos españoles mientras estaban atascados en el pantano, los que fueron masacrados.

Sin embargo, con esa habilidad que posee la “rubia Albion” para magnificar los hechos de su conveniencia o minimizar los desfavorables, hicieron de la celada en el fangal una “batalla”, a la que reverenciaron casi como un Waterloo.

Volviendo a Left: tenía escasa experiencia sobre la guerra, pero volcó todos sus conocimientos al servicio del próximo enfrentamiento con los españoles y ofreció sus escasos conocimientos para los objetivos que debieran alcanzarse.

Pronto sería requerida su intervención.

## **CAPITULO V**

### **ESPIONAJE**

Al llegar a Jamaica, Left se convirtió en el hombre de confianza del capitán de la Lennox, Covill Mayne, y, como buen aventurero que era, se mostró dispuesto a emprender las mayores y más arriesgadas misiones. El comandante supremo de la armada en Jamaica había dicho, en reunión de su estado mayor, que la partida de la flota hacia las costas sudamericanas (corría el mes de marzo del año 1740) no sería la verdadera invasión de Cartagena. Por supuesto, si los españoles estaban dormidos como siempre (pensaban los ingleses, en especial Vernon), aprovecharían esa circunstancia para ocupar la bella ciudad. Pero eso solo era una lejana ilusión.

El verdadero objetivo del despliegue era hacer un prolijo relevamiento del lugar, medir el alcance de las defensas españolas, la rapidez y efectividad de su reacción para trazar el plan de ataque definitivo. Todo eso debía hacerse, aunque Vernon, ya tenía in pectore (y en base a datos de espías confiables) una idea de los caminos que debían tomarse.

Vernon en persona comandó el operativo sobre Cartagena a bordo de la que sería la nave insignia de la flota: el navío *Strafford*. Ancló la escuadra a unas diez millas de la costa, donde no podía llegar el fuego de los cañones españoles y destacó algunos botes hacia la playa norte de Tierra Bomba. En realidad su propósito no era efectuar un desembarco en regla; la intención era la de provocar al almirante Lezo para obligarlo a salir a mar abierto y darle caza.

La intención le falló, porque Lezo sería el “almirante Patapalo” y le faltarían tres extremidades para igualar al zorro, pero en cambio de su único ojo salía una mirada vulpina que trasuntaba un cerebro ágil y sutil, capaz de emular en tretas al famoso animal. No entró en el juego del inglés y se limitó a bajar de sus buques los cañones de a 18 para emplearlos en tierra y castigar con sus tiros la osadía de esa flota.

## 1) LA MISION

La escuadra inglesa, como queda dicho, limitó su accionar al estudio del terreno que debía invadir, para lo cual era fundamental conseguir informes confidenciales, que solo podían proveerlo los espías que pudiera destacar para confrontarlos después con los que ya obraban en su poder. Dado el peligro que implicaba la realización de ese tipo de espionaje (ir nadando hasta las costas españolas para después infiltrarse detrás de sus líneas), se requirió a la oficialidad participar voluntariamente de una selección que se llevaría a cabo.

No era absurdo que se invitara a tomar parte solo a los oficiales. Se suponía que el grado de compromiso era mayor en esos hombres que no habían elegido la Armada como una salida laboral o fueron la

consecuencia de una leva forzada, sino por una vocación de mando y patriotismo. Se sabía que la vida a bordo era muy dura, y para los marineros rasos sobraban los rebencazos y las ejecuciones, razón por la cual se descartaba su participación espontánea.

Entre varios aspirantes, que se presentaron en iguales condiciones de resistencia y temeridad debió decidirse el capitán Mayne, en quien se había confiado la responsabilidad de elegir el marino adecuado.

Naturalmente, la elección podía parecer que implicara un favoritismo, pero en realidad era al revés. La misión entrañaba tanto peligro que el árbitro no sabía si elegir al de su preferencia o a quien considerara el más duro de todos aunque no fuera amigo suyo. Finalmente se confió a James esa tarea que podría deparar no solo su desaparición misteriosa, sino la muerte de tantos soldados que irían al frente sostenidos por un plan de batalla decidido en base a conjeturas y no a un relevamiento explícito.

Miró largamente a Left cuando lo eligió y, conteniendo la emoción, el capitán Covill Mayne le dijo, con expresión inanimada, común en esa raza:

-Saldréis al anochecer, e iréis a nado hasta la costa. Que Dios os acompañe.

En la cubierta del navío de Mayne, estaba Left sentado en una silla precaria, rodeado de varios oficiales y tripulantes. Lo cubría solo un taparrabos, porque se deseaba impedir que cualquier ropaje sirviera de obstáculo para su desplazamiento como nadador.

## 2)COMIENZA LA AVENTURA

Mientras se estaba preparando para la zambullida, un jamaiquino enorme se acercó llevando un rústico balde en la mano y un palo, de cuyo extremo pendían estopa y trapos, colocados como si se tratara de un pincel precariamente construido.

-Señor, estas aguas están llenas de tiburones feroces – dijo dirigiéndose en forma respetuosa a Left. Dejadme que embadurne vuestro cuerpo con este ungüento, que no tendrá buen olor, pero mantendrá alejadas a esas bestias.

James hizo un gesto afirmativo. Su obsesión era no toparse con una patrulla española; no había pensado en los monstruos que habitaban las profundidades del mar, cuya tranquilidad él iba a romper con la inmersión.

-¿Cuánto tiempo dura su efecto? - preguntó simulando indiferencia e imaginando el tiempo que le llevaría la misión.

-Unas cuatro horas – respondió el machetero. Os aconsejo que llevéis un poco en un frasco, para untaros al regreso.

James también aceptó el consejo y el recipiente, repleto por el afeite mencionado, lo colocó, pendiendo de su cuello, y sujetado por una cuerda de cuero.

-Si estos animales existen y abundan tanto, será una buena ocasión de averiguar si este antídoto nativo es efectivo – pensó, mientras trataba de alejar de su mente cualquier pensamiento que pudiera



acobardarlo.

Cuando el sol estaba próximo a ocultarse tras los promontorios del oeste, Left se arrojó al agua. Penetró varios metros por debajo de la superficie, pues se había zambullido desde la cubierta superior del poderoso navío, y abrió los ojos.

Por supuesto, el agua le pareció mucho más cálida que la que existía en las inmediaciones de Whitehall, la base naval donde diariamente ponía a prueba sus condiciones de gran nadador. En cambio, le pareció más salada; por lo menos sus ojos se irritaron con mayor rapidez.

Nadó unos instantes bajo la superficie y una ola de inmensa alegría lo cubrió. Se sentía feliz, nadando en esas aguas verdaderamente azules, penetradas por los últimos rayos del atardecer. Abriéndose paso entre innumerables peces multicolores, que observaban su presencia con ojos indiferentes, avanzó hacia la costa, donde comenzaba su verdadera misión.

De pronto, un enorme pez avanzó hacia él. ¿Será uno de los famosos tiburones? – pensó rápidamente, procurando no ser tomado por el pánico. El inmenso escualo se acercó a su cuerpo, casi rozándolo, pero repentinamente, con graciosa agilidad y marchando casi con indiferencia, se alejó hacia las profundidades, perdiéndose a la vista irritada de James.

Pero volvió. Esta vez no lo hizo solo; otros dos especímenes lo acompañaban, tal vez de menor tamaño, pensó Left. Continuó nadando hacia la costa, tratando de no modificar el ritmo ni dejarse impresionar

por la presencia de las tintorerías que se desplazaban cerca suyo.

Parece que la pócima nativa es buena, a juzgar por la distancia que mantienen los animales – pensó Left. Aferró la botella en la que llevaba el repuesto y se propuso no abandonarla mientras completara la comisión. Había pensado inicialmente esconderla en un lugar reparado de la playa, más allá de la subida de la marea, pero reemplazó la idea original debido al éxito que hasta el momento había tenido el dichoso bálsamo. En la cintura, una correa aseguraba el taparrabos y apretada por ella, colocó un puñal con su funda respectiva, pero cuando advirtió el vigor y la agilidad de esos peces se dio cuenta de la inutilidad del arma.

No obstante, miró con un dejo de nostalgia el cuchillo. Lo había acompañado siempre, aun cuando – muchacho indomesticado – los requerimientos solo habían servido para dar respuesta a sórdidos deseos que su naturaleza no podía resolver. Perderlo – y con él la vida – en el intento infructuoso de despanzurrar un pescado, era algo absurdo, que ni siquiera la captura de una especie maligna podía compensar.

-Más vale que el brebaje sirva – pensó con resignado fatalismo.

Los tiburones se alejaron, tal vez porque su instinto les advirtió la proximidad de algunos bancos de arena, sin que en sus buriles hubiera comida suficiente.

Left continuó nadando, cada vez más cerca de la playa, cuando sus pies, inclinados hacia el fondo del mar, tocaron una sustancia blanda. Era el fondo barroso de las proximidades de La Boquilla, donde debía comenzar su periplo de aventura y peligro.

-Como si hasta ahora todo hubiera sido un paseo – pensó con irónica reflexión James, corrigiendo su propio juicio.

Se acercó más aún hacia la costa nadando como suelen hacerlo las ranas, para evitar movimientos enérgicos que pudieran alertar algún vigía denunciando su presencia. Ya era noche cerrada, la luna todavía no había hecho acto de presencia, y no se divisaba ninguna luz en las inmediaciones. Hasta ahora, al menos, el plan funcionaba bien.

Sintió algo de frío y se lamentó no haber llevado, además de la botella con el revulsivo anti-tiburones, alguna ropa de abrigo. Estaría mojada, pero mientras tanto la hubiera puesto a secar; además, hasta la mañana siguiente no podía hacer nada, más que contemplar las estrellas, que cada vez en mayor medida se iban acumulando en el cielo.

Cavó ayudado por el cuchillo y sus propias manos un hueco en la arena donde introducirse y se acurrucó contra una especie de tamarindo; al mismo tiempo que las ramas le daban algo de calor, quedó dormido.

Lo asaltaron sueños espantosos: un español se acercaba blandiendo una horquilla para ensartarlo, pero rápidamente el agresor se convertía en un monstruo marino y continuaba el ataque. Si al comienzo de la pesadilla era un soldado transformado en monstruo, al finalizar era un enorme tiburón que surgía de las profundidades turbias de un mar misterioso, en el que su mente imaginaba infinidad de acechanzas.

Despertó sudando y con hambre.

Cuando en el Atlántico comenzaron a asomarse los resplandores rojizos del amanecer se preparó para realizar el relevamiento que se le había ordenado. Tenía que grabar todo en su memoria: distancias, emplazamientos, topografía. Advirtiendo las irregularidades de la tierra (pésima para el desplazamiento de soldados y bagaje), comprobó que continuando en dirección -al suroeste, las imperfecciones del suelo lo conducían hacia un estrecho brazo de mar – muy angosto, que los españoles y lugareños llamaban “caño” – que inexorablemente debería ser traspuesto para avanzar hacia Cartagena. Su mente trataba de recordar todos los pormenores; ante todo, memorizar que en las inmediaciones de La Boquilla, España tenían dos baterías con una veintena de cañones móviles y de largo alcance, que deberían ser bombardeados antes del desembarco para evitar una carnicería.

-Bueno, yo me limito a informar; la decisión deberán tomarla los comandantes, que para eso me han mandado – pensó James para poner límites a sus atribuciones.

Reptando para no ser divisado desde alguna batería, continuó su marcha. Ahora el sol había comenzado su eterna circunvalación de todos los días y divisaba con claridad el terreno: dunas, pastizales, charcos con agua salada, que ponían de manifiesto que esos lugares en algún momento fueron cubiertos por el mar.

-Estos taimados españoles... por algo emplazaron tan alto las baterías – murmuró para sus adentros.

Continuó avanzando, bordeando el brazo de agua sin intentar cruzarlo, cuidando celosamente de no ser divisado desde las baterías,

que quedaron a sus espaldas. Observó que en la medida que el suelo se hacía más blando, la arena era reemplazada por una tierra rojiza y una leve vegetación, rala y tendida, comenzaba a modificar el sedimento. El “caño” de mar se estrechaba y ponía fin a su penetración.

-¿Qué hay más allá? – se preguntó Left cuando sus ojos percibieron una ciénaga inmensa.

Había dado, sin saberlo, con la “ciénaga de Tesca”. Pequeñas formaciones vegetales emergían en medio de un inmenso espejo de agua estancada de variada profundidad. James recordó que su padre les había contado que cuando prestó servicios en África (pocas veces hablaba de ese tema que parecía provocarle asco) existían arenas y barros traicioneros, capaces de engullirse a un hombre montado. De hecho – decía – los infantes marchaban en “fila india”, unidos por una cuerda que ataban a su correa, para que, si un soldado caía en uno de esos torbellinos invisibles, pudiera ser rescatado por sus compañeros. Tenía un inconveniente: si eran atacados, la soga dificultaba la defensa, pero era solo algo inoportuno, que debía compensarse con la seguridad que proporcionaba su uso.

-Por las dudas no voy a arriesgarme explorándola – pensó mientras recordaba que su deber era llevar la información que le había encomendado la superioridad. Se sorprendió a si mismo rumiando sobre la vizcondesa de Ascoll: caramba, esa mujer debe haberme flechado; no dejo de pensar en ella - expresó para su coleteo.

El “caño” de mar concluía entre unas dunas elevadas, antes de comenzar la ciénaga cuya agua, pensó, sería apenas salada, prueba de que estaba alimentada por surgentes de líquido dulce o un riacho

desembocaba en alguna de sus márgenes más alejadas. Unas enormes plantaciones, que crecían alimentadas por el agua de la ciénaga (los famosos manglares) alimentaron su imaginación y lo condujeron a suponer la existencia de un reservorio dulce. Sin embargo rectificó su error; después de probarla y percibir su gusto salobre, concluyó que prevalecía la de sabor marino: ese espejo no era receptor de ningún río.

Se detuvo un instante en admirar la belleza de la fauna que poblaba el estero y lamentar que todo eso no lo tuvieran las islas británicas pues, como buen cazador, admiraba las especies que habrían de sucumbir bajo sus disparos.

Lo sorprendieron unos animales extraños, de amenazadoras bocas colmilludas y un caparazón de cuya dureza a simple vista no cabían dudas.

-¿Serán cocodrilos? – se preguntó, memorizando algunos relatos paternos sobre África, desconociendo que se trataba de los famosos caimanes que, aunque parecidos, jamás pudieron ser apareados con aquellos para lograr un mestizaje en la descendencia.

De la misma manera regresó a la costa. Trató de esconderse de los vigías de las baterías y aguardó la caída del sol. Aferró con fuerza el frasco con el fluido contra los tiburones y con pavor comprobó que la tapa se había abierto en algún momento del día y perdido una parte importante de su contenido. Ya se venía lamentando porque el frasco no era lo suficientemente grande y encima una parte se había perdido. Pésima noticia para quien tendría que nadar varias millas hasta el navío que recortaba sus velas contra el horizonte.

Resignado, aguardó que las sombras se acercaran y sin ruido se introdujo en el mar. Había embadurnado su cabeza y las extremidades con los restos del unto nativo que le prepara el jamaiquino y comenzó a nadar. Lo hizo por la superficie, sumergiendo la cabeza cada tanto para aprovechar al máximo ese caldo que se había probado eficiente para ahuyentar a los escualos. Le pareció escuchar algún disparo de mosquete, pero ya estaba lejos del alcance de las balas. Continuó nadando. De los temidos tiburones, ni noticias.

-Deben haber jurado fidelidad a Jorge II, pensó para sus adentros sonriéndose de su propia broma, mientras su vista percibía el navío mucho más cerca.

De pronto, como surgida de la nada, se encontró con la quilla de una chalupa. El catalejo del capitán Covill Mayne había descubierto, en la noche, su desplazamiento y ordenó que bajaran un esquite para recoger al nadador.

Ya a bordo del navío, el capitán, cuyos ojos evidenciaban que no había podido dormir en toda la noche anterior, le dijo, con la autoridad de quien no necesita levantar la voz para hacerse escuchar:

-Si se encuentra en condiciones de hacerlo, dibuje un mapa con las apreciaciones suyas – señaló mientras daba una feroz pitada a la pipa que realizaba una curva descendente hasta tocar casi la parte inferior del mentón. Bajo la luz mortecina de un farol de aceite, le alargó un cuaderno en el que lucían varias anotaciones para que registrara el croquis y agregara sus opiniones.

Left – que no era tan prolijo como valeroso – garabateó con un lápiz

los pormenores del terreno y en una hoja aparte expresó sus apreciaciones sobre las que no omitió reflexión alguna.

Cuando hubo terminado, alargó los papeles hacia Mayne, quien los recibió con la aparente indiferencia con que esa raza encaja las alarmas, las alegrías y tristezas sin demostrar las pasiones internas que pudieran afectarlo.

-Se lo llevaré al almirante Vernon para que lo confronte con los informes que tiene de nuestros espías en tierra – respondió entre dientes Mayne, que no alejaba jamás la pipa de sus labios.

Asintió Left y se dirigió de inmediato a la cocina del navío. El hambre y la sed debía calmarlos de inmediato; tan rápido, que liberarse del emoliente jamaiquino por medio de un baño para después tomar por asalto la litera que le correspondía, podían esperar.



## **EN EL CARIBE**

## CAPITULO VI

### LA REINA DEL CARIBE

#### 1) CARTAGENA. Tributo a su belleza.

La ciudad y puerto de Cartagena de Indias era, sin dudas, la reina del Caribe (hoy todavía hace saber al viajero que es una ciudad compuesta por los ingredientes de la belleza). Emplazada en el extremo norte de Sudamérica, casi donde comienza el istmo de Panamá, la apostura de su entorno y la hermosura de sus contrastes, le hicieron justicia al proclamarla sin rubores la “perla del Caribe”. Sumaba a la distinción de su medio, sus propios argumentos urbanos.

Colorida, provista de balcones cuya sombra se proyectaba con benefactora generosidad para mitigar el sol intenso del verano, cubierta de alhóndigas donde criollos e hispanos vendían los frutos de un territorio exuberante, era orgullo del virreinato y deseo de los predadores. La importancia de sus portales denunciaba la envidia social del propietario: a mayor cantidad de “botones” o remaches o charreteras, más importancia general se le reconocía. Cuanto mayor era

la hilera de salientes o “diamantes” que se advertían en aquellas puertas que los árabes llevaron al sur de España, más alta era la alcornica de su dueño. La suma de balcones y salientes en las puertas denunciaba la preeminencia social del propietario.

Los españoles, desde los tiempos de Colón y sus compañeros – al decir de Washington Irving – habían considerado a Cartagena como la “llave”<sup>85</sup> de sus dominios sudamericanos y la puerta de entrada al imperio que tenían a partir del Atlántico.

No poseía la magnificencia de Lima, su nobleza y el oro de sus montañas, ni el porvenir venturoso que a Buenos Aires – por entonces una aldea chata y pobre (arenosa en el verano, plagada de charcos con barro en invierno) – le brindaba la prodigalidad de su pampa. En cambio, Cartagena poseía el mar, que la había convertido, junto a Portobello, en el punto de partida de los bajeles que transportaban a España las ganancias de su imperio, evitando las aguas encolerizadas del extremo sur del continente.

Esa misma ubicación de privilegio, a la que debía adicionarse la afabilidad de sus habitantes, el colorido irregular que producían las flores de sus balcones, las alhóndigas, la habían convertido en obsesión de los tronos europeos y botín apetecible de los piratas que asolaban con insolente impunidad las aguas caribeñas.

Pronto advirtieron los estadistas de Europa, que podía llevarse a cabo una interesante alianza entre bucaneros (que solo luchaban por su participación en el saqueo) y sus intereses políticos, para los cuales la

---

8 Como ha sido explicado, España denominaba “llaves” a los enclaves decisivos para mantener la intangibilidad de sus dominios en América.

ganancia económica debía considerarse una inversión hacia el futuro.

Primero los franceses con Robert Baal y posteriormente con Martín Cotè arrasaron el enclave, solo con la pretensión (lograda) de obtener cuantiosas ganancias del asalto.

Pero los cartageneros aprendieron la lección, y cuando el corsario inglés John Hawkins, a mediados de 1568 osó acercar sus navíos a la costa para bombardear la ciudad, Cartagena reaccionó con gran valor y sobrada astucia. Se dice que por las noches cambiaban la ubicación de los principales cañones, de modo que el fuego partiera desde distintos puntos de defensa y el atacante supusiera que detrás de las murallas existía un poderoso arsenal. El caso fue que después de varios días, con las naves averiadas por el enorme escarmiento recibido, Hawkins se hizo nuevamente a alta mar, protestando volver al cabo de un tiempo, amenaza que nunca cumplió.

Poco después de Hawkins arribó otro pirata inglés, Sir Francis Drake, a quien la reina Isabel de Inglaterra había hecho caballero en mérito a haber consumado la vuelta al mundo, ignorando, quizá, que con anterioridad al legendario Drake, el marino español Juan Sebastián El Cano había comprobado la redondez de la tierra al completar la hazaña de Magallanes, muerto por los indígenas en Filipinas.

Drake ingresó, con una escuadra numerosa y una tropa puesta a punto; lo hizo en una noche muy oscura por Bocagrande (antes de su bloqueo, aprovechando sus formaciones coralíferas) hasta la llamada Punta del Judío (en la actualidad sede del Club Naval). Otro escuadrón de su flota lo hacía al mismo tiempo por la Bahía de las Ánimas, lugar en que debió detenerse porque la presencia de varios barriles, unidos

por cadenas, despertaron la sospecha de que se trataba de explosivos destinados a activarse con la embestida de los buques. Los barriles – que no contenían las temidas cargas – se encontraban flotando a la altura del fuerte Boquerón, en el emplazamiento que se le diera a la fortaleza del Pastelillo en tiempos del ataque de Vernon.

El pirata continuó marchando entonces por la península de Santa Cruz, al este de Bocagrande, hasta divisar la formación detenida por los barriles; llegó al lugar donde se topó con tropas españolas y nativas que se alistaron para oponerle resistencia, pero al amanecer de la misma noche, ya la ciudad – previa captura del suburbio de Getsemaní - era suya.

Drake estuvo a punto de aceptar una suma importante de dinero para dejarla en paz, y de hecho eso hubiese pasado, si no fuera que mientras negociaba, un secuaz le entregó una carta interceptada por uno de sus hombres que remitía un vecino de Cartagena a un habitante de Santa Marta, en la que se formulaban severos (y despectivos) juicios sobre el filibustero. Esa nota irritó al corsario, lo decidió a abandonar las negociaciones y aplicar a la ciudad severas sanciones y ataques físicos, entre los cuales el bucanero sumó, al “justificado” escarmiento, sus convicciones políticas y religiosas: ordenó demoler la principal nave de la Catedral.

Ésta, denominada Santa Caterina (o Catalina) de Alejandría había sido erigida en 1577, pero aún continuaba en construcción para reemplazar la antigua de “barro y paja”. Una de sus principales naves (la central), a cuya majestad, representada por hermosos arcos de medio punto, la piedad sumaba su aporte, estaba sujeta por esos días a la construcción de detalles finales, necesarios para la inauguración.

Hasta el marco externo de la Catedral resultaba acogedor, con casas provistas de balcones floridos y ventanales indiscretos, donde el ocio, las pláticas y la murmuración se daban una peligrosa cita.

El pirata, un poco en represalia por lo que había leído, otro poco para demostrar su desprecio por los valores religiosos y políticos, pero de manera principal porque le pasaron el “dato” que los cartageneros habían escondido en esa nave sus tesoros, ordenó su demolición, lo que ocurrió en el año 1586. Lo cierto es que hasta 1612 esa hermosa catedral, una de las mayores obras religiosas de España en América, admirada por los propios mejicanos, no fue concluida.

Sin embargo, Cartagena no habría de adquirir plena conciencia de su importancia y organizado con profundo sentido militar sus defensas, hasta que fuera ocupada por el barón de Pointis.

Dicho sea de paso, la reacción por esa invasión no se produjo solo en tierra americana. También Europa se sintió aleccionada con la llamada “enseñanza de Pointis”: España, primero de todas, envió los medios suficientes como para que se construyeran las murallas y fuertes necesarios para la defensa de la hermosa y (hasta entonces) expuesta ciudad.

Los estadistas de la corte de Madrid hicieron algo más: comenzaron a pensar con firmeza en tomar medidas administrativas, dividiendo el inmenso virreinato del Perú, cuyas distancias convertían en quiméricas las pretensiones de atender el Caribe. Esta decisión, lamentablemente, solo duró un tiempo. De ese modo, en vísperas de la guerra con Gran Bretaña en 1739, se hizo nacer otra vez el virreinato de Nueva Granada, inteligente y oportuna decisión política.

Primer virrey de la flamante jurisdicción fue designado don Sebastián de Eslava y Lassaga, un brillante militar que en el campo del honor había obtenido sus ascensos hasta lograr la gran aspiración de un soldado de España: teniente general de los ejércitos reales. El nombramiento no pudo ser más oportuno dado el momento especial por el que atravesaba Nueva Granada; el novel virrey sumaba a su cargo la valentía propia de quienes están acostumbrados a arriesgar la vida en el combate.

¿Fue atinada la nominación de un militar en un destino en el que ya se había designado a otro militar a cargo de la defensa del virreinato?

Si y no, según se mire. Lezo, (el militar responsable de la defensa, de quien se habla) como buen vasco, era frontal, valiente, tozudo y decidido; a esas virtudes sumaba astucia e inteligencia, conglomerado de condiciones difíciles de reunir en una sola persona.

Eslava y Lassaga (nacido en Navarra y por lo tanto, igualmente oriundo del país Vasco y con la misma composición psíquica de Lezo) también era valiente y frontal. Poseedores ambos de un carácter sin fisuras, tuvieron enfrentamientos severos. No es de extrañar, pues, que hacia el frente llegaran a los oficiales órdenes y contraórdenes y los de más rango tomaran partido por uno u otro, como si la adopción de una preferencia hubiera reemplazado el deber de sentirse oficiales del ejército de España. Sin embargo, ello era natural, porque se trataba de dos hombres fuertes, que tuvieron opiniones distintas acerca de cómo enfrentar la invasión y ambos murieron convencidos de su acierto, aun cuando la gloria lo acompañó a Lezo. Si las acciones de ambos pudieran medirse con una balanza, el fiel se inclinaría a favor de Lezo, porque el

virrey, al intrigar para que lo sancionaran a su oponente, antidató e “inventó” un diario como si hubiera sido escrito por él durante el enfrentamiento con los sajones.

Por lo tanto, desde el punto de vista militar, la investidura de Eslava no fue feliz. Si al revés, se considerara que Cartagena necesitaba políticamente del valor de dos militares para oponerse a Gran Bretaña, entonces, y solo entonces, la designación fue acertada.

La discrepancia estratégica se puso de manifiesto de inmediato, cuando Vernon atacó con intención de vulnerar la entrada por Bocachica. Blas de Lezo sostenía la opinión de defender a toda costa el reducto por medio de destacamentos volantes, que fueran patrullando la costa, de manera de impedir a los ingleses la instalación de una cabecera de playa (de hecho ya los había formado y su eficacia estuvo probada en el primer acercamiento de Vernon). Eslava argumentaba que debían repeler la invasión con los elementos con que contaba la guarnición atacada; enviar más hombres era un desperdicio – decía - porque los soldados serían más útiles en San Felipe de Barajas o en la misma Cartagena. Lezo, por su parte, entendía que los infantes tenían que salir a enfrentar a los ingleses en los desembarcos próximos a Bocachica; Eslava pensaba lo contrario.

Desde un punto de vista más conservador, algo de razón tenía Eslava. Durante la segunda guerra mundial, los ingleses retenían como cuña metida en el corazón de Asia, el enclave de Singapur. Hacia esa ciudadela, defendida por cinco mil hombres, marcharon los ejércitos japoneses, que como era presumible, capturaron esa fortaleza oriental. El gobierno inglés fue muy criticado por la debilidad de esa defensa, pero Churchill – jefe de Estado por decisión coaligada de los partidos –



razonó al revés: sostuvo que proteger la ciudad con más hombres solo hubiera servido para entregar más prisioneros al Imperio del Japón. Y ganó la guerra.

Al final, la historia ha reprochado al virrey actitudes vacilantes y rencorosas. En general, ello se debió a que en su momento envió a Madrid un diario (confeccionado a posteriori) en el que atacaba la labor de Lezo, aduciendo que “Medio Hombre” llevaba apuntes diarios de la guerra, las medidas que ordenaba, las que recibía, los resultados, el destino de los medios que pedía y los que efectivamente obtenía. Respecto a la redacción, su queja era que se notaba “demasiado esmerada”. Solicitaba castigos violentos contra el almirante Lezo con el infantil argumento de que “tenía sueños de escritor ignorando sus deberes militares” minimizando u olvidando que su acción fue decisiva para derrotar a Vernon.

Obviamente, Eslava se equivocó; Lezo, no obstante haber perdido una parte fundamental de su cuerpo en combates, y poseer un carácter agrio y reservado, era una figura carismática y Nueva Granada no olvidaba que el sonido de su pata de palo retumbaba día y noche para asegurar la intangibilidad de Cartagena.

Después de un tiempo y con un gran costo, el almirante inglés dominó los fuertes y las baterías que, entre Tierra Bomba y su costa opuesta, vigilaban la entrada por Bocachica. Luego de ese prolongado y costoso esfuerzo de los ejércitos invasores, sus contingentes llegaron hasta San Felipe de Barajas. Allí se escribió la historia más gloriosa de Lezo, la que lo catapultó no solo a la fama de astuto, inteligente, decidido y valiente, sino a la imperdurable de “salvador” de Cartagena.

Sin embargo, como se dijo más arriba, ambos (Lezo y Eslava) murieron con la convicción de que sus ideas eran las acertadas: Lezo continuó afirmando que atacar a los ingleses en Bocachica, con oportunas “salidas” fuera de los fuertes, hubiera sido lo mejor (además de otras medidas que fueron rechazadas por el virrey), y Eslava, que reservar los infantes para la defensa del Castillo de San Felipe y la ciudad de Cartagena era lo más acertado.

Digamos a favor del virrey que nunca rehuyó el riesgo que implicaba el frente de batalla y su presencia física en Cartagena (en lugar de ir a Santa Fe, capital del virreinato) fue determinante para mantener en alto la moral de la población; aunque también apta para estimular la voracidad inglesa, deseosa de atar al carro de la victoria la valentía de un general heroico y un virrey de jerarquía.

Ahora bien; volviendo atrás, hacia la abandonada cronología, es preciso recordar que aquella posible alianza entre filibusteros y monarquías no escapó al ojo sagaz de Luís XIV (antes de su decisión de intervenir en la guerra de sucesión de España), quien tuvo la previsión de realizar una útil asociación entre los intereses de sus corsarios y los que eran propios de la corona francesa, siempre dispuesta para la guerra, en especial contra España. Solo le faltaba dar con la persona justa, que interpretara los intereses de París, pero careciera al mismo tiempo de escrúpulos suficientes que le impidieran ligarse con los despreciables piratas.

Alguien, en su Corte, le susurró al oído el nombre de Bernard Desjean, barón de Pointis. Sin dudarle un instante, el monarca francés le encomendó la captura de Cartagena a ese barón, mezcla extraña de caballero andante y codicioso aventurero.

Pointis llegó con una poderosa flota, en la que navegaban también buques piratas. Ancló frente a Cartagena el 13 de abril de 1697 y al día siguiente comenzó un bombardeo impiadoso contra la heroica ciudad. Después de ello, desembarcó sus tropas en la isla de Cárex (Tierra Bomba) y condujo artillería de asalto, con la que realizó un severo bombardeo del fuerte San Luis en Bocachica, defendido con brío y valor por don Sancho Jimeno.

Después de un abrumador cañoneo de las murallas del alcázar, el castellano recibió, de manos de un sacerdote, la invitación del barón para que lo entregara. La respuesta de don Sancho no se hizo esperar y sirve para medir la valentía de esa estirpe preparada sin claudicaciones para el esfuerzo y la fatiga. También para recordar una expresión que fue signo y símbolo de una voluntad inquebrantable: respondió con infantil tozudez “... no estoy en condiciones de entregar lo que no es mío”.

Pointis recibió el papel que traía la contestación de Jimeno con una lejana sonrisa y el gesto fatal de quien debe reanudar una acción empecinada, que había considerado terminada. Volvieron a tronar los cañones franceses, cuando inesperadamente, las puertas de la fortificación se abrieron, contradiciendo las palabras de su castellano. ¿Qué había sucedido? ¿Se vendió don Sancho?

No. Las gestiones de Pointis no solo habían sido dirigidas al señor de la fortaleza, sino que de manera pícara las enderezó también hacia los soldados, muchos de ellos esclavos negros que no sentían ningún deber de lealtad hacia los símbolos que debían defender. Para ellos el rey y los señores en cuyo nombre peleaban no eran sino una

continuidad de sus esclavizadores; no había razón que justificara la entrega del patrimonio más valioso de un ser humano: su propia vida. Ninguna acción iba en apoyo de sus intereses.

Jimeno fue llevado a presencia de Pointis, pero solo supo, como buen peninsular, insolentarse otra vez:

-Si pretendéis las llaves del castillo que me ha sido confiado, pedídselas a don Fernando Vivas que era mi segundo, a quien mandé a la cárcel por no defender del enemigo lo que no era suyo – dijo con arrogante terquedad.

-No os pido las llaves, que ya están en mi poder. Pero un soldado valiente como vos no puede estar desarmado – contestó Pointis y agregando el gesto a la palabra, desprendió el cinto con el que sujetaba su propia espada y se la entregó al valeroso soldado.

Don Sancho Jimeno quedó atónito por esa muestra de señorío, insólita cuando las historias de los caballeros andantes y las actitudes nobles solo permanecían en la memoria de los señores; ya cuando Cervantes escribió El Quijote tenían el valor de la nostalgia. Dispuso el barón que además, el valiente defensor fuera, acompañado de su familia, a un reducto alejado del teatro de los acontecimientos y sobre todo de los piratas.

Quizá haya sido ese el único gesto de hidalguía del francés, pues a partir de ese momento la codicia y la traición se enseñorearon con la pobre ciudad. Piratas y soldados franceses tomaron posesión del fuerte San Luis en Bocachica y emprendieron la marcha que a los pocos días los llevaría a Getsemaní, en los suburbios de Cartagena.

Sobre el bello enclave dispararon pocos tiros de cañón; al cabo de un escaso bombardeo la bandera del reino de España fue reemplazada por la flordelisada de los franceses mediante una minuciosa negociación que el propio Pointis desconoció de inmediato, ni bien la ciudad le abrió sus puertas. El barón, ahíto de felicidad, ocupó la “llave” de ingreso a los ricos territorios españoles. Cartagena había caído en sus manos y para sus estoicos pobladores comenzaba una prueba dolorosa.

Un poco por ceder a los reclamos de sus aliados piratas y otro poco por espontánea decisión, la ciudad y sus habitantes fueron sometidos al tormento de la tortura y el despojo. Pointis, traicionando los términos del acuerdo que había firmado con el enclave, permitió y disfrutó con que las violaciones, los incendios y los desvalijamientos estuvieran a la orden del día.

No se respetó a las mujeres y, como si se tratara de un acto de obvio sadismo, las religiosas fueron las más abusadas. La bebida (y su consecuencia: la borrachera) llevó al desenfreno y las risotadas, escupitajos, burlas y escenas violentas se sucedieron sin interrupción. Las joyas pasaron a manos de las tropas francesas que de inmediato las depositaron en poder del barón, quien con deleite las sopesaba para estimar su valor.

En rigor de verdad, las alhajas y el dinero solo fueron el comienzo de la apropiación. En una escalada permanente e inversa al valor de los objetos, le siguieron coches y artefactos, muebles y enseres, todo lo cual fue llevado sin demora a las embarcaciones que quedaron abarrotadas por la cantidad de objetos que debieron transportar. Cartagena de Indias fue desvalijada.

Este dato sirve para expresar con elocuencia que el propósito del ataque no fue “político”, para acaparar territorios españoles, sino guiado por el vulgar y pedestre intento de incautación de riquezas. Si el famoso Rey Sol había tenido un fin imperial en la invasión que prohijara, sus ejecutores se ocuparon de desmentirlo.

Pronto comenzaron los enfrentamientos entre los soldados regulares y los piratas, encabezados por su jefe, Ducassè.

Pointis, anticipándose a los reclamos del pirata, le reprochó la valentía de sus hombres en los sucesivos asaltos:

-Vuestros hombres han tenido un comportamiento deleznable en el asedio de las fortalezas. Es evidente que se trata de individuos sanguinarios, pero carecen del sentido de la disciplina y la obediencia, imprescindibles en un buen soldado que se precie de valiente – dijo apenas se acercó el pirata.

-¿Cómo os atrevéis a cuestionarlos? ¡Ha sido merced a su arrojo y entrega que se ha podido tomar la ciudad! ¡Gracias a la vida que entregaron sin dudarlos hemos ocupado Cartagena! – respondió con ira y vehemencia Ducassè.

Pero Pointis, con perfidia, había instalado el debate acerca del comportamiento de los piratas. A partir de ese momento, se discutiría sobre ese tema y no sobre las cuantiosas sumas de las que se había apoderado el barón.

Agotada por completo la riqueza de Cartagena, el francés decidió embarcar, satisfecho de sus logros. Promediaba la segunda mitad del

mes de mayo de 1697. La ocupación le había llevado casi un mes; unos días más si se contaba desde la fecha del arribo de su flota, que lo fue el 13 de abril.

No obstante, los padecimientos de Cartagena no habían concluido. Pointis se embarcó, no sin antes sostener una ácida discusión con Ducassè, que incluyó insultos y amenazas. El forajido le reclamaba la entrega de la parte correspondiente a él mismo y a sus hombres en el botín, tal como previamente se había acordado.

El barón, consciente de la supremacía militar que ejercía sobre el pirata, le respondió con desdén, haciendo alusión a las facultades olfativas de los bucaneros, capaces de encontrar oro debajo de la corteza de la tierra, como solía ocurrir con los tesoros enterrados.

-Os dejo la ciudad en vuestras manos. Desde que yo parta vos seréis su máxima autoridad. Si la exprimís en forma, Cartagena tiene mucho para daros. Del mismo modo que vuestra gente busca debajo de la superficie tesoros, puede en esta ciudad obtener recursos suficientes, acordes a su trabajo. Yo zarpo al amanecer; os deseo buena suerte – expresó con desprecio Pointis.

Partió pues, Pointis, dejando los desvalidos habitantes de la ciudad en manos de corsarios inescrupulosos, que en su afán por obtener algún beneficio material, no dudaron en prodigar a los sufridos cartageneros toda suerte de espantos. Otra vez, la ciudad fue exprimida.

El flagelo de sacerdotes, personas de renombre y del común, igualó por un momento las clases sociales de la ciudad y redujo a la condición

de esclavos por igual a ricos y pobres, laicos y religiosos.

El tedeum que hiciera rezar Pointis como gesto de prepotencia y a fin de lograr una mueca laudatoria de su triunfo militar traicionando lo pactado, había arrancado lágrimas a los habitantes de la ciudad, pero pasó a ser solo un recuerdo amargo de un pasado que abrió puertas aterradoras a un presente de dolor y muerte. En comparación con la actualidad que vivía Cartagena, el antiguo tedeum, que tanto dolor provocara, resultaba un episodio insulso, sin trascendencia.

A fin de cuentas, la ciudad heroica estaba defendida por dos anillos, pero Pointis pudo vulnerar el primero de ellos en poco tiempo y en consecuencia penetrar la bahía interior con toda su flota. Quedó probado que el segundo anillo era muy débil para detener a quien consiguiera sortear el primero.

El caso fue que el barón llegó a las aguas que bañan Cartagena el 13 de abril, y ya el 16, después de tomar el fuerte San Luis, se encontró en condiciones de ingresar con la totalidad de la flota y desembarcar la artillería de asedio en las costas del interior de la bahía.

Pero los desencuentros con Ducassè, las enormes riquezas conseguidas y la disentería, que afectó como si fuera una epidemia a sus tropas, apresuraron su partida de Cartagena. La ciudad, quedó, pues, como se ha dicho, en poder de los piratas, que en su afán de obtener recursos de la desfalleciente plaza, no detuvieron su mano en el sacrilegio ni en la tortura.

Finalmente, para alivio de la población, se esparció la voz de que una poderosa escuadra española se acercaba para reprimir la insolencia



de Pointis. Temerosos de ser pillados in fraganti y conscientes de sus malos antecedentes, los bucaneros – curiosamente no habían sido afectados por la disentería, que atacó solo a las tropas europeas – embarcaron con los despojos obtenidos y se hicieron a la mar, perdiéndose en las aguas caribeñas.

¿Qué fue de la vida de Ducassè? ¿Recibió algún tipo de castigo? Nada de eso. En el sitio de Barcelona formó parte de las fuerzas francesas que enviara Luis XIV, con el grado de almirante. ¿Qué tal? El delito, ¿...paga?

Recién cuando el último buque pirata izó velas, Cartagena comenzó el lento período de reconstrucción. Fue preciso que empezara desde cero, por cuanto a la reducción a pobreza impuesta a personas de recursos, debió sumarse el agravio moral a que fueron sometidas las familias por el abuso sexual que se puso en práctica con sus mujeres.

En realidad, este aspecto fue el mayor obstáculo para el crecimiento normal del reducto. Si aún en estos tiempos de igualdad de sexos y paridad de géneros, la violación constituye un dato de horror para la víctima, ni que pensar cuando hace cuatrocientos años existía un recato formal que convertía a la víctima en sujeto de condena, con exclusión familiar y repudio social.

Así y todo, Cartagena comenzó a rehacerse y pocos años después, el episodio de Pointis y los piratas se convirtió en una reminiscencia odiosa, que exigía la toma de decisiones para evitar su repetición, pero no pasó de eso: solo fue un recuerdo.

Por fortuna para la épica ciudad, la propia metrópolis tuvo

conciencia de la imprescindible necesidad de fortalecer sus defensas y envió ingenieros militares, cañones y artilleros para operarlos.

Aquellos técnicos y el material empleado, lograron que los “anillos” que protegían Cartagena de posibles invasiones se convirtieran en una realidad tan potente como para demostrar a los ingleses – cuarenta años después - que España había parido más allá de Finisterre, tierras que no habría de ceder a nadie más que a los hijos nacidos en suelo americano, y ello, solo después de realizadas las guerras de emancipación.

## **2) CARTAGENA: En tiempos de Lezo**

Como hemos dicho, la ciudad-puerto de Cartagena tenía una bahía interior. Si una flota hostil llegara a acceder a ella, después le sería posible efectuar un desembarco en tierra firme, como hicieran en su momento Drake y después el barón de Pointis. Pero España no estaba dispuesta a admitir la usurpación de sus dominios y quien pudiera penetrar su bahía interior después de romper los anillos de Bocachica, tendría que silenciar (entre otros) el castillo de San Felipe de Barajas, defensa clave de Cartagena.

Si intentara hacerlo antes de penetrar la bahía (o sea por el mar Caribe, frente a Cartagena), la pretendida invasión debería habérselas con los cañones de la ciudad que, desde sus lienzos y baluartes defendían ese territorio.

Por fortuna para los cartageneros, la bahía interior (y por ende Cartagena) tenía solo tres bocas de acceso: La Boquilla, situada en el

noreste de la ciudad (bordeada por el “caño” del Ahorcado y la Ciénaga de Tesca); Bocagrande, al noroeste de Cartagena (hacia el extremo opuesto de la ciudad, donde concluye el continente, frente a la isla de Tierra Bomba) y por último Bocachica, en el extremo oeste. Como ha sido dicho, la posibilidad de atacar la ciudad por la bahía interior tenía diversos inconvenientes que los españoles habían previsto a costa de la experiencia producida por el amargo resabio de intrusiones anteriores (en especial la de Pointis).

Ahora bien; Bocagrande debía ser descartada por cualquier ejército invasor. Situada al oeste-noroeste de Cartagena, siguiendo por la costa con ese rumbo, se encontraba esta abertura natural situada entre la isla de Tierra Bomba y la formación continental, cerrada por medios silvestres. Era una hendidura del mar muy extendida, difícil de defender con instalaciones artilladas, (por donde ingresó Drake en siglos anteriores) pero por fortuna para la ciudad, una cortina coralífera bajo la superficie, imposible de distinguir desde alta mar, abría un estrecho paso hacia el interior de la bahía, que los españoles habían taponado convenientemente con elementos naturales después del asalto de Drake.

Una segunda posibilidad era invadir Cartagena por La Boquilla, que no se encontraba muy lejos de Cartagena (unos ocho kilómetros, donde hoy existe un poblado de pescadores), pero un ejército invasor debería olvidarse de todo apoyo naval después del desembarco, por la cantidad de dunas y médanos con que se encontraría, lo que le impediría mantener un contacto visual constante. Tendría que valerse por sí solo, y además su marcha por tierra padecería la hostilidad de las dos baterías instaladas en las proximidades del ingreso, llamadas Mas y Crespo, nombre de dos servidores del ejército de España.

Como es obvio, antes de intentar un golpe de mano contra la hermosa ciudad de Cartagena, los invasores que fueran desde La Boquilla deberían dominar el reducto de La Popa y con posterioridad el castillo de San Felipe, todo lo cual evidentemente les demandaría un importante esfuerzo en hombres y equipo (hoy, la zona donde había sido emplazada la batería “Crespo”, ha dado lugar a un laborioso y compacto barrio que lleva el nombre, precisamente, de ese acantonamiento del que salieran numerosos soldados prestos a defender Cartagena).

Sin perjuicio de esas dos baterías, el ejército invasor debería enfrentar, además, una infantería enemiga que lo acosaría no solo con el vigor con que se defiende el suelo propio, sino con medios apropiados: conocimiento del terreno, existencia de fosos y trincheras, artillería. A estas dificultades debía agregarse otro factor negativo: el terreno era poco recomendable; no solo la playa donde podría efectuarse el desembarco, sino el resto del territorio.

O sea; la armada invasora podría ordenar que se efectuara un desembarco en regla por La Boquilla; más aún: ni siquiera haría falta que sus navíos bombardearan en exceso la costa para respaldar aquél, porque salvo las dichas baterías no habría defensas a quienes tirarle (pensaban los ingleses). Pero después de superar esos mentados baluartes, tendría que marchar hacia La Popa, una fortaleza instalada en las alturas, en inmediaciones del monasterio que España había puesto bajo la advocación de la Virgen de la Candelaria.

El nombre “La Popa” evoca la simpleza capciosa de algunas denominaciones. Cuenta la leyenda que al llegar los primitivos

pobladores y ascender al cerro en el que está situado el convento, advertían con sorpresa que aparentemente se acercaban a un misterioso navío, anclado en una zona donde era imposible que en algún momento hubiera llegado el mar. Los visitantes alcanzaban a “ver” la parte posterior de la embarcación y podrían jurar, después, que se trataba de un buque anclado. El nombre se lo dio el mismo fenómeno visual: La Popa.

Era un secreto a gritos que quien dominara La Popa podría después bombardear con facilidad el castillo de San Felipe de Barajas, que estaba ubicado “debajo” suyo, en posición física adecuada para que sus cañones lo saturaran de disparos.

Pero para llevarlo a cabo era necesario que el ejército de ocupación de La Popa llevara una importante artillería de campaña. Es razonable suponer que la fortaleza levantada por los españoles al lado del convento estuviera servida por una poderosa dotación de cañones, que sus soldados inutilizarían en caso de tenerlos que abandonar porque las instalaciones de la fortaleza debían ser evacuadas. De allí que fuera imprescindible para los ingleses llevar su propia artillería.

Según los informes de inteligencia que obraban en poder de la escuadra inglesa, se daba por sentado que el ejército inglés podía contar con esos cañones, ya que los españoles los abandonarían a la buena de Dios en caso de dejar la fortaleza. Este fue otro motivo que en definitiva terminó en frustración para los británicos. La verdad resultó que la infantería inglesa, con un enorme esfuerzo físico, alcanzó a ocupar la fortaleza de La Popa, que los españoles debieron abandonarla por temor a quedar rodeados y en la imposibilidad de evacuarla más tarde. Antes de retirarse tuvieron el tino suficiente como para inutilizar

toda la artillería disponible.

Como ha sido reiteradamente dicho, para arrimarse hasta los muros del sur de la ciudad de Cartagena o hasta el barrio de Getsemaní era pues imprescindible capturar La Popa, porque solo desde sus estibaciones podría bombardearse después, a destajo y satisfacción (en caso de contar con artillería de campaña), el fuerte de San Felipe de Barajas. Con posterioridad, una vez sojuzgado el San Felipe (y solo después), someter a Cartagena sería un paso relativamente sencillo.

Si aquél era defendido con inteligencia (o no se lograra conquistar La Popa), habría de convertirse en una verdadera fortaleza inexpugnable, que debía custodiar con sus poderosos cañones la ciudad de Cartagena.

En caso de capturarse La Popa, si quienes la sometieran no trajeran artillería de campaña habrían realizado un esfuerzo vano, porque “tomar” el San Felipe sería como si en el medioevo, alguien intentara arremeter, armado con la rama de un árbol a un caballero que llevara coraza, espada y escudo. Repetimos: para un ejército que avanzara desde La Boquilla, dominar con antelación esa posición (La Popa) y desde allí agredir San Felipe era tarea imprescindible. Si por una fatalidad San Felipe cayera, era probable que con él se precipitara también Cartagena de Indias y en su rodada arrastrara al Imperio español en América. Asegurar su defensa era pues, vital para los ibéricos.

A pesar de que el virrey Eslava (asumió el cargo durante el bloqueo de Vernon, al que pudo burlar e infiltrarse) consideraba poco probable que el enemigo eligiera La Boquilla para desembarcar, dispuso que San

Felipe de Barajas estuviera defendido a conciencia, de manera de hacerlo imbatible para cualquier adversario que se aventurara, porque a su ubicación podía llegarse previa captura de La Popa o navegando por la bahía interior, después de atravesar y destruir las defensas de Bocachica.

En efecto: San Felipe, instalado al borde de la bahía interior, también podía ser embestido por una flota que, pasando Bocachica, llegara navegando hasta sus inmediaciones. Obviamente, para cumplir con esta hipótesis, el ejército invasor tendría que disponer de un número importante de soldados y buques, y contar con medios de ataque, eficientes y demolidores (que Gran Bretaña tenía). Por otra parte, Manzanillo, (prácticamente en las afueras de Cartagena), junto a la costa de la bahía y, bien defendido, sería un obstáculo incómodo, con sus cañones apuntando directamente al corazón de cualquier buque intruso.

Sin embargo, Bocachica había que trasponerla para obtener el “pase”, pero pagando un precio elevado y cruento. Vernon, equivocadamente, supuso que una vez superados esos obstáculos, su poderosa flota sería imbatible frente a la ciudad. Pensó que desde las quietas aguas de esa bahía, un ejército invasor no solo tendría el apoyo de los cañones de su flota, sino que una conveniente batería de campaña podría acompañar el despliegue en el terreno a atacar. (No supuso que carecería de artillería de campaña, ya que el general Wentworth le informaría de la imposibilidad de trasladarla y los navíos de su flota tampoco podrían cañonear los objetivos). Pero para alcanzar los extremos que se había trazado, por lo menos antes debería ingresar a esa bahía, superando las trabas que la defendían.

Esa “entrada” encontraba varias dificultades, custodiada, como estaba, por tres imponentes “anillos” que demostraban la capacidad profesional de quienes los pergeñaran. La mayor dificultad que debía asumir un atacante por Bocachica que pretendiera penetrar la bahía, radicaba en las fortalezas que, como dos colosales y oscuros centinelas, guardaban el lugar. Eran los fuertes San José (instalado en la isla de Barú) y San Luis (hoy denominado San Fernando y levantado sobre las ruinas del anterior, destruido, precisamente, durante la invasión de Vernon). Este fuerte estaba ubicado en la isla de Bocachica, un desprendimiento geográfico de la isla de Tierra Bomba. Quienes se arriesgaran por esa boca del mar debían estar dispuestos a enfrentar los demoledores cañones de ambas fortalezas, las que a su vez (recogiendo la experiencia que había dejado Pointis) tenían la protección de importantísimas baterías, que como las púas de un erizo se abrían en abanico para defenderlas.

El siguiente anillo consistía en una dichosa cadena que hizo colocar Lezo. Estaba sostenida por un inmenso carretel en un extremo y un hierro convenientemente enterrado en el otro, que permitían bajarla para facilitar el paso de naves amigas o subirla casi hasta el nivel del mar cuando se tratara de embarcaciones antagonistas. Sin duda, ello constituía otro escollo para la invasión.

La imaginación permite conjeturar el origen de ese ingenioso ardid: es suficiente ver la aldea donde naciera Blas de Lezo para sospechar que el poblado recurrió a esa treta para defenderse de potenciales enemigos (como se dijera). En efecto, la entrada por mar a Parajes (donde naciera Lezo), situada en el corazón de las vascongadas cantábricas, debe hacerse navegando entre dos promontorios de roca viva, estrechamente formados uno enfrente del otro a escasísima



distancia. Una poderosa cadena, cuyos eslabones estuvieran fundidos de manera artesanal con acero fortalecido por un temple adecuado (es decir, permitiendo que el material se enfriara por medios naturales y volviéndolo a calentar tantas veces como dureza quisiera dársele a sus enlaces), podía tensarse entre los dos promontorios de modo de hacer infranqueable el paso de buques enemigos. De ese modo, se verían obligados, si querían desafiar la cadena, a filar velas para ganar estrepada en el mar díscolo y tempestuoso del Golfo de Vizcaya o desistir del ataque. Es posible - ninguna prueba objetiva lo acredita - que ese ingenio haya sido la fuente de inspiración del almirante Lezo cuando ordenó su colocación en Bocachica.

El tercer “anillo” lo configuraban las baterías que estaban diseminadas en protección de los castillos San José y San Luis. Éstas tenían una dotación reducida – solo los soldados necesarios para operar la artillería – pero eficiente, cuya misión era disparar los cañones contra las naves intrusas.

Si a pesar de todo, esos “anillos” eran superados, y la flota invasora entrara a la bahía interior, habría de toparse con el fuerte de San Felipe, muy actualizado. Para “aggiornarlo”, el monarca español había enviado, a instancias de Patiño, uno de los ingenieros militares más brillantes de la Corte que, con título de arquitecto, planificó e hizo reforzar, con los mayores adelantos de la época, el San Felipe de Barajas. Entre otras decisiones novedosas, una red de pasadiz-os y túneles comunicaba las distintas protecciones, algunas susceptibles de ser invadidas por el agua, fenómeno aun hoy difícil de imaginar debido a la altura en que se encuentran emplazados esos corredores.

Éste es un dato que sirve para enorgullecer a la descendencia de

esa raza noble y valerosa como es la española:

Previendo que los atacantes pudieran ser ingleses (¡viejo zorro el arquitecto!), el agua debía llegar solo hasta cierto nivel (no debe olvidarse que los pasadizos tenían techo, construido a un metro con ochenta del piso, casi rasante al casco de los soldados); de ese modo, las tropas de España podían transitar por esas vías inundadas con el agua casi hasta la boca respirando normalmente. Los ingleses – en general más altos – solo podían avanzar doblando las rodillas, incomodidad que a la postre los llevaría al retroceso, a la rendición, o al ahogamiento.

¿Quién dijo que los españoles, además de valientes, no eran listos?

Las versiones cinematográficas, la propaganda, los mensajes publicitarios, la industria “hollywoodense”, han hecho aparecer a sus militares como cortesanos inservibles, revestidos con ropajes exuberantes y costosos. Incluso se los mostró como sujetos crueles, engolados (cuando no afeminados), ignorando la realidad que acompañó a la stirpe española: audaz y hecha para la fatiga, como ha sido admitido por los propios historiadores de países adversarios.

### **3 ) CARTAGENA: Informe del capitán Mayne**

Cuando se reuniera el Estado Mayor del almirante Vernon, el capitán Covill Mayne iría con el informe de inteligencia, preparado por su espía, James Left. Según ese mensaje, el ingreso por La Boquilla era poco recomendable. Sin embargo, atacar por Bocachica, como lo había hecho Pointis hacía cuarenta años sería muy sangriento, máxime ahora

que los españoles estaban mucho más preparados que cuatro décadas atrás. Los datos elevados por Left a la superioridad disentían en algo de lo afirmado por la red de inteligencia que Gran Bretaña había rentado por todo el Caribe. (Más aún: ese “algo” era decisivo, porque desaconsejaba el ataque por La Boquilla, debido, precisamente, a la imposibilidad para un ejército de transportar artillería de campaña por la configuración geográfica de la zona).

-Probablemente debamos hacer otra incursión de espionaje ... pero por Bocachica – pensó Mayne suspirando, mientras volvía a poner la vista en los apuntes que le había entregado su espía.

## CAPITULO VII

### “INVASIONES” DEL ALTE. VERNON

El almirante Vernon efectuó tres “ataques” a Cartagena. Los dos primeros tuvieron un propósito exploratorio: Vernon quería asegurarse de varios datos esenciales para su decisiva invasión, algunos de los cuales han sido implícitamente mencionados al lector. Por de pronto, la cantidad y alcance de los cañones de la defensa y la eficiencia de sus operadores.

Junto a esa necesaria confirmación era preciso que supiera otros datos más, que por su carácter subjetivo, constituyen para un jefe militar la distancia que media entre la victoria y el fracaso, muchos de innominado valor. Por ejemplo: conocer el estado de ánimo del enemigo, su predisposición para la lucha sostenida, su disposición a soportar padecimientos y necesidades imprescindibles para imponerse, el clima, la indumentaria de las fuerzas propias y la del enemigo, etcétera.

No fue solo que en las dos primeras incursiones se limitara a hacer un papel de mero espectador. Destinó los avances sobre Cartagena a

medir la puntería de los artilleros que disparaban desde la costa y sobre todo, observar si los navíos que comandaba Blas de Lezo estaban dispuestos a salir a mar abierto abandonando la protección de la bahía y el resguardo de los disparos de los fuertes.

De paso, y tanto como para que España no olvidara su presencia y la latente amenaza británica, dejaría caer en la ciudad unas cuantas bombas, que recordarían a sus habitantes más ancianos aquella fatídica invasión del barón de Pointis, que aunque no fuera igual a la suya, su evocación mordería en los espíritus más antiguos.

En su fuero íntimo, Vernon esperaba que los españoles estuvieran “dormidos” y aprovechar la confusión para repetir una incursión como la que lo hizo célebre en Portobelo, pero no desanimó al inglés lo que en realidad percibió. Sabía que el comandante era el almirante Blas de Lezo y no esperaba del tullido una respuesta que no fuera coherente con sus antecedentes.

Mejor todavía; haré pasar ese contrahecho bajo las horcas caudinas, se dijo Vernon a sí mismo mientras sonreía con gesto enigmático.

Con el resultado de las averiguaciones que había hecho, el almirante no dudó. Dirigió una correspondencia urgente a Londres explicando la situación de Cartagena, solicitando el envío de más hombres y buques.

El Almirantazgo inglés no dudó en dotar al pretensioso marino del apoyo requerido. No solo el prestigio de Vernon era inmenso y el aceite con que lubricaba sus magníficas relaciones era pegajoso y espeso:

negarle el respaldo pedido podía significar la pérdida de una ocasión inmejorable para asegurar la captura del Imperio Español. Nadie deseaba aparecer como un indiferente de escaso patriotismo en medio de la guerra o lo que es peor aún: ser tildado de traidor.

Se despachó, pues, al Caribe, una flota inmensa que transportaba, además, una robusta formación de infantería, colocada a las órdenes de los dos generales de mayor renombre en las islas: Cathart y Wentworth.

Cuando arribaron los refuerzos ingleses, la armada puesta bajo el mando de Vernon resultó impresionante: ciento ochenta y seis buques, la formación más poderosa que hubiera flotado sobre las olas después de Lepanto, batalla que se librara en 1571: “ocasión jamás vista antes y que no habrán de ver los siglos venideros”, según la poética referencia de Cervantes.

Pero había una gran diferencia con aquella epopeya que comandara Don Juan de Austria: ésa fue la alianza de gobiernos católicos (algunos de ellos se recelaban agriamente entre sí) contra el islam, que hacía esfuerzos tan denodados como infructuosos por dividir la Liga Santa tentando, a la vez que amenazando, a Venecia. A pesar de que el comando estaba a las órdenes de Don Juan, cada Estado conservaba intacta su flota y las decisiones del comandante debían lograrse mediante consenso de todos o votación mayoritaria, en caso de discrepancias.

En esta aventura, en cambio, todos los mandos estaban sometidos al almirante Edward Vernon - con gran amargura, éste supo que las operaciones de tierra habían quedado sujetas a los mandos del ejército, no al suyo - sin embargo, él continuaba siendo el comandante supremo

de toda la operación y la totalidad de las embarcaciones reconocían una sola bandera. Por si al relato le faltara un episodio, al almirante inglés le estaban subordinados, mientras permanecieran embarcadas las tropas de infantería, las que ascendían a casi treinta mil hombres, incluidos los coloniales que traía Washington y los dos mil macheteros jamaquinos.

Con esa fuerza en armas no se debía temer a nada, ni siquiera la “amenaza” del almirante Rodrigo de Torres, quien después de permanecer anclado en Santa Marta un largo tiempo, había puesto proa hacia La Habana, para regresar a Cuba.

Dicho sea de paso, agotadas las existencias en Santa Marta (de comida, bebida y diversión) se llevó a cabo un cónclave entre el virrey y el propio Torres en el que se acordó la partida hacia Cuba del almirante español (tal como se refiriera precedentemente), con reserva de enviarle un aviso ni bien apareciera la flota inglesa. En tanto, aguardaría Torres el arribo de las escuadras francesas que comandaban el almirante Larouche y el marqués D’Antin respectivamente, las que, según referencias recibidas, estaban en marcha.

Había, además, otra razón elemental, más allá del agotamiento de las provisiones en Santa Marta: se dudaba si el golpe inglés se daría contra Cartagena o Cuba. Las amenazas frecuentes contra Cartagena, bien podrían haber significado solo eso: amagues destinados a engañar al enemigo, mientras se ocultaba el verdadero propósito del ataque, como hubiera sido ir sobre Cuba (sin perjuicio de que se mantenía la cobertura sobre El Paisano, espía de España quien desde Jamaica había informado a la Corte que los ingleses pensaban atacar Cartagena).

## 1) EN FRANCIA

El primer ministro de Francia, valido de Luis XV, Monseñor de Fleury, había sido preceptor, guía espiritual y regente durante la minoría de edad del príncipe. Era un hombre de origen humilde (hijo de un recaudador de impuestos), que había sido ordenado sacerdote a los veintiún años y desde entonces, bajo la tutela del cardenal Bonzi, no había cesado de ascender en la Corte de Francia.

Había llegado a convertirse en el cardenal André Hercule de Fleury, y sin duda de la sangre de los monseñores Richelieu y Mazarino, algún chorrito había ingresado a sus venas y transmitido la legendaria astucia de esos inolvidables predecesores. En la intimidad no era partidario de los “pactos de familia”, porque con refinamiento pensaba que el comercio francés, librado a su potencial creativo, que respondía a la generosa calidad de la ubérrima tierra gala, habría de derrotar a los ingleses en el terreno que ellos más temían: el de la competencia.

-¿Para qué involucrarse en una guerra lejana, que si se gana solo a España le traerá resultados positivos? Si se pierde, los españoles tienen territorios americanos que podrían instalarse en uno de los platillos de la balanza para pagar, pero ... ¿y Francia? Con seguridad los ingleses habrían de arrebatarse algo valioso en la propia Europa. No; era preciso no quedar mal con los españoles pero evitar a toda costa la producción de un casus belli con Gran Bretaña - pensaba en su interior el Cardenal.

Pero más allá del pensamiento íntimo de Fleury, presionado por los acontecimientos políticos que se sucedían (y por don José Patiño), ordenó la salida de dos flotas que se encontraban surtas en los puertos de Brest y Tolón. Estaban comandadas respectivamente por el marqués



de D'Antin y el almirante Larouche, y debían sumarse en el Caribe a la que comandaba Torres, aunque solo en el carácter de “observadoras”. (Al final ocurrió lo que siempre pasa cuando de soldados se trata y huelen sangre y pólvora: ambos comandantes espontáneamente se sometieron al almirante Torres y decidieron seguir su suerte).

Vernon, que había llegado por primera vez a Cartagena el 13 de mayo de 1740, limitó su osadía a arrojar unas bombas sobre la ciudad, y procurar que Blas de Lezo arremetiera contra su flota (infructuosamente) sacando los navíos a mar abierto.

Lezo no solo no mordió el anzuelo sino que hizo algo más, que certificaría la marrullería de que estaba dotado. Colocó sus navíos ocultos a la vista del enemigo y lo tomó con disparos cortos por la retaguardia. Sorprendido Vernon con este impensado truco, en un ataque de ira dispuso que dos de sus buques trataran de ingresar a todo trance por el estrecho de Bocachica.

Pero tampoco esta nueva jugada fue feliz.

La cadena que había hecho colocar Lezo era desconocida para el piloto del navío inglés (ni advertido de ello por Vernon) y su proa embistió ruidosamente el obstáculo. Al observar ese contratiempo, el siguiente navío trató de virar en redondo de inmediato, pero los dos castillos, el San José y el San Luis, efectuaron un bombardeo ensordecedor contra ambos buques. Al fin, desarbolados y maltrechos, pudieron salir a alta mar remolcados desde la popa por otras embarcaciones de la flota inglesa.

La partida jugada por Vernon, que pensaba encontrar a los

españoles “dormidos”, terminó con el rabo entre las patas y la frustración en la piel.

Ante la esquivada fortuna, y tanto como para descargar su malestar, optó por levar anclas y poner rumbo hacia el istmo de Panamá, reservando su ataque a Cartagena para más adelante. Sin embargo, dejó a los navíos Greenwich y Windsor Castle patrullando sus aguas, aún a riesgo de que apareciera la escuadra de Torres y sus aliados franceses.

En tanto Vernon, que se había retirado de Cartagena, esperaba los refuerzos que había solicitado a Londres, dirigió su flota hacia el litoral panameño, como se dijo. En la desembocadura del río Chagres atacó con vigor el castillo de San Lorenzo el Real, apenas defendido por una reducida representación de españoles; al cabo de dos días obtuvo su rendición.

Envalentonado por esa magra recompensa, Vernon llevó sus naves otra vez hacia Jamaica, donde le dieron la infausta noticia de la constitución de un nuevo virreinato español (Nueva Granada, justo el territorio que debía atacar) junto a la información de que el general Eslava y Lassaga (flamante virrey) había logrado burlar el bloqueo del Greenwich y el Windsor y se encontraba ya en tierra firme.

Como había transcurrido un tiempo prudencial y el almirante inglés estaba rojo de ira, partió otra vez hacia Cartagena donde llegó comandando una armada (siete navíos de guerra, tres bombardas y dos galeotes) en la que navegaban, por primera vez, algunos de los refuerzos llegados de la metrópolis. El arribo a las inmediaciones de Cartagena no fue, sin embargo, un paseo triunfal.

Lezo había ya tomado las primeras determinaciones: la instalación de un campamento volante en la isla de Tierra Bomba, con la rápida misión de acudir donde se requirieran sus servicios, fue uno. El otro fue la ubicación de sus navíos: estratégicamente situados, quedaron colocados de tal forma que los ingleses resultaran encerrados entre tiros largos y cortos disparados a su popa, circunstancia que no estaba en los planes británicos. Repetía Lezo su treta anterior y otra vez los ingleses caían en la misma trampa.

## 2) VUELVE VERNON A JAMAICA

Indignado y furioso, Vernon ordenó el repliegue hacia Jamaica de todas sus naves, incluidos los navíos de vigilancia: no fuera cosa que Torres regresara de La Habana y se topara con ellos. Ya vendría por Cartagena (su verdadera obsesión) cuando el Almirantazgo le enviara todos los refuerzos pedidos y no tendría que estar mirando a sus espaldas por si la flota francoespañola le caía encima.

Al llegar de regreso a Jamaica se encontró con que el almirantazgo había enviado ya el resto de los socorros pedidos despachando una flota inmensa a las órdenes del vicealmirante Chaloner Ogle. Al mismo tiempo recibió una noticia que lo entristeció: su viejo amigo, el general Cathart, quien estaría a cargo de las fuerzas de infantería, había muerto durante la travesía y debía ser reemplazado por su segundo.

Esto último no fascinaba a Vernon. Sentía una natural repulsión hacia Wentworth, cuyos inquisidores ojos grises lo escrutaban en silencio en todas las reuniones. ¡Y su lengua! Tenía la sensación de que

cada vez que abría la boca lo hacía para cuestionar alguna orden que él impartiera, “con ese estilo viperino que lo hacía tan antipático”.

-Pensar que por la muerte de Cathart debe ascender para llevarse laureles este “Calibán” – rumió con desagrado.

De cualquier manera, él seguía siendo el jefe de todo el operativo. Si ocurrían desavenencias o algunos fracasos parciales, le impondría la responsabilidad a ese general de infantería. Total la victoria, que la consideraba descontada, le sería atribuida a él. Para que toda Gran Bretaña se hiciera eco de esa gloria estaba la prensa.

Con esos planes en marcha, el almirante Vernon decidió regresar una vez más a Cartagena, esta vez con la idea de formalizar su captura.

Pensaba que el secreto con que había sido preparado el ataque los había convertido en invulnerables, pero España, que también había esparcido espías por todo el Caribe – especialmente en Jamaica – consiguió información precisa de ellos, que se apresuró a enviar a Cartagena. Por lo visto ignoraba Vernon algo básico, que escribiría un siglo después Merimeè, aludiendo a la rapidez con que se difunden aquellas conversaciones que se consideran secretas: “las confidencias llegan pronto a París”.

La infidencia llegó por la acción de un agente del que solo se conoció en ese tiempo su apodo: El Paisano, cuyos informes gozaban de un enorme prestigio tanto por la exactitud de sus datos como por la prudencia de sus juicios. Según las revelaciones aportadas por El Paisano, Vernon ya había recibido el apoyo reclamado a Londres y la llegada a Cartagena de esa “tercera invasión” era inminente. Empezaba

a correr el mes de marzo de 1741 y el virrey, consciente de su responsabilidad, convocó a un cabildo del que participaron Lezo, el segundo de Torres y él mismo.

Se acordaron en él las bases de la defensa de la ciudad y se dio por inapelable la opinión de El Paisano, que había remitido la Corte de Madrid. Por otra parte, se resolvió que se enviaría un recado a La Habana para ordenarle a Torres su inmediato regreso a Nueva Granada (Lezo en ese momento se enteró, con gran disgusto, que la flota de Torres no estaba anclada en Santa Marta). Aunque ya había quedado aclarado que el ataque sería sobre Cartagena de Indias, la presencia de Torres y su flota combinada con los refuerzos franceses en Cuba fue acordada con la aquiescencia del virrey. Esa armada francoespañola en Cuba debía cumplir un doble objetivo: persuadir a los ingleses que se desconocía el lugar que habían elegido para atacar (con lo que se protegía la fachada de El Paisano) y resguardar a la enorme isla de cualquier futura “tentación” de Vernon.

Monseñor Fleury, entretanto, había enviado una orden precisa para que las dos flotas de Francia regresaran a sus bases: la guerra en Europa necesitaba de ellas (y los planes del monseñor, también). La escuadra de Torres quedó reducida prácticamente a la dotación de origen.

El día 13 de marzo llegaron los primeros buques ingleses, que anclaron frente a Punta Canoas, entre La Boquilla y Cartagena, fuera del alcance de los cañones costeros. Dos días más tarde lo hizo el resto de la Armada Británica: el horizonte no podía percibirse. Había quedado oculto detrás de la cantidad de velas que lo cubrían.

Los habitantes de Cartagena, dominados por el temor y la inquietud, se agolpaban unos detrás de otros tratando de ingresar a las casas con alminares cuyos dueños, con espontánea solidaridad e idéntico estado de ánimo, facilitaron el ingreso del público: el peligro había hecho desaparecer las diferencias sociales. Había lágrimas de temor y angustia en sus caras. Los más ancianos se acordaban de los padecimientos vividos en tiempos de la invasión del barón de Pointis y su ansiedad recordaba aquel sufrimiento: cuatro décadas era un plazo demasiado corto para revivir los atropellos pasados.

Solo Lezo, con el sonido inconfundible de su pata de palo parecía sentirse sereno, con la majestad de quien sabe los intereses que defiende, conoce el alcance de sus limitaciones y al enemigo y confía en el resultado final.

En rigor de verdad, el espectáculo era impresionante para los habitantes de la ciudad y difícilmente podría ser olvidado por los protagonistas: ¡ciento ochenta y seis buques! (algunos datos dicen que el número era mayor y lo hacen ascender hasta ciento noventa y cinco embarcaciones) ¡Por lo menos sesenta buques más que la famosa “Armada Invencible”! Que el horizonte quedara oculto era lo de menos; la saturación de embarcaciones hacía suponer que en ellas venía, además, un ejército imparable.

Se comentaba que los ingleses traían una tropa de alrededor de treinta mil hombres, de los cuales los más temidos eran los dos mil esclavos jamaquinos, de quienes se decía que la promesa recibida con la arenga era vergonzante. Se sospechaba que su estipendio estaría reforzado con el aprovechamiento de las mujeres blancas.

Con esa espada pendiente sobre sus cabezas, la gente más pudiente envió a las mujeres de sus casas a Santa Fe y Mompo pensando ponerlas a salvo del atropello y la codicia viril de los esclavos. La partida de las mujeres se hizo en forma precipitada, formando una caravana a la que la hacía más doliente la búsqueda desesperada que efectuaban las personas de menos recursos por obtener algún conchabo que les permitiera huir. Quiso hacer lo mismo Lezo con su familia, pero se encontró con la denodada e intransigente resistencia de su mujer, que se negó obstinadamente a mudarse, dispuesta a correr la suerte de su marido.

“La tercera es la vencida”, decía un viejo adagio español que en esta ocasión lo utilizó Inglaterra. Con alrededor de ciento noventa buques, era de toda evidencia que esta vez los ingleses habían llegado a las costas de América del Sur con la idea de desembarcar en ellas y – si fuera posible – apoderarse de los territorios de España en el Nuevo Mundo.

Había un solo freno a esa determinación: el Imperio Español no estaba dispuesto a rendir con facilidad esa presa y habría de preservarla, al menos hasta que los hijos de sus hijos hicieran la inmensa tarea de la independencia y el gobierno propios.

## CAPITULO VIII

### CORRESPONDENCIA

#### 1) LA CARTA

James Left escribió a su padre una larga carta - por momentos tomaba el estilo de un diario – en la que, además de los aspectos reservados por su carácter familiar volcaba los pormenores del ataque. Es posible que esa carta no hubiera llegado a destino nunca, por cuanto ya para comienzos del siglo XVIII los ejércitos de todo el mundo aplicaban censura a la correspondencia que salía y a la que entraba. Ciertas cosas no debían saberse ni siquiera por bocas inocentes pero indiscretas, las que podían transmitir información que pudiera ser aprovechada por el enemigo.

La razón era evidente: las guerras del pasado eran asumidas en forma exclusiva por las finanzas personales del monarca. A partir de fines del siglo XVII, principios del XVIII se hizo evidente que los Estados necesitarían flotas y ejércitos permanentes y no la contratación de soldados “para la ocasión”; la tecnología fue avanzando, los choques entre naciones excedieron el componente personal que hasta entonces tenían para interpretar “intereses nacionales” (a pesar de que aún no



existieran “las naciones” como instrumentos reconocidos por las constituciones demoliberales del siglo XIX) y los costos superaron ampliamente las faltriqueras reales.

Si un rey hubiera considerado que había sido ofendido por un par, o ciertas medidas adoptadas por un soberano en un territorio que otro monarca juzgara esencial para sus planes, dicho rey “alquilaba” o “compraba” mercenarios disponibles en plaza y declaraba la guerra al ofensor. Uno de los ejemplos más claros de este fenómeno se presentó con el enfrentamiento entre dos primos: el emperador Carlos V y Francisco I, rey de Francia.

El francés consideraba fundamental obstruir el paso al Emperador por una encrucijada próxima a Milán (Carlos V para trasladarse a los dominios que estaban en su poder en el norte de Europa, donde habían nacido su padre y él mismo) que debía utilizarla inexorablemente. Para sostener este ambicioso plan el rey de Francia debía tomar esa ciudad, defendida por el duque de Sforza en nombre del Emperador.

Haciendo breve el relato: la conclusión fue la batalla de Pavía, emocionante victoria de Carlos V que trajo aparejado que el rey de Francia cayera prisionero de los españoles. Ése fue, quizá junto a la batalla de Lepanto, uno de los últimos grandes enfrentamientos al estilo de la “vieja escuela”.

Cobró cierta autonomía la conducción de fuerzas armadas: la guerra se profesionalizó. No resulta extraño, por tanto, que se hubiere comenzado a poner en forma sistemática un control militar de la correspondencia, la construcción de grandes e importantes cuarteles, etc.

## 2) CAMBIO DE PLANES

En tanto Vernon, dispuesto a que esa invasión concluyera en la definitiva captura de Cartagena, convocó la plana mayor de su escuadra a un consejo de guerra, el que se realizó a bordo del navío Princess Caroline, una poderosa nao de trespuentes y ochenta cañones, que ahora el almirante había elegido como su buque insignia.

Impasible, expuso a los asistentes su nuevo plan, habida cuenta de “recientes informes recibidos y otras noticias que debo mantener en reserva”. Con un dejo de escepticismo, los asistentes afrontaron las novedades, expuestas con gran solvencia, apoyando cada una de las expresiones que salían de su boca en un importante mapa de confección holandesa que tenía desplegado sobre la mesa.

Respetando una tradición que es común a los militares de todo el mundo y todos los tiempos, los oficiales - en cuyo rostro era posible advertir un gesto de decepción - aguardaron a que el más antiguo de todos hiciera alguna reflexión.

Alto, de profundos ojos oscuros que sobresalían en una cara extremadamente blanca, el vicealmirante Chaloner Ogle fue el encargado de romper el hielo que se había formado a partir de la exposición de Vernon.

-Señor – dijo, yendo en forma directa al grano – este plan es una novedad para todos nosotros, que nos habíamos preparado para desembarcar por La Boquilla. Mínimamente deberíamos retirarnos a

analizar todos los inconvenientes o beneficios que a primera vista nos surgen.

-Ogle – respondió Vernon con indisimulada tolerancia – no tenemos tiempo para analizar alternativas. O avanzamos por La Boquilla o lo hacemos por Bocachica.

-Señor – agregó el general Wentworth, cuyos ojos grises habían seguido la exposición de Vernon con burlón desdén – Si ingresáramos por Bocachica, como usted ordena ahora (dijo recargando esta última palabra), ¿quién comandaría las tropas encargadas de tomar los baluartes españoles?

-Usted, por supuesto – replicó con sorpresa Vernon.

-Señor; respetuosamente digo que estoy dispuesto a declinar del mando si la primera oleada estuviera formada por los esclavos jamaquinos, como he oído a importantes oficiales. Los negros suelen ser cobardes y es célebre el miedo que se apodera de ellos cuando escuchan la detonación de las armas de fuego. Tampoco deseo comandar la legión de virginianos que trae ese americano que usted llama “Lawrence” con una sorprendente familiaridad; son campesinos que apenas han recibido instrucción militar. Debemos ir con las tropas nuestras si en efecto queremos tomar los baluartes españoles.

-General Wentworth – replicó Vernon con dureza, demostrando que había evaluado a fondo la alternativa que traía como novedad su subordinado – el asalto a los castillos españoles habrá de ser una masacre. Es importante que ese esfuerzo en hombres y sobre todo en sangre deba recaer en los coloniales y los esclavos, cuyas vidas valen

poco en Gran Bretaña. Después vendrán nuestras tropas a servirse del plato de lentejas. No creo que cause una buena impresión en Londres que el esfuerzo fuera realizado por los combatientes metropolitanos y después los macheteros junto a los coloniales saborearan las mieles.

Wentworth guardó silencio; pensó que no se podían confrontar formulaciones militares con argumentos políticos, como estaba escuchando en ese momento por boca de su propio comandante.

-Con todo respeto, señor – agregó Mayne mordisqueando la pipa – pero el plan que usted nos ofrece no discrepa en mucho del que realizó Pointis hace cuatro décadas. Mis informes confidenciales desaconsejan el ataque por La Boquilla, ya que las condiciones del terreno no son óptimas para el desplazamiento de hombres y vituallas, pero la información de que disponemos, provista por un hombre al que le encargamos inspeccionar solo las inmediaciones de la playa de desembarco, habla nada más que de ese sector; es posible que más adelante el terreno cambie y ....

-¡Basta caballeros! – concluyó Vernon -. Este es el plan sobre el que he meditado de manera suficiente. Por otra parte, debe ser acatado por cada uno de ustedes como una orden que no admite discusión; general Wentworth ¿ha comprendido debidamente mis palabras?

-Señor sí – dijo de mala gana el aludido - ¿tendremos apoyo irrestricto de la flota?

-General; usted sabe bien que no se pueden arriesgar los navíos de Su Majestad ante la posibilidad de quedar atrapados o destruidos por los cañones de la costa – respondió Vernon, evidenciando que el acoso

había comenzado a afectarlo.

-En ese caso, señor, no debéis contar conmigo ni con mis hombres. No tenemos ninguna intención de convertirnos en ovejas y marchar al matadero – retrucó con insolencia Wentnorth.

El aire se había hecho espeso y la atmósfera quedó impregnada con una densidad que hacía posible tajarla a gusto; un observador objetivo diría que era aconsejable efectuar un receso, que no ocurrió de inmediato.

-General ¿os negáis a cumplir con una orden? – reconvino Vernon a Wentworth con asombro.

-Sabéis bien que no, señor – respondió Wentworth. Pero V. E. debe brindar apoyo artillero al ataque de la infantería, aún a riesgo de poner en juego sus navíos. Estáis al tanto que de otra forma seríamos condenados a una carnicería tan sangrienta como inservible. Solo deseo agregar que en el anterior plan, el que nosotros conocíamos, había una cuota de originalidad y astucia. Se procuraba engañar a los españoles, amenazando ingresar por Bocachica (donde se concentraría un importante núcleo de navíos, para facilitar el engaño) y realizar el verdadero desembarco por La Boquilla, que los españoles deberían dejar con poca guarnición, ya que destacarían el grueso de sus fuerzas para defender los castillos que se encuentran en las inmediaciones de aquel ingreso. Ese plan tenía la “gracia” de la originalidad o la sorpresa; este que acabamos de escuchar es lineal, obvio, básico. Solo apoyado en los medios de que disponemos, notablemente muy superiores a los de España.

Era evidente que Vernon temía la armada del almirante Torres. Sabía que éste no estaba más anclado en Santa Marta y se había dirigido a La Habana, pero aunque la distancia fuera mayor, su preocupación era obsesiva en ese tema y oteaba siempre el horizonte a la espera de la flota española. Uno de los riesgos que más lo atormentaba era ser tomado entre dos fuegos: que a sus espaldas llegara la armada de Torres y tener a su frente las fuerzas del temible Blas de Lezo. Pero estimaba que era mejor que esto no lo supieran sus oficiales; resolvió asumir el riesgo en soledad.

Era evidente que Vernon respetaba en demasía la escuadra del almirante Torres, aun cuando tanto D'Antin como Larouche a consecuencia de la citación que les dirigiera monseñor Fluery, habían debido zarpar hacia Europa (y eso Vernon, por boca de sus espías, lo sabía).

Eso ocurría a pesar de que eran numerosas las voces que empujaban los peligros de un ataque de Torres, sobre todo después de la partida de los franceses; la escuadra de Vernon tenía un número superior de navíos; de Gran Bretaña habían arribado la cantidad suficiente de buques como para que la presencia de la flota española se transformara en una pesadilla... para la propia España.

A pesar de todo, y no obstante que la escuadra del almirante Torres era inferior en número a la inglesa, este fue una de los temas del Consejo de Guerra. Daba la impresión que Vernon sintiera el aliento de Torres en su nuca, a juzgar por las decisiones que propiciaba, todas ellas presididas por el temor. En función de que aquel marino pudiera caerle por sorpresa todo el plan original lo había cambiado, y la irritación de su Estado Mayor era una prueba evidente de ello.

Ogle, a cuya voz la antigüedad le había dado el carácter de portavoz de todos los oficiales, volvió a la carga:

-Milord: puedo hasta entender que se cambie el lugar de ataque. Llegaría hasta a aceptar el reemplazo de La Boquilla por Bocachica, si la decisión viniera aderezada con otros argumentos. Lo que no cabe en mi cabeza es que se haya abandonado el propósito inicial de atacar las bases del Imperio Español. Por ejemplo: no puedo entender que se hubiere desmantelado el enlace con Anson, con cuyas tropas debíamos acoplarnos en Panamá.

-Mi estimado Ogle – la voz de Vernon había recobrado el tinte de autoridad y suficiencia anterior al encuentro – debemos ser muy cautelosos. Si bien el grueso de nuestras fuerzas caerá sobre Bocachica, otra parte desembarcará en La Boquilla con un doble propósito: primero, efectuar una tarea divisionista, forzando a los españoles a distraer tropas en ese frente; y segundo (como consecuencia del anterior), obligar a España a dividir sus energías, ignorando el verdadero lugar del ataque y creyendo, tal vez, que Inglaterra le caía por los dos frentes en una acción de pinzas.

-Con el debido respeto, señor – volvió a acometer Ogle – nada tiene que ver todo esto en la conexión con Anson, que hipotéticamente viene por el Pacífico batiendo la Flota del Sur de España.

-Señor vicealmirante – se escuchó la voz de Vernon que ya había adquirido un tono duro y cortante – diez navíos de nuestra armada harán una eficaz vigilancia de la costa para el caso de que Torres cayera sobre nosotros desde Cuba. Por supuesto, tendrán orden de no

permitir la salida de ningún buque español – menos aún un correo – con la posibilidad de llevar la alarma a La Habana. Mi mayor preocupación es que esa armada nos ataque de golpe, mientras estamos ocupados abrumando el fuerte San Luis, o después de capturado éste el de San José. En ese caso, mientras nuestros bravos diez navíos se enfrentarán a Torres, nosotros evacuaremos Bocachica e iremos en forma directa y ordenada a Jamaica. Recordad algo: nada puede hacernos más daño que ser tomados entre dos frentes de batalla.

Repito: en el caso poco probable que pudiera ser burlado ese bloqueo y la armada surta en La Habana nos atacara, los navíos de vigilancia tendrán orden de darle batalla si por nuestra parte estamos entretenidos o frenados por el castillo de San Luis. Digo, además, que la posibilidad de que el almirante Torres deje el puerto de La Habana es remota; los españoles aún ignoran si nuestros preparativos bélicos están destinados a Cartagena o Cuba (por lo visto, desconocía la actividad de El Paisano), como le hemos inducido a imaginar y creo que esa duda subsiste a pesar del enorme despliegue que hemos hecho frente a estas costas. En cuanto al comodoro Anson, que parece ser vuestra mayor preocupación – la voz de Vernon se había endurecido más aún – os diré algo simple:

En ocasión de la captura de Portobelo he dejado allí un destacamento a cargo de un jefe inteligente y de reconocido valor. Él tiene orden de hacer contacto con Anson, informarle nuestra situación para unirnos después con él, si la toma de Cartagena ocurriera después de su arribo. Como veis, con relación a ese punto en nada se ha alterado el plan original.



Ogle volvió a discrepar con Vernon:

-Disculpadme señor – la voz de Ogle se notaba entrecortada por la emoción – pero no es lo mismo capturar Panamá que Cartagena, como no es lo mismo atacar un virreinato intacto que uno ya averiado por nuestras incursiones. De nada puede servirnos acometer a los españoles en tierra si el almirante Torres se abalanza contra nosotros, y esto, como vos decís, puede pasar. En ese caso, las previsiones de V.S. habrán sido vanas, pues nuestros navíos serán empujados hacia la costa y derrotados. Adiós combinación con Anson.

El acoso al comandante continuó. El general Wentworth agregó:

-Considero fundamental, señor, que la armada continúe proveyendo al ejército de desembarco los elementos que necesite. Si por cualquier causa ésta fuera vencida o el suministro suspendido, es muy difícil que el ejército en tierra pudiera sostenerse y menos aún tener éxito.

-Señores – respondió Vernon cortante – nadie puede garantizarnos que algún patacho no pudiera llegar a Cuba llevando la alarma a Torres; ni siquiera la vigilancia que a toda conciencia y responsabilidad ejercen los navíos encargados del cerco pueden darnos esa seguridad.

Pero – aun cuando alguien dijo que este plan no difería en mucho del que Pointis puso en marcha cuarenta años atrás - agregó Vernon mirando fijamente a Ogle (que no había sido el autor de esa comparación) – he tomado ya la decisión de ingresar a la bahía de Cartagena por Bocachica, acallando el fuego de los fuertes San Luis y San José. Una vez capturados esos fuertes, toda nuestra armada

entrará a la bahía excepto, claro está, los diez navíos de vigilancia y los que se destinen a inducir a los españoles a suponer un ataque simultáneo por La Boquilla -concluyó Vernon con arrogancia.

-Y esto, señores, es una orden que imparto en mi carácter de comandante de las operaciones anfibias que se realicen contra España – adicionó Vernon.

Irónicamente, Wentworth acotó:

-En ese caso, nada debemos agregar, más que la constancia de nuestro acatamiento a órdenes recibidas.

-Ahora respondo a vuestros comentarios anteriores, general Wentworth – dijo Vernon mirando a los ojos al general que había hablado. Ante todo paso por alto esas referencias irónicas acerca de la modificación del plan; pienso que ellas han sido elaboradas en base a la ausencia total de conocimiento que tenéis de la realidad y de los hechos que conducen a aquella. En el otro aspecto; tendréis el apoyo de la Armada Real, que arriesgará sus buques para complaceros. A cambio de ello, vuestro comportamiento debe ser todo lo íntegro que pueda esperarse.

-Señor; habré de estar a la altura de lo que mi país reclama a los hombres que tienen sentido del patriotismo. Por lo demás, creo que no tiene objeto prolongar este encuentro – dijo Wentworth manteniendo su tono burlón – expondré estas novedades a mis oficiales. Con el permiso de todos ustedes – dijo dirigiendo con un elegante movimiento de cabeza una mirada a todos los asistentes – voy a retirarme.

La voz fue corriendo entre los distintos buques que componían la armada inglesa: el ataque se haría por Bocachica.

### 3) UNA CARTA CON REFLEXIONES

El tono de la carta de Left cambió. Adiós el tipo personal, de coloquio; por de pronto, adquirió un estilo más indefinido, como si en efecto se tratara de un diario. Irradiando el optimismo que anida en los espíritus jóvenes cuando las fuerzas colman la ilusión que los ilumina, continuó diciendo, el lunes 13 de marzo de 1741: “nuestra flota arriba, por tercera vez, a las aguas de Cartagena. El espectáculo es imponente: alcanza con dirigir la mirada a lontananza para ver solo embarcaciones nuestras y el pendón de las islas que son la patria”. Se produce un breve interregno de pocos días y la carta continúa el viernes 17 de marzo: “Los días previos han sido de expectativa. El almirante ha ordenado que echáramos el ancla y permaneciéramos flotando a merced de la marea; supongo que además, es una orden de carácter emocional: tanto como para que la ciudad observe el poderío de nuestra escuadra y lo inútil de una resistencia a su señorío. Es también una manera de probar a Lezo: si llega a salir con sus navíos, será atrapado de inmediato por el vigor de los nuestros; pero no creo que acepte el desafío.

Este viernes ha sido diferente: cuatro navíos de esta flota se acercaron deliberadamente a Tierra Bomba pero fueron rechazados por los cañones de España. Debo escribir, para ser sincero, que los navíos respaldaron a dos paquebotes atiborrados de infantes de marina; todos ellos estaban anclados en el canal que va desde Bocagrande a Bocachica, fuera del alcance de la artillería enemiga.

Realizaron la maniobra de aproximación con el propósito (evidente) de medir el alcance de los cañones costeros. Cuando los españoles advirtieron que nuestros buques se acercaban peligrosamente a sus posiciones defensivas abrieron un fuego rabioso, en especial desde el castillo que llaman “San Luis” y está situado en la entrada de Bocachica, en la margen de la isla de Barú; la opuesta es Tierra Bomba, donde también existen importantes bases artilladas. Las defensas están instaladas en una isla que los propios cartageneros llaman “Bocachica”. A los oficiales que estábamos bajo el mando del capitán Mayne nos pareció que sus protecciones eran débiles, puesto que escudaba la posición un destacamento (a nuestro juicio) reducido de soldados.

Por la noche, una lancha se aproximó aprovechando la cobertura de las sombras a las costas de la isla que llaman de Carex o Tierra Bomba, ese suelo vertiginoso, de playas casi negras, donde los españoles al descubrirlas, encontraron tantas perlas del color de su arena. A pesar de lo subrepticio de la maniobra, los españoles la detectaron y alejaron a cañonazos.

Ni nosotros habíamos alcanzado a percibir la artimaña y recién al día siguiente llegamos a enterarnos de ella; estos españoles deben tener ojos de gato para divisarla en medio de la noche. En rigor de verdad, nos despertó el ruido infernal con que los cañones rompieron el silencio pesado del lugar”.

La correspondencia continúa al día siguiente, sábado 18 de marzo: Los buques que habían hecho la víspera el juego de aproximación intentaron un desembarco para forzar una cabeza de playa. No se consiguió debido a que los españoles habían reforzado durante la noche la posición con el envío de por lo menos dos compañías de

soldados, los que permanecieron durante toda la jornada emboscados en la maleza de la costa.

Esa noche se advirtió una gran actividad en la batería. Habíamos observado con el catalejos durante todo el día que oficiales, suboficiales y tropa actuaban bajo el mando de un coronel, el que, cuando cayó el sol, dispuso el desmantelamiento de las distintas piezas de artillería; solo muy pocos tuvimos el privilegio de observar la intención de esta medida. Lo hizo recién cuando oscureció, para evitar, con seguridad, que ojos indiscretos pudieran divisar la maniobra. Por la disposición con que actuaba este oficial de jerarquía, me dio la impresión de que lo hacía cumpliendo órdenes superiores.

Con gran fatiga, los soldados llevaron los cañones al fuerte San Luis y demolieron las baterías; estas maniobras las efectuaron a pleno día, de manera de hacerlas inútiles a los atacantes. De cualquier forma, consiguieron los dos objetivos que se habían propuesto: impidieron ese día el desembarco, debido a la amenaza de su seguro hostigamiento desde las formaciones boscosas inmediatas y llevaron los cañones al fuerte.

A pesar de ese acierto, creo que los españoles han cometido un grave error: desde la posición que tenían, a mi modesto juicio era factible atacar con poderosos medios artilleros un supuesto desembarco lastimando los navíos de apoyo, sin perjuicio de que soldados emboscados podrían recibirnos a tiros. De cualquier manera, cualquiera hubiere sido la razón que los llevó a obrar de ese modo, la playa quedó a nuestra merced”.

Una de las referencias más agudas de la carta, es la que

corresponde al domingo 19 de marzo: “ha resultado conmovedor presenciar a toda la formación de soldados honrar a Dios Nuestro Señor e implorar su protección para el ataque que está en marcha.

En ese mismo momento pude imaginar que los españoles también estarían requiriendo de su Dios la misma defensa para protegerse de nuestra superioridad. Me pregunto: ¿no tienen ellos y nosotros el mismo Dios? ¿No creen - como nosotros - en el Crucificado, que es el Hijo de Dios?

¡Lindo dilema le llevaremos al Todopoderoso! ¿A quién deberá ayudar? ¿Deberá respaldar la justicia de una causa? Pero sin dudas eso sería como pretender que descienda a la Tierra para convertirse en árbitro de intereses dominiales; Dios no está para esas tentaciones menores.

He pensado en todo esto mientras elevábamos nuestras ofrendas, ocasión en que también he imaginado que los españoles requerirían el resguardo divino por medio de sus oraciones.

Padre: he decidido que no soy quien para pedir la asistencia del Cielo cuando entre en acción. Más aún: a la distancia requeriré mi custodia a usted, que es tan terreno como yo, pero su figura ha servido siempre para guiarme en las encrucijadas que tuve que abordar.

Después de finalizados los oficios religiosos, nos abocamos con los demás oficiales a contemplar la costa con un largavistas que íbamos pasando de mano en mano. Alguien exclamó:

-¡El virrey!

Sin pensarlo, y aprovechando el mayor físico con el que he sido dotado, se lo arrebaté de las manos al camarada que lo sostenía y dirigí su ángulo hacia la costa. Imaginé quien sería el virrey: montado en un robusto ruano de patas largas, delgado, de belfos amplios y remos nervudos como corresponde a la raza andaluza, si bien iba vestido con la sencillez del uniforme militar, el porte que llevaba y el enjaezado del animal eran suficiente prueba de su mando. Los borrenes de la silla de montar eran lustrosos y de cuero claro; y el fuste que unía sus arzones (que eran brillantes y tenían su mismo tono) debía ser rígido a juzgar por la tersura de aquellos. Era obvio que estaba fuera del alcance de cualquier mosquete, pero sentí admiración por el desprecio con el que trataba al peligro. Él ignoraba el alcance de los tiros de nuestros navíos y bien podría el disparo de un cañón hacer estallar una granada en las inmediaciones de la comitiva.

Impasible a todo riesgo físico, desdeñando la proximidad de algún ayudante, el virrey marchaba a la cabeza, dando rienda al brío de su noble potro. Recorría la zona que se llama comúnmente como la “Santa Cruz” y era evidente que sortearía Cartagena para dirigirse a La Boquilla.

Cerca de él galopaba otro oficial, a quien le faltaba una pierna y a juzgar por la limitación de sus movimientos, su brazo derecho también se encontraba inmovilizado ¡era el famoso almirante Blas de Lezo!

De él solía decirse en voz baja que tenía formalizado un pacto con el Diablo y que éste jamás lo abandonaría. Se dice que Satanás le quitó varias partes de su cuerpo en distintas batallas, pero a cambio le proporcionó una astucia y tantas mañas que no se podrían considerar

de este mundo.

A mí siempre me han parecido estas afirmaciones un producto de la ignorancia y la incultura: el almirante es una persona tan creyente como cualquiera que se precie de serlo y el Demonio tendría varios motivos para negarse a pactar con él. Personalmente me inclino a pensar que a las desgracias físicas les ha puesto el pecho actuando como hombre de buena ley.

También en voz baja se dice que solo tenía diecisiete años cuando la bala de un cañón nuestro de a 18 le arrancó la pierna izquierda. También en un murmullo se comenta que a pesar de su notable juventud no solo no profirió un solo grito de dolor sino que con toda serenidad se mantuvo en el puesto de combate que le había asignado el capitán de su navío. Además, cuando el cirujano de a bordo lo llevó a su improvisado “quirófano” nadie pudo escucharle un solo quejido mientras le amputaban la pierna cortándole con un serrucho el hueso y le introducían el muñón en brea hirviendo para quemarle las terminales nerviosas y evitar las hemorragias.

Se comenta, también, en ruedas de sobremesa, que en el sitio que puso a Tolón el príncipe de Saboya, la esquirla de una bomba le arrebató la visión de uno de los ojos. “Patapalo”, “Medio hombre”, etcétera, se lo comenzó a llamar a media voz.

De todos los seudónimos con que lo han bautizado amigos y enemigos, este último es el que más me gusta, pero yo lo pondría entre signos: “¿Medio Hombre? ¡Más bien hombre y medio!”

La carta continúa con una serie de interesantes reflexiones del



joven oficial: “lunes 20 de marzo. En las inmediaciones de Bocachica, y desde el amanecer, ya teníamos ocho navíos respaldados por los dos anteriores paquebotes y se comentaba que el almirante Vernon quería forzar la entrada a la bahía ese mismo día.

Anoche hubo Consejo de Guerra a bordo de su nave insignia, a la que concurrió nuestro propio capitán, pero obviamente ignoramos lo acordado. Según parece y se comenta en voz baja, ha habido un intercambio de improperios entre nuestro almirante y el general de infantería Wentworth. Veremos qué pasa; los oficiales subalternos solo tenemos una consigna: cumplir las órdenes”.

#### 4) DESAVENENCIAS

Las divergencias que existían en el frente inglés, también ocurrían en el terreno español, donde las diferencias de criterio entre el virrey y el almirante Lezo, eran cada vez más evidentes.

Lezo imaginaba que el ataque principal de la armada de Vernon ocurriría (como lo había informado El Paisano) por La Boquilla, y su mayor preocupación radicaba en que el desembarco “cortara” las baterías situadas en ese sector (Mas y Crespo), cuyas consecuencias serían muy lamentables: se perderían dos baluartes importantísimos y sobre todo habría que lamentar la baja de soldados necesarios para defender Cartagena.

Más aún: creía Lezo que si su sospecha era cierta, sería imprescindible cavar trincheras, estimular los obstáculos naturales y en suma, crear toda suerte de dificultades al avance del ejército inglés.

Reputaba fundamental levantar empalizadas detrás del “Caño del Quemado”, para que el cruce de esa vía de agua por medio de pontones no se convirtiera en un paseo festivo para el enemigo.

Eslava, en cambio, pensaba que la invasión principal se llevaría a cabo por Bocachica, y a ese lugar quería enviar todos los refuerzos que fuera posible.

Dudaba de un posible ataque por La Boquilla, aunque suponía a ese sector sujeto a un bombardeo abrumador.

A pesar del distinto punto de vista, ambos coincidían en querer saber si los ingleses estaban planificando una acción envolvente, de pinzas, que les permitiera atacar y tomar Cartagena por las dos entradas: Bocachica y La Boquilla, dividiendo las fuerzas que España destinaba a la defensa. Obviamente, esa coincidencia se borraba cuando comenzaba la discusión acerca de que elementos eran necesarios para defenderse. Es decir, la combinación entre ellos se evaporaba cuando los dos jefes debían decidir por cuál de los puntos de acceso a Cartagena suponían que los ingleses volcarían el esfuerzo mayor.

Lezo sostenía que debían enviarse soldados a todos los lugares que estuvieran amenazados por los ingleses, aun a costa de dejar con poca defensa a la ciudad de Cartagena. En este punto chocaba en forma rotunda con Eslava, que retaceaba el envío de soldados precisamente, porque temía dejar indefensa la ciudad.

Lezo pensaba – tal vez con razón – que si Gran Bretaña hacía su mejor esfuerzo por Bocachica, la pelea (pues la salida de soldados fuera

de los fuertes ya había sido descartada por la categórica negativa del virrey) debía darse en los anillos que la protegían, porque una vez doblegados éstos la captura de la ciudad por el enemigo era solo una cuestión de tiempo, ya que sus posibilidades se verían inmensamente acrecentadas.

En opinión de Lezo, Cartagena de Indias no estaba, por si sola, en condiciones de sostener un asedio por largo tiempo. Los ingleses pensaban de ese mismo modo; Vernon creía – como Medio Hombre – que la mayor prueba de resistencia la ofrecería España en los anillos previos. La captura de la ciudad-puerto podría darse (después de sorteados los anillos), incluso solo por obra de la inercia.

Demostrando que la humildad impulsaba sus gestos, Lezo informó al virrey que personalmente conduciría la defensa desde la entrada de Bocachica, no obstante creer que el ingreso preferido por los ingleses sería La Boquilla. En consecuencia, desde las quietas aguas de esa bahía, el almirante designado general en jefe por el reino, a bordo de su navío insignia llamado Galicia, contemplaba con mirada protectora el territorio amenazado.

Cuando se inició el ataque inglés por Bocachica, Lezo le envió un parte al coronel Desnaux, a cargo de la defensa del fuerte San Luis, ordenándole (a pesar de lo indicado por Eslava) que sacara sus tropas a rechazar la cabeza de playa que había instalado el enemigo (aun sabiendo la opinión adversa del virrey; esto ocurría el 20 de marzo); le decía además, que si fuera imposible hacer efectivo ese rechazo, se replegara sobre el castillo, lo desmantelara íntegramente y procediera a evacuarlo.

Desnaux se “paró de manos”, del mismo modo que lo haría un caballo indócil ante su jinete: le respondió que solo aceptaba órdenes de su virrey. Frustrado por esta negativa arbitraria y necia, Lezo reclamó que esa noche se celebrara un consejo de guerra entre el díscolo coronel, el virrey y él mismo, en el que Desnaux volvió a sostener – esta vez con beneplácito de Eslava – la misma absurda negativa.

-¿Qué hará cuando los ingleses lo abrumen con sus cañones navales, con los de campaña, con su infantería y usted se encuentren en el interior del fuerte? – le preguntó Lezo esperando que recapitulara sobre la anterior negativa.

-Me sostendré hasta el último hombre – fue la insensata y torpe respuesta de Desnaux. La actitud de Desnaux, oponiendo su visión a una orden de Lezo, se pareció mucho a una hipotética polémica entre un teólogo y un despavorido sacristán respecto del misterio de la Resurrección.

Lezo meneó la cabeza en signo de fatal aceptación, como si dijera: “Es inútil discutir con un fatuo” y encajó la negativa del oficial, absteniéndose de recordarle que (además de una cuestión moral), esa decisión afectaría al ejército del rey, que se vería privado de soldados valiosos, imprescindibles para continuar la pelea con los invasores.

## 5) EN EL FRENTE INGLÉS

El día 16, ¿qué pasó?

Apenas realizada la reunión del Consejo de Guerra convocada por el almirante Vernon, de acuerdo con los propósitos (al parecer)

diversionistas que había trazado el cónclave, los ingleses quisieron efectuar un desembarco en La Boquilla. Por su parte, el virrey se sentía sobredimensionado a raíz de algunos sucesos que ocurrieran con motivo de esta invasión y que parecieran haberlo encumbrado en sus sueños de estrategia.

Cuando los ingleses golpearon en La Boquilla no lo hicieron como si se tratara de una maniobra divisionista (al menos no fue supuesta por los españoles con ese alcance) sino como ataque: cuatro navíos se acercaron a la playa, disparando sus cañones contra las baterías Crespo y Mas. El virrey – a instancias de Lezo – las había reforzado con un centenar de soldados escogidos entre los granaderos de mejor porte y más destacada profesionalidad. Los artilleros que operaban los cañones de las baterías, también eran los que más méritos habían acumulado por eficiencia y puntería.

En verdad, apenas los navíos ingleses se acercaron a la playa de invasión, sufrieron un tremendo escarmiento de parte de ambas baterías. Con todo, alcanzaron – antes de poner proa mar adentro – a bajar varios lanchones de desembarco, ocupados a pleno por la infantería de marina. Los cañones no cesaron en su actividad; comenzaron a disparar también contra las lanchas provocando el hundimiento de algunas. Los sobrevivientes trataron de ganar la costa a nado, pero fueron recibidos por un fuego cerrado de fusilería que terminó diezmándolos. Las lanchas que no fueron alcanzadas por los disparos se acostaron sobre sus navíos para retirarse con ellos. La pretensión de lograr una cabeza de playa había fracasado.

¿Cómo repercutió este suceso en las filas españolas?

En Cartagena, el público ovacionó al Ejército Real, considerándolo victorioso. Por su parte, las relaciones entre Lezo y Eslava, empeoraron. Aquél consideró que gracias a su obstinada preocupación se habían reforzado las baterías. El virrey sostuvo que las tropas existentes en La Boquilla hubieran sido suficientes para impedir el ataque inglés y se arrepintió del refuerzo que aumentó su poderío (tal vez lo que en realidad lo disgustara era la dependencia que exhibió frente a Medio Hombre).

Al dirigir los ingleses la acción sobre La Boquilla, el crédito ganado por El Paisano se acrecentó y Lezo demostró que los disparos enemigos podían haberle maltratado el cuerpo, no su inteligencia ni sus dotes de estratega.

Al día siguiente de este ataque, Vernon decidió ingresar por Bocachica. “Ya que la maniobra de pinzas ni la divisionista son factibles, debemos forzar la entrada a la bahía por el único paso que nos queda disponible: Bocachica”. Obviamente, esto implicaba abandonar en forma definitiva el proyecto de “pinzas” sobre Cartagena y la reducción del diseño a lo ejecutado por Pointis cuarenta años atrás era un hecho.

El plan de Vernon parecía adivinado por el virrey, quien destacó un batallón de ciento cincuenta hombres para reforzar a Lezo, el que se encontraba comandando su modesta flotilla en la bahía interior, cerca de Bocachica, a la espera del ataque inglés, que intuyó a partir del anterior fracaso por La Boquilla. Esos hombres vinieron de perillas al almirante Lezo, pero su alegría duró poco: al día siguiente el virrey, arrepentido, los reclamó y don Pedro Más, en una balandra de la marina española los regresó a Cartagena.

Esta medida, dictada por el temor de Eslava a sentirse sin fuerzas suficientes en la ciudad, dejó muy marcado a Lezo, quien cubrió el faltante con la marinería disponible en sus buques. El número de servidores en los castillos y las baterías continuó siendo el mismo, pero a costa de que los navíos debieran permanecer casi sin infantería.

Es posible que en ese momento Lezo ya pensara que el destino de su flota fuera el fondo de la bahía para impedir en una acción desesperada la libre entrada de la armada inglesa. A ciencia cierta no se sabe, pero es verosímil imaginar que el almirante ya pensara en hundir sus navíos cuando dispuso el desembarco de sus hombres.

## 6) CONTINÚA LA CARTA

La carta sigue: “padre; acaba de visitar nuestra cámara el capitán Mayne y nos ha confirmado que esta mañana ha comenzado el ataque a los españoles por Bocachica. Numerosos buques de transporte han sido destacados a esa zona bombardeada por los navíos que habíamos visto en las proximidades del lugar y que accionaban a órdenes del vicealmirante Chaloner Ogle.

Previsoriamente, nuestro almirante ha dispuesto “vaciar” tres navíos para afectarlos como hospitales flotantes. Me parece un gesto de notable humanidad; si los españoles defienden sus posesiones con la enjundia con que lo han hecho hasta ahora, es muy probable que tengamos que soportar numerosas bajas, y los heridos y mutilados van a abundar.

Nuestro navío, los oficiales y la tropa que transporta, han sido reservados para entrar en acción más adelante, si se los precisara. Por lo tanto, la guerra actual la hemos visto como si estuviéramos emplazados en alguno de los hermosos balcones que tiene esta bella ciudad. Esta curiosa realidad nos ha convertido en espectadores de privilegio, capaces de observar la función desde el mismo proscenio, ni siquiera desde la platea del teatro.

Así pudimos ver, a media mañana, cómo navíos poderosos, de unos ochenta cañones cada uno de ellos, sometían los baluartes españoles a un feroz bombardeo. Ha sido – pero la guerra no lo es – un espectáculo atractivo, en el cual los espectadores nos hemos solazado con fuegos artificiales, disparados desde el mar y la tierra.

He creído “leer” el plan de nuestro almirante, y me ha parecido genial: el desembarco no se hará en las inmediaciones de Bocachica, la zona defendida con más empeñamiento por España. Lo ha comenzado en la costa provista de menos fuerzas por el enemigo y donde es relativamente fácil bajar a tierra soldados, vituallas, una batería de campaña, aunque siempre en la isla de Tierra Bomba (o Cárex).<sup>9</sup>

El catalejos nos permitió ver los estragos que provocaban nuestros disparos en las defensas españolas; las brechas que se comenzaban a abrir en sus murallas, los cañones enemigos que al explotar, junto a la munición y la pólvora que tenían en su inmediación, impulsaba por el

---

9 No debe olvidarse que Blas de Lezo había formado algunos destacamentos volantes, destinados, justamente, a evitar el libre desembarco del enemigo y – por el contrario – someterlo a un permanente hostigamiento. Lamentablemente no pudo ponerlos en uso debido a la diferente concepción estratégica que tenía el virrey Eslava.



aire el cuerpo despedazado de sus servidores.

Es cierto que también, en menor medida, nuestros buques estaban expuestos a la puntería de los artilleros españoles. La arboladura virtualmente “volada” de los navíos, el velamen desgarrado (cuando eso pasa es seguro que también las bajas son considerables), eran una prueba evidente que la intervención y el apoyo para facilitar el desembarco de la infantería no iban a ser gratuitos. Pero igual, en bocas de fuego nuestra superioridad era inmensa, aun cuando, con sorpresa, pudimos advertir que también los lejanos cañones del fuerte San José nos golpeaban a veces.

Le doy un dato interesante acerca de la existencia de un proyectil cuya invención es un verdadero ingenio, y su autoría se atribuye en forma directa al mismo Lezo. Sus efectos pudimos comprobarlos por medio del catalejos. Resulta que los españoles (o Lezo) unieron dos proyectiles por medio de una barra de hierro, como si se tratara de un manubrio. Esa munición, disparada por los cañones de tierra, carecía de la velocidad que un disparo logra con un proyectil común, pero sus efectos, en cambio fueron mortíferos. La bala iba dando vueltas por el aire como si tuviera una marcha errática, y su parábola podía ser advertida por el ojo atento. Cuando caía, los destrozos que producía eran inmensos. Bastaba con observar los efectos: velas destruidas y convertidas en jirones; maderas astilladas, torsos y cabezas arrancados, etcétera.

Hacia la media tarde, los españoles dejaron de responder el fuego. Según pude enterarme, los escasos servidores del San José actuaban a órdenes del capitán Alderete y tenían consigna de evacuarlo cuando hubiere menguado el número de soldados en condiciones de atender

los cañones o cuando los disparos ingleses, al abrir tantas brechas, hicieren imposible sostener la posición.

Ese momento había llegado; los nuestros disparaban desde los palos mayores y los de jarcia con mosquetes y fusiles y las bajas españolas eran muchísimas. Alderete observó la cantidad de heridos y moribundos; debió haber visto, también, que se le habían agotado las municiones, y no vaciló: había llegado la hora de evacuar.

Cualquiera que hubiere sido la causa, la verdad es que los soldados que llevaban la insignia del rey inglés pudieron hacerse fuertes en la isla cuya cara opuesta da a la famosa bahía interior. Padre: la balanza comienza a inclinarse a nuestro favor; estoy ansioso por participar en esta batalla”.

## CAPITULO IX

### AVANZA VERNON

#### 1) DIARIOS

El diario del almirante Blas de Lezo consigna datos similares a los referidos por James Left en su prolongada carta al padre respecto del número de soldados acantonados en el fuerte San Luis. Señala Lezo, con relación a esa fortaleza, que con los evacuados (es decir: los que reclamara Eslava), los que provenían de las baterías desmanteladas, más los marinos de sus buques, el número de hombres que se habían juramentado habría ascendido a unos cuatrocientos cincuenta soldados.

Por otra parte, Lezo, dando muestras de que su imaginación en el combate carecía de límites, hizo colocar entre sus soldados varios hombres con formación en el arte de la carpintería. Pronto se advirtió el motivo: el almirante ordenó a sus “carpinteros” elevar las rampas que sostenían las cureñas y los tiros alcanzaron una distancia no prevista por Vernon. Las embarcaciones inglesas empezaron a sentir los efectos de un apaleo impresionante y numerosas víctimas fueron

derivadas hacia los buques que cautelosamente el almirante inglés había transformado en hospitales.

Esa no sería la única sorpresa de Vernon; advirtió con indudable preocupación que los disparos no provenían solo del San Luis, que tenía bajo asedio. El San José acudió en apoyo del otro fuerte de su bandera y sumó sus cañones al bombardeo a que quedó sometida la escuadra inglesa.

## 2) CARTA DEL INGLES

Puede leerse en la carta de James, redactada con las contradicciones propias de las circunstancias especiales en que vivía la flota, el lunes 21 de marzo: “¡Esto es la guerra, padre! Pareció por un momento que nuestro almirante quedaba sorprendido por los ingenios españoles. Pero solo fue un instante, del que se deben haber arrepentido los críticos que pensaron en una claudicación de su temple. En verdad, podrá haberse sentido sobrecogido por la artillería española, pero nunca fue un hombre amedrentado. En medio del castigo dio orden a uno de los navíos de más poder de la flota para que a cualquier costo se aproximara a la costa y acallara definitivamente el fuerte San Luis.

“El poderoso navío cumplió parcialmente la orden recibida, y cañoneó sin pausa los objetivos establecidos, pero a expensas de enormes desperfectos producidos por los cañones de España. Finalmente, cuando aparecieron el navío de Lezo y otro buque español, debió retirarse con toda su arboladura arrasada e innumerables víctimas entre la tripulación. Todo esto se lo voy a ampliar más

adelante, pues no duró solo el tiempo que me lleva contarlo.

“El ataque que recibiera, no solo provenía de los fuertes: don Blas de Lezo, a bordo de su nave insignia, y secundado por otro navío, desde el interior de la bahía sumó sus disparos. Desde nuestra posición no podíamos observar la bahía interior, pero era evidente que Lezo agregaba sus proyectiles a los lanzados desde el San Luis. Ya llegaban las primeras sombras de la noche; se había combatido desde mitad de la mañana.

“El navío de tres puentes y ochenta cañones, acató la orden, como le decía, pero lamentablemente no pudo doblar al San Luis. Sentimos una gran preocupación cuando el poderoso navío, abrumado por tantos disparos que lo habían dejado maltrecho, abandonó la lucha y se dirigió, erráticamente y sin velas, perseguido por dos navíos españoles, a una distancia en la que no pudieran alcanzarlo los proyectiles costeros. Ante la lejanía de nuestro navío, los buques españoles optaron por regresar a la bahía interior.

“Debo decirle también que desde que cayeran las sombras hubo intercambio de disparos, que se prolongó durante toda la noche. Escrutando la oscuridad, podía divisarse el momento en que el resplandor de un cañonazo lanzado desde un buque de nuestra armada permitía ver un chorro de agua de un tiro español que caía cerca del navío desde el que había partido el proyectil. La muchachada nuestra prorrumpía en ovaciones y gritos de alegría cuando partían los disparos ingleses, pero se transformaba en angustia cuando, al revés, el impacto del cañón español daba de pleno en una embarcación de nuestra flota.

“Pero no obstante todos los inconvenientes surgidos, pudimos

desembarcar nuevamente con éxito en las inmediaciones de Bocachica, del lado de la isla de Cárex”.

El martes 22 de marzo continúa expresando: “como le he dicho, durante toda la noche los fuertes fueron sometidos a un constante bombardeo. Parecía como si el mismo infierno hubiera abierto las puertas para precipitarse en el Caribe, tal era la suma de ruido y fuego que caí sobre las fortalezas de España. Ayer al anoecer creímos que la victoria sobre los españoles estaba cerca. La tuvimos cuando el almirante Lezo ordenó a las chalupas que vigilaban desde la bahía interior la famosa cadena de Bocachica, que se alejaran del lugar. Pensábamos que si el motivo por el cual ocurrió ese retiro se debió a nuestro intenso cañoneo, era probable que Lezo considerara que ya la defensa de ese sector estaba perdida para su país.

“Sin embargo, no resultó ser esa la interpretación de la realidad. El cataclismo que se había desatado la víspera con el cañoneo, en realidad era un averno devaluado, que no asustaba, no como las pinturas que evocan al Santo Oficio, algunas de las cuales son tétricas. Éste, más bien parecía el infierno relatado por Quevedo, que termina con un chiste, o incluso el del Dante, cuyas invocaciones a la Eterna Divinidad son anecdóticas, pues se refieren a la Italia del norte. En suma: me sentí tan tonto como si estuviera sentado en casa leyendo a Quevedo: ¡Suponer que el almirante Lezo rindiera sus naves sin siquiera un gesto de arrogancia o rencor en su cara! ¡C’est trop, padre!

“Después de retirar los esquifes que vigilaban la cadena, el almirante avanzó desde la bahía interior hacia el mar abierto. Lo hizo al frente de su nave insignia, el Galicia, y secundado por un navío de menor porte, cuyo nombre, empero, alcanzamos a distinguir: San

Felipe. Se desplazó con lentitud, las velas parcialmente desplegadas, como si su arboladura desdeñara capturar el poco viento que se iba levantando en el atardecer.

“Imaginábamos que se acercaba con inmenso peligro al poderoso navío de nuestra flota, seguramente con la intención de abordarlo. Sabemos de sobra que los españoles son expertos y feroces en este arte y nuestro peor negocio militar sería darles pelea aceptando esas condiciones.

“Pero la acción del almirante Lezo fue forzada por las circunstancias: salió fuera de la protección de la cadena de Bocachica urgido porque desde la posición que nuestra nave adoptara para el bombardeo del fuerte, en forma esporádica podían alcanzarlo los cañones costeros (durante todo el intercambio de tiros nocturnos los disparos de España tenían como destino otros objetivos; dada la ubicación de nuestro navío, pocos proyectiles podían darle, salvo los que provinieran de la posición que habían tomado los navíos del almirante Lezo antes de abandonar la protección de Bocachica y salir a mar abierto. El desmantelamiento que presentaba el buque de nuestra armada se debía en parte a los disparos de esos navíos y a que, antes de colocarse a resguardo, había sido acribillado por la artillería española mientras navegaba hacia su posición).

“Criteriosamente, nuestro navío, maltrecho y todo, zarpó como pudo y se alejó mar adentro, apoyado por otros tres buques de nuestra flota, consiguiendo eludir la confrontación y el asalto del Galicia. Después supimos que había descargado todos sus tiros sobre el fuerte San Felipe, al amparo de cuyas inmediaciones había anclado. ¡Y se había quedado sin municiones! Después de esta escaramuza, Lezo y el

otro navío que le hacía de escudero regresaron a la bahía interior.

“Padre; creo haberle ya referido los pormenores de los dos navíos españoles persiguiendo al nuestro. Me resta decirle que Lezo no aceptó el desafío de la armada sitiadora, ansiosa por darle caza, y puso proa a su refugio natural para regresar al mismo.

“No terminaron ahí las agitaciones del día. Mediante banderilleros, el almirante Vernon concentró casi toda la armada alrededor de su navío para un nuevo Consejo de Guerra. Por supuesto, con la ansiedad golpeando mis sienes, el capitán Mayne levó anclas y zarpó hacia la concentración de embarcaciones.

“Por medio de ese mismo sistema, el almirante informó que esa noche habría Consejo de Guerra a bordo de su navío, y debían hacerse presente los mismos oficiales que habían estado en el cónclave anterior. Por supuesto, el capitán de nuestro buque se apresta a concurrir. Tengo la impresión de que se acerca el momento de la acción decisiva, por eso padre no eludo afirmar mi palpito: hemos de ingresar a Cartagena por Bocachica”.

### **3) EL AVISO AL ALMIRANTE TORRES**

¿Qué hecho novedoso podía haber pasado para que Vernon volviera a convocar a su Estado Mayor?

Es interesante conocer la razón. Durante el día, una fragata de regular potencia (cuarenta cañones), se había acercado a estribor del navío insignia de la flota sitiadora y le había llevado una novedad, que



debía ser atendida con urgencia: hacía unas horas habían interceptado una embarcación española que a su bordo transportaba un estafeta despachado por el virrey Eslava. Menuda sorpresa tuvieron, los que habían efectuado la captura, cuando tomaron conocimiento del contenido del mensaje. No era más (ni nada menos) que un aviso al almirante Torres, en La Habana, informándole del bloqueo, las intenciones de Vernon y requiriéndole rápida ayuda.

La cara de Vernon se iluminó con una intensa sonrisa incontenible y se dijo, entre eufórico y astuto:

-¡Los españoles nunca sabrán que el mensaje a Torres no llegó a destino! ¡Terminaron los temores de que la famosa escuadra nos ataque por nuestra espalda! – y en voz alta, exclamó: ¡¡Doble ración de ron puro para los tripulantes de esta fragata!!

Después, sin salir de la alegría en que se había sumido, dijo para sí:

-¡No viene Torres, y esta situación es definitiva! ¡Cambio de planes, nuevamente! - entre dientes, murmurando en forma inteligible, con los ojos brillosos, agregó para sí mismo: Voy a llevar a Londres atados por el cuello al virrey y a Lezo, para escarmiento de ellos y jolgorio de mis compatriotas - y en voz alta, a sus subordinados:

-¡Convocad para esta misma noche reunión del Consejo de Guerra en mi nave! ¡Urgente!

#### **4) CONTINÚA LA CARTA DEL INGLÉS**

Volvamos a la carta-diario de James Left: “los nuestros han atacado

el castillo San Luis con varios navíos y con la artillería de tierra que se bajara de la armada cuando se logró hacer una cabeza de playa. ¡Pero el San Luis continúa resistiendo!

“Desde el fuerte San José, y principalmente desde Punta Abanicos (dicen que ésta la comandaba un joven teniente de artillería de apellido Andrade), surgieron violentos tiros de cañón en apoyo del San Luis y en contra de nuestros navíos, que esta vez solo pudieron acallar dos cañones del objetivo. Nuestros buques quedaron muy maltrechos, al punto que debieron retirarse.

“Sin embargo, el esfuerzo y el precio pagado por ese incesante bombardeo tuvo su recompensa. Poco después, cinco compañías de granaderos seleccionados entre cinco regimientos, operando bajo el mando del teniente coronel Cochrane desembarcaron para asegurar que esa cabeza de playa se convirtiera en la puerta para la definitiva invasión. A los granaderos siguió una brigada de infantería a las órdenes del general Guise: el desenlace fue un éxito.

“Antes del amanecer nuestros navíos volvieron a bombardear el castillo San Luis mientras se apuraba la invasión con elementos aptos para armar varias baterías de tierra, y llevarles pertrechos y vituallas.

“Nos dijeron que ese mismo día, por la tarde, comenzaron a llegar a Cartagena desde el frente los soldados españoles que se encontraban heridos.

“Debe ser algo terrible para quienes tienen a sus esposos, prometidos o padres envueltos en las vicisitudes del frente. No preciso hacer un esfuerzo para adivinar el momento en que se develaba la

identidad de los heridos: apretujamiento de gente para averiguar su identidad, la suerte de los suyos, lágrimas, dolor, ansiedad. Es obvio que el cañoneo que se libraba en las inmediaciones de Bocachica se podía escuchar muy poco en la ciudad, casi como el eco de truenos lejanos cuyo sonido no hacía más que incrementar la intranquilidad de los cartageneros.

“Es que en la serenidad de las noches templadas, cuando un leve viento soplaba en dirección a la ciudad, los habitantes de Cartagena, y en especial los del barrio Getsemaní alcanzaban a escuchar los ecos apagados de la artillería, pasando por una angustiante situación: sentir el sonido de los cañones sin conocer el resultado de los disparos ni el bando que los ejecutaba.

“Esto también es la guerra: los soldados no hacemos nada durante mucho tiempo, pero cuando lo hacemos, sobreviene el horror.

“Supimos también que el temor se había apoderado de Cartagena. Un ex prisionero que hicimos en el río Sinú y consiguió escapar llevó la alarma a la ciudad: dijo que los ingleses, que habían desembarcado en la isla de Barú (inmediaciones del San José), estaban ya en Pasacaballos y a punto de capturar las fortalezas que protegían Bocachica”.

## **5) OPTIMISMO Y REALIDAD**

Mientras la carta de James Left irradiaba optimismo, a raíz de lo que veía, escuchaba y deseaba, la realidad no era tan favorable para los ingleses. El día 27 de marzo, por ejemplo, aún estaba resistiendo el castillo San Luis. Esto no estaba en los planes de Vernon, que suponía

un “paseo” más veloz.

Lezo sostenía que no podrían mantenerse por mucho más tiempo y le proponía – sin lograrlo – a su comandante, el coronel Suillard de Desnaux la evacuación inmediata, previo destrucción del mismo para que no pudiera ser aprovechada por el enemigo la artillería o la obra civil de la fortaleza.

Como Desnaux – que era un sobresaliente especialista en la realización de tremendas simplificaciones - resistiera esa orden, se llevó a cabo esa misma noche en el Galicia el Consejo de Guerra al que ya se hiciera referencia, entre ambos y el virrey Eslava. Como éste dictaminara a favor de la posición de Desnaux, el coronel regresó al San Luis, dispuesto a batirse hasta el último hombre (todo lo cual se dijera más arriba).

La actitud de Lezo no era temerosa. Era realista: pensaba (con acierto) que resultaba imposible resistir allí el ataque de los ingleses cuando ya habían conformado una cabeza de playa, la que podía haberse impedido antes, mediante una oportuna salida. Por tanto, era menester salvar la vida de la mayor cantidad de hombres, imprescindibles para frenar el ímpetu de los invasores en otros frentes.

Un párrafo especial merece la conducta del virrey, siempre arrojado cuando el riesgo físico a que se exponía podía haber retenido a otro con menos agallas.

Dicho sea para respetar la verdad, Eslava jamás titubeó cuando los disparos ingleses amenazaban el territorio que pisaba.

## 6) TOMA DE BOCACHICA -

Apenas se acordó entre Desnaux y el virrey que el San Luis resistiera, los ingleses iniciaron su tarea de aproximación, llevando, junto a los numerosos efectivos, los cañones de campaña con los cuales comenzarían un asedio por tierra al castillo español, el que debía sumarse al ataque que por mar ya venían padeciendo. Los granaderos y su infantería, a las órdenes del general Wentworth, permanecían impacientes por entrar en acción. Este general también tenía subordinados los norteamericanos y los esclavos de Jamaica.

OooooooooooooOooooooooooooO

El desplazamiento de los ingleses por la selva a partir del desembarco y hasta el castillo San Luis estuvo cargado de pesares. Por supuesto, adelante iban los esclavos jamaquinos, que tenían por consigna desbrozar el camino, para hacerlo apto a la infantería y sobre todo a la artillería de campaña que llevaban. Detrás de los jamaquinos marchaba el regimiento de Granaderos del Rey, que habría de ser el primer cuerpo militar en entrar en acción. Tenían plena conciencia de que sería a ellos (y no a los norteamericanos o los jamaquinos) a quienes se requeriría el esfuerzo denodado y sangriento de encabezar las oleadas de ataque.

Es cierto que se había transgredido una decisión “política” de Vernon: dispuso ésta que la oleada primera la iniciaran los coloniales de Washington y los negros jamaquinos, cuyas muertes no serían lamentadas en la metrópolis. Pero esa cruel determinación política debió abandonarse a favor de lo que pensaba Wentworth, a quien le asistía razón: si él iba a comandar el asalto, lo haría con tropas

confiables y seguras, como era el cuerpo de granaderos.

Como ha sido dicho, avanzaba éste por la selva detrás de los jamaquinos y casi mezclado con los infantes; eran víctimas de los peores ataques de todos los insectos de la selva, que parecían despertados de un prolongado letargo para atacar la tropa. Por si a ello le faltara algo, el sudor corría por sus cuerpos, en parte debido a la larga caminata, en parte a las chaquetas de pana roja que constituían su uniforme y que les pesaba como si llevaran una bolsa de cereales a cuestas. En lo fundamental, porque el clima ecuatorial era insufrible para esos hombres, forjados en el duro invierno de las islas británicas.

¡Y la humedad! Si la temperatura era agobiadora, la humedad ayudaba a hacer más fastidioso el clima (aah!, doctor Johnson... ¡por qué no estará presente el doctor Johnson con sus ideas sobre la presión atmosférica, sosteniendo que es una mera sugestión humana!, diría un sufriente soldado si supiera quien era el famoso vate).

Los hombres marchaban por una región boscosa a la que no estaban habituados; a los sumo, podrían acostumbrarse a la picazón que producen los ácaros, que con abundancia se adquieren en los buques, pero esos pobres piojos, ahora hubieran sido víctimas del despiadado ataque de las sabandijas selváticas que en competencia con ellos demostraban la punzante disposición de sus agujijones.

En medio de la jungla, una formación de enredaderas y arbustos elaboró una ancha plazoleta terrorífica, rodeada de árboles silvestres plantados por Dios de una manera tan apretada que parecían abrir en el cielo un pozo azul. Un reposo tan inexplicable como aterrador reinaba en ese refugio, como si se tratara de un camino ancho y claro que se remontaba hacia las alturas de la divinidad. Tal vez al mismo

general de la infantería, sobrecogido por ese espectáculo, se le ocurrió hacer un alto para refresco y descanso de los hombres de la tropa.

De pronto, se descubrió que dos soldados escoceses, enrolados en el orgulloso cuerpo de granaderos, habían desaparecido de su regimiento. El general Wentworth maldijo por lo bajo la desaparición, que les provocaba una innecesaria demora, pero, aprovechando la detención, no quiso dejar atrás a sus dos hombres, inquieto sobre todo por saber si se trataba de desertores o los había acechado un peligro. Dispuso que un sargento, acompañado por varios soldados, hiciera la descubierta hasta localizarlos.

Cuando el recio suboficial los encontró, desandando el sendero por el que habían marchado, advirtió que ambos estaban arrobados observando una inmensa iguana, que, inmóvil, como si estuviera petrificada, les devolvía la mirada. El animal era imponente, color verdoso como las ramas de los árboles que hubiera trepado lentamente, pero con la seguridad de un felino. El suboficial, tratando de evitar por pura superstición cruzar su mirada con la del animal, les gritó:

-¡Imbéciles! ¡Por entretenerse en la contemplación de un animal del que hay miles iguales en esta zona perdieron contacto con el regimiento! ¡Retomen el sendero de inmediato y a la carrera!

Un soldado de nacionalidad portuguesa, que estaba entre los convocados por el sargento y se enrolara en los Granaderos del Rey en función de las prescripciones del Tratado de París de 1737, agregó, con la picardía peninsular que no había perdido y elevando la voz para dirigir las palabras tanto a su superior como a los demorados:

-¡Dicen que quien sostiene la mirada de una iguana o alcanza a cruzar un vistazo con ella será perseguido por la mala suerte! - se encogió de hombros - al menos esto es lo que sostienen en mi país, donde las iguanas abundan<sup>10</sup>... – dijo el portugués, feliz de haber provocado temor y dudas absurdas e infundadas entre sus camaradas.

A partir de ese momento pudo observarse al sargento y los soldados que habían escuchado al portugués tener la vista clavada en un punto fijo evitando, de ese modo, la posibilidad de encontrar la indiferente del reptil.

Reencontrado el regimiento con la totalidad de sus hombres, la dura mirada del comandante fue el único castigo recibido por los dos rezagados, a la que se sumó la grave condena de todo un ejército; pero se estaba próximo a realizar proezas de arrojo y violencia, el enemigo estaba cerca y la sanción debió esperar. Cuando el general Wentworth tuvo en las inmediaciones del fuerte todos sus soldados y bagajes ordenó el inicio de un bombardeo sistemático y meticuloso contra el castillo, cuyo jefe había jurado morir con sus hombres.

La concentración de disparos en algunos lugares puntuales hablaba a las claras de la intensión inglesa: abrir una brecha en las murallas. Sobre muy pocos objetivos, pues, apuntaron los tiros de los veinte morteros y cañones de a 18 y a 20 que habían acercado al frente de batalla.

Desnaux se arrepintió de no haber escuchado uno de los tantos

---

10 Se entiende que solo se trataba de una broma, porque en Portugal no hay tantas iguanas como para dar pie a esa fábula.



consejos de Lezo: limpiar de arbustos o malezas y talar los árboles en los alrededores del castillo, de modo no solo de facilitar los tiros de su artillería, sino obligar a los ingleses a mostrarse en campo abierto. En cambio, la fortaleza estaba rodeada por la selva, que llegaba hasta sus murallas. Pero ya era tarde para pensar en desbrozar; los ingleses estaban allí y sus cañones de campaña habían comenzado a disparar.

Vernon, por su parte, había destinado trece navíos de su armada para saturar el fuerte, que continuaba resistiendo (ya era el mediodía del 28 de marzo) pese al inmenso castigo a que fuera sometido y que continuaría los días siguientes, hasta el 31, en que los británicos pudieron vanagloriarse de haber destruido completamente la batería de Punta Abanicos y ultimado a la totalidad de sus servidores. Claro que la fiesta no les salió barata: una modesta balandra, anclada a la sombra defensora de esos cañones, batió de tal forma los navíos ingleses, que éstos debieron reconocer al menos un centenar de bajas.

Claro que Punta Abanicos fue recuperada al día siguiente por la acción valiente de un joven teniente de navío de apellido Polanco Capuzano, que con un puñado de bravos infantes de marina (cuerpo “inventado” dos siglos antes por el marino más notable de España: don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz) organizó un nuevo cañoneo contra los navíos ingleses.

Polanco llegó con una treintena de soldados y atacó sin miedo a los ocupantes de la batería que superaban el número de ochenta, pues habían sido reforzados con una compañía de granaderos. Los ingleses solo atinaron a ver cómo eran arrollados con total salvajismo antes de alcanzar a tomar sus armas.

Pero solo fue un estertor. El 4 de abril fue silenciada Punta Abanicos y el osado Polanco debió beber de su propia medicina. A pesar del empeño puesto, durante los días en que tuvo dominada la batería no pudo evitar que los navíos británicos continuaran asediando el castillo con la frecuencia de sus disparos.

Finalmente el general Wentworth comandó en forma personal el avance de las fuerzas de infantería contra la puerta del San Luis; a sus órdenes marchaban los negros jamaíquinos y la legión de Washington, que, para sorpresa del general, tuvo un desempeño valeroso y eficiente en la acción.

El coronel Desnaux quiso negociar la rendición del fuerte, pero sus parlamentarios fueron recibidos a tiros por los invasores. Pretendió recurrir a Lezo solicitando su auxilio, pero éste no pudo hacer nada porque la ubicación de la flota enemiga se lo impedía; sin embargo se abstuvo de recordarle la torpeza inicial, cuando debió formarse un Consejo con la concurrencia del virrey, momento en el cual el propio coronel hizo esfuerzos denodados para no caer en brazos de la inteligencia.

Librado, pues, a su suerte, Desnaux tuvo un raptó de ingenio. Esperó a que se abriera una brecha en las murallas para salir por la puerta principal con todos los sobrevivientes mientras los granaderos ingleses entraban por aquella. Fue una acción desesperada pero con fortuna, que hicieron bajo una poderosa lluvia de balas que les costó importantes bajas a los sitiados, pero finalmente ganaron los parapetos y pudieron salir en busca de las naves españolas que, con Lezo a la cabeza, los estaban aguardando en las aguas inmóviles de la bahía interior. Era el 4 de abril de 1741.

Cuando advirtió que la toma del San Luis era definitiva, el almirante español con gran dolor puso en marcha las medidas que pensaba adoptar para obstruir el paso de la armada inglesa. Se decidió e hizo hundir – previo desmantelamiento – los principales navíos de su flota: el San Carlos, el San Felipe y el África. No tuvo igual fortuna con su nave insignia, el Galicia, que no naufragó, sobrevivió y fue capturado por los ingleses junto a su capitán, de apellido Jordán, el bravo oficial de infantería Alderete (después tuvo su recompensa: fue canjeado en un intercambio de prisioneros con los ingleses) con sus subordinados y unos treinta integrantes de la tripulación.

Lezo, desde la balandra donde se había refugiado al hundir sus navíos, no daba crédito a lo que veía el único ojo hábil que tenía: navegando con las inflexiones necesarias para no dar con los mástiles de los buques recién echados a pique, avanzaba hacia la bahía la armada inglesa. La flota ¡hundida para nada!

Las sorpresas no terminaron ahí para el sufrido marino de España. Vernon se apoderó del Galicia y lo sumó a su poderosa armada. Y encima de todo, el sacrificio de su flotilla perdida fue inútil: el almirante inglés ingresaba victorioso y soberbio por la entrada de Bocachica. Los “anillos” defensivos de Cartagena fueron impotentes para detener a la armada de Vernon: el fuerte, a cuya eficacia estuviera confiada la ciudad, destruido.

¿Y la cadena? Una vez aniquilada la fortaleza resultó absolutamente inservible: la retiraron los invasores. Lezo habría supuesto que la que había visto impedir el paso de piratas saqueadores en su Parajes natal, debía su éxito al hecho de haber sido instalada al pie de los montes

cantábricos. Si aquella debió su eficiencia a que las costas eran montañosas, ésta la habían colocado en una región de llanuras ... y ahí estaban los resultados.

Pero no se debió al emplazamiento en la llanura: servía la cantábrica para rechazar los buques que se aventuraban en ese paso sin conocer su existencia. Era absolutamente superable cuando formaba parte de una batería que daba respuestas a una invasión en regla.

Por si a la amargura que produjo la flota hundida le faltara todavía una mueca, el virrey aprovechó la atormentada actitud de Lezo para enviar una carta a la Corte madrileña, despreciativa e injustamente crítica sobre la medida adoptada por el infortunado hombre de mar. La Corte de Felipe V dispuso la comparecencia de su valiente soldado, pero esta medida no pudo llevarse a cabo, justamente por las acciones de guerra que habían tomado los británicos y que se estaban llevando a cabo en ese preciso momento.

## **7) INGRESO DE LOS INGLESES A LA BAHÍA**

Lo que ignoraba Lezo era que el bochorno habría de acompañar al efímero éxito del almirante Vernon. Cuando penetrara las aguas calmas de la bahía, consideró el inglés que Cartagena ya estaba en sus manos y con total imprudencia y megalomanía le informó a su rey de la derrota de España, tal como en su momento se dijera. Esa temeraria afirmación hecha por anticipado, dio pie para que Jorge II hiciera acuñar las medallas que después fueron sacadas de la venta y de circulación, cuando la realidad les hizo conocer la derrota a manos de Medio

Hombre.

Por su parte Lezo, olvidando el cansancio personal, dispuso que algunas tropas de refresco se dirigieran al castillo de Santa Cruz y los navíos que permanecían en el canal de Bocagrande (Dragón y Conquistador) se desplazaran hacia el que comunica aquél fuerte con el de Pastelillo. Es cierto que toda la bahía quedaba a disposición de Vernon, pero – pensaba Lezo en momento- la llegada a Cartagena se encontraría obstruida por esos escollos que frenarían el ataque final.

Vernon, que avanzaba por la bahía casi con indiferencia, optó por hacer conducir su navío, el Princess Caroline, a una saliente de la isla de Tierra Bomba donde situó su cuartel general.

## 8) ATAQUE AL SAN FELIPE

El almirante inglés rechazó la pretensión de Wentworth de embestir Cartagena por el sur o el oeste (previa toma del fuerte Manzanillo) y en cambio resolvió atacar el castillo de San Felipe. Como eterno oportunista, se basó en forma exclusiva en los datos que le alcanzaran sus espías acerca del estado de ese fuerte, que con lujo de detalles le referían sobre su precario estado de conservación: (“...con la (sola) exposición a la intemperie alcanza para advertir su próximo desmoronamiento; ...” “sus baterías están revestidas de ladrillos...” “se sabe que desde el año ‘62 hasta el presente no han cesado sus obras...”).

Evidentemente, los ingleses ignoraban que el San Felipe de Barajas se había convertido en uno de los orgullos de la ingeniería moderna y Vernon habría de pagar caro ese desconocimiento. Como fuera

referido, el rey de España – poseído quizá por una llamarada de ingenio (o por la presión de Patiño, o por la experiencia que dejara el barón de Pointis) – dispuso que el principal arquitecto de su Corte (un italiano), viajara a Cartagena para diseñar las reparaciones necesarias in situ. El resultado de esa decisión fue la transformación del castillo en la fortaleza más inexpugnable de América y tal vez la obra más rutilante que una potencia europea hubiera construido fuera de su territorio.

Los fondos necesarios fueron transferidos con absoluta puntualidad, sin que en ningún momento, urgencias impostergables, hubieran permitido que se echara mano de esos recursos. Provisto de túneles que eran un alarde de la perspicacia humana, tenían, además, una cuota interesante de viveza; ya nos hemos referido al empleo del agua destinada a anegarlos, asegurando, en función de las distintas estaturas, la supervivencia española y el ahogo o rendición de los ingleses.

Como se suponía con correcta lógica que el enemigo los utilizaría para mandar su tropa al interior del fuerte, el arquitecto dispuso que se construyeran cada tantos metros, una especie de “buche” o nicho, desde los cuales los defensores escondidos en su interior, pudieran hacer fuego contra los invasores. Es cierto que la tropa enemiga, para salvarse, podía continuar a la carrera tratando de superar esa emboscada, pero unos pocos metros más adelante se volvería a topar con un nuevo nicho. Mientras tanto, el agua comenzaba a subir.... Demostrando que por algo se lo consideraba el más brillante de todos, el arquitecto dispuso que se construyeran nichos a ambos lados de los túneles, para que la tropa enemiga ignorara desde que lugar le llegarían las balas, pero cuidó que los mismos no estuvieran enfrentados, e impedir, de ese modo, que las balas perdidas hirieran a los propios

compañeros.

La perspectiva de atacar a los invasores en los túneles no era remota: una vez que éstos ingresaran al castillo, era previsible que fueran a los laberintos para evitar que después los defensores salieran de ellos y los tomaran por la espalda. Es de imaginar que una parte de la tropa española fingiría huir, para dejarle el “campo orégano” (como diría Martín Fierro, el inolvidable gaucho inmortalizado en el poema de José Hernández, cuando el protagonista se decide a huir de las tolderías indias) a los atacantes, quienes, al ingresar a los túneles, quedarían a merced de los defensores, que los atacarían en los nichos descriptos (se los llamó “túneles” siguiendo una costumbre lingüística, porque en rigor, ese laberinto de pasadizos, estaba situado en lo alto del castillo, y no bajo tierra como sugiere la expresión “túnel”).

Abundaba el agua en el castillo; estaba provista por importantes aljibes y cisternas encargados de recolectar las lluvias que con prolífica generosidad caen del cielo. Las paredes fueron construidas con ladrillos y argamasa y existían, además, numerosos cuartos con catres para descanso y frescos de la tropa.

En la mente de Vernon ya estaba latente el nuevo plan que había elaborado después de la captura de la estafeta que iba hacia Cuba: realizar una operación de pinzas y llegar al cerro de La Popa con las fuerzas que ingresaran por La Boquilla (“No puede ser que ese lugar resulte infranqueable, después de haber dominado los “anillos” de Bocachica” – suponía Vernon) a las que habría de agregar las que él en persona traía de Bocachica. “¡Cartagena ya es mía!” – pensó Vernon.

Había llegado el día 11 de abril y los ingleses, que avanzaban hacia

su objetivo abrumando la oposición que se levantara contra ellos, iniciaron el exitoso ataque al castillo de Cruz Grande, en la fortificada península de Santa Cruz, con el propósito de proteger su flanco izquierdo en el asalto final a Cartagena. Lezo ya había impartido precisas instrucciones a los defensores. Por lo tanto no fue un gesto que causara sorpresas – al menos a España - cuando el mismo día del ataque, la guarnición, completada por los refuerzos enviados por el propio Lezo, se retiró sin disparar un tiro. Las instrucciones fueron escrupulosamente acatadas.

Lezo también ordenó hundir el Dragón, el Conquistador y varios mercantes en el canal de acceso a Cartagena, pero la suerte de nuevo no lo acompañó: la popa del Conquistador que había quedado flotando a media agua, los ingleses le echaron un cabo y remolcaron el navío fuera del canal. Pronto la armada de Vernon, soberbia e imponente, apareció con majestuosa solemnidad navegando en dirección a Cartagena.

Ya ningún obstáculo podía oponerse al inglés y solo la resistencia heroica de una ciudad podía demorarlos. La tenacidad de sus habitantes y el baluarte de La Popa, que como centinela aguerrido parecía proteger el casco, su suburbio y el sorprendente fuerte de San Felipe, eran la única dificultad para que la toma de Cartagena no hiciera reales los sueños de Vernon.

Fondeados en las afueras de la ciudad-puerto, alejados del alcance de los cañones españoles, los ingleses comenzaron un riguroso bombardeo de la urbe. Con meticulosa saña, sometieron el centro y las afueras (el barrio de Getsemaní) a un cañoneo prolijo y devastador, con la tranquilidad de quien sabe que no encontrará represalias; ni el



ataque de navíos enemigos podía ser esperado. Arrojar proyectiles sobre Cartagena era como concurrir a un campo de tiro al blanco. Para colmo muchos de ellos eran incendiarios, con lo cual el fuego se esparció por la ciudad. Comenzó a faltar el agua dulce, pues la domiciliaria y la de los aljibes se destinaba a apagar los focos que se sucedían.

Solo quedaba en las inmediaciones una balandra francesa renuente a partir, que había permanecido en los dominios de España desde los tiempos del almirante D'Antin, la que fue sometida a los tiros de cañón que los ingleses disparaban desde el fuerte Santa Cruz, recientemente evacuado por los españoles. Pero cuando se vio intensamente agredido, el capitán francés no lo dudó: en las inmóviles aguas del puerto, también él incendió y hundió la embarcación.

## 9) DE REGRESO A LA CARTA DEL INGLÉS

La extensa carta de James Left relata lo mismo con distintas palabras: el día 8 de abril, por ejemplo, le dijo a su padre que ya estaban preparados para atacar. Pero el cambio de planes orquestado por Vernon - para cuya información había convocado el último Consejo de Guerra - se había puesto en marcha. La dotación a la que pertenecía el muchacho debía hacerlo por La Boquilla, tierra que James conocía de sobra, y cuya cabeza de playa el almirante inglés había conceptualizado imprescindible conquistar.

Recordó Left que en su informe desaconsejó el desembarco en ese punto, cuya geografía resultaría hostil para quienes fueran atacantes. Pero – pensó – la superioridad habrá evaluado ese informe y si a pesar

de todo insiste en desembarcar en esta zona, alguna razón tendrá, algo que escapa a la visión estrecha de un subordinado.

## **10) ATAQUE A LA BOQUILLA**

Con el rutinario movimiento del mar sacudiendo levemente su casco por los vientos que amainaban al atardecer, el navío que comandaba el capitán

Mayne se dirigió hacia La Boquilla. Dispuso que las tropas estuvieran listas en cubierta para entrar en acción.

Cuando era noche cerrada, ya la tropa estaba formada, dispuesta a intervenir. Left apretó con fuerzas el fusil que tenía en sus manos y fijó sus ojos en la cara de los soldados que tenía bajo su mando.

El enorme negro jamaquino que oportuna y felizmente le diera el lubricante contra los tiburones estaba descalzo y con el torso desnudo. Su única arma era un inmenso machete que llevaba en la mano derecha, desenvainado y filoso y los rasgos de su cara mostraban los signos fatalistas y resignados de una raza maltratada.

Por cierto, todos los hombres mostraban la tensión del momento y sus rostros evidenciaban los rasgos de la personalidad que tenía cada uno: los había hoscos, con la mirada reconcentrada; astutos, con los ojos inclinados y la perfidia dibujada en sus expresiones; atemorizados, con la vista huidiza y baja. Por supuesto, también los había bisoños, con los nervios y la ansiedad de un espíritu que pronto habría de ser sometido a la opción de muerte o supervivencia.

Left terminó esa recorrida visual que le permitió tomar conocimiento directo de sus subordinados y confiar en ellos según sus cualidades y estado de su ánimo. El grupo lo componía, además, un pequeño puñado de suboficiales, cuya reciedumbre y serenidad eran perceptibles a simple vista.

Él había sido colocado al frente de una comisión y conocía su deber, que lo llevaba a obrar con intrepidez, pero con la eficiencia de quien debe cuidar a muchas personas. Admirador incondicional del doctor Johnson, participaba de sus pensamientos, que para Left tenían el grado de consignas. Con la tensión del momento, vinieron a su mente aquellas expresiones filosóficas del notable literato: "... en la sociedad civilizada todos dependemos unos de otros y gran parte de nuestra felicidad depende de la buena opinión que de nosotros tengan los demás...". La integridad de cada uno de esos hombres, la suerte que pudieran correr en el enfrentamiento y su vida misma, era algo que le incumbía a él, y pesaría siempre sobre su conciencia. Mantenerlos unidos, haciendo que la actuación de cada uno influyera en el resto, y la de todos fuera decisiva en la seguridad de cada uno, era un deber anexo al mando que le habían conferido. Así lo entendía y así lo había asumido.

-A más honor, mayor responsabilidad – dijo para sus adentros y se dispuso a subir con sus hombres a la lancha de desembarco que lo conduciría a La Boquilla.

# CAPITULO X

## PLANES DE ATAQUE Y DEFENSA

### OCÉANO ATLÁNTICO

Bocachica

----- .....

Bocagrande

Cartagena

140

Fuerte San José Cadena Fuerte San Luis Bocagrande

Santa Cruz La Boquilla

CC

Carex o Tierra Bomba

Getsemaní

Mas

Isla Barú Crespo

Cerro San Lazaro

141

Caño del Ahorcado

Fuerte San Felipe

Bahía Interior

Ciénaga de Tesca

La Popa

Fuerte Pastelillo

Isla de Manga

Islas San Pedro Mártir

Caño de-- Gracia Continente

142





## CAPITULO XI

### COMIENZAN LAS DIFICULTADES

#### 1) COMBATES ENA BOQUILLA

Desde varios navíos y transportes bajaron lanchas cargadas de tropas con destino a La Boquilla. Comandaba el desembarco el coronel Armstrong y Left lamentó para sus adentros no encontrarse en las cercanías de ese oficial para transmitirle sus conocimientos de la zona.

La silueta de los ingleses se recortaba contra las dunas a la apagada luz de la luna, que comenzaba su periplo descendente. ¡Cuántos somos! Pensó para su colete James, tal vez recordando la soledad de su expedición.

Armstrong esperó el desembarco de la última lancha, las contó con la minuciosa obsesión de que suelen hacer gala los ingleses y después, en voz baja, dio instrucciones a sus soldados. Se habían distribuido cogoteras entre todos ellos, no solo con el propósito de que su nuca estuviera protegida del sol tropical a partir del amanecer, sino que además quedaran a resguardo de la picadura de los bichos que abundaban en la zona. Esos insectos podrían hacer más complicada la vida del soldado que las balas enemigas.

En silencio había que dirigirse a las baterías Crespo y Más y tomarlas aún a costa de los mayores sacrificios.

-¡Yo mismo, con mis propias manos voy a ejecutar al condenado



soldado u oficial que haga el menor ruido! – dijo Armstrong a su tropa en un susurro que era más elocuente en la medida en que su expresión corroboraba la veracidad de lo afirmado.

Sabían que los españoles no solo estarían atentos, sino que la vigilancia debían haberla reforzado de manera conveniente. Pero por eso el golpe habría de ser sorpresivo, fundamentalmente para que no pudieran utilizar el fuego de los cañones.

En consecuencia los gritos, en los que se mezclaran ambas lenguas, sólo pudieron escucharse en forma simultánea con los primeros disparos. Comenzó con juramentos e imprecaciones en español y terminó con palabrotas salidas de bocas inglesas. Finalmente, La Boquilla cayó en manos británicas.

Los muertos, heridos y prisioneros capturados, pertenecían al regimiento de Aragón, famoso tercio que se batiera heroicamente en Europa durante siglos con muchos encontronazos armados en su haber. El júbilo de los ingleses no podía ser mayor: no solo habían capturado La Boquilla - desde allí podía plantarse una cabecera de playa desde donde podría desembarcar el resto del ejército y trasladar con seguridad la artillería de campaña – sino que además lo habían hecho derrotando en esa escaramuza a uno de los cuerpos más aguerridos de Europa.

Pero por más que buscaron entre aquellos, no pudieron dar con el comandante del batallón. Había desaparecido. Armstrong maldijo su poca fortuna; se hubiera sentido seguro si lo hubiera podido contabilizar entre los muertos o prisioneros. Sabía que el honor y el orgullo por exhibir una victoria habrían de ejercer una influencia

decisiva en él y eso lo obligaba a permanecer en permanente vigilia. Redobló, pues, la acción de los guardianes; dispuso rondas estables, advirtió a los rondines que tuvieran los ojos bien abiertos, reforzó los centinelas, y previno a todos los oficiales para que extremaran el cuidado.

No se equivocó. El comandante del batallón aragonés era el capitán Antonio de Molas, un hombre que a la valentía, sumaba la terca insistencia de la raza. Con lo que había quedado de su fuerza se presentó ni bien rompía el alba – ya era el 19 de abril – ante el virrey, a maldecir el reciente descalabro e informarle que los ingleses habían ocupado La Boquilla. Eslava escuchó el relato del capitán con gesto preocupado; sin embargo, imaginando conocer el paño, reforzó a Molas con doscientos hombres más y le ordenó regresar a La Boquilla, recuperar las posiciones arrebatadas e impedir que los ingleses se hicieran fuertes en ese lugar.

Molas escuchó las instrucciones del virrey con la viva impresión de quien está esperando, precisamente, esa decisión para hacer lo que más desea. Que ese desahogo placentero fuera transmitido con el carácter de una orden acentuó la dicha del capitán. Arengó la tropa recibida y los despojos del tercio con brusquedad:

-“¡Demostrémosle a esos herejes que no somos gallinas, para permanecer recogidos en una aselada!!”. Con los restos del batallón que comandaba más los soldados recibidos como refuerzo regresó a La Boquilla y enfrentó el desembarco inglés. Estos, a pesar de la clara advertencia del coronel Armstrong, estaban relajados, con la sensación de “flotar” en el aire, estado que se apodera del individuo con posterioridad a un gran esfuerzo o una victoria.

Los restos del tercio lo hizo con tal vehemencia y convicción, arrastrando los refuerzos con su épica convicción, que los ingleses se vieron desbordados por esos soldados que avanzaban indiferentes a sus balas, llevando el fusil con las bayonetas ya caladas, dispuestos al enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Los aragoneses, reforzados por los neogranadinos arrollaron en pocos minutos a la infantería inglesa y dieron muerte a la mayoría de los oficiales británicos.

En medio del ataque hispano, un aragonés de escasa estatura atacó a un soldado de Escocia y le abrió el vientre con la bayoneta. La víctima se sostenía las vísceras e iba perdiendo fuerzas en la medida en que la sangre brotaba a borbotones de la herida. Sus ojos - muy abiertos - eran indicadores de sorpresa más que de odio; todo hacía presumir que no faltaba mucho tiempo para que el pobre los cerrara para siempre. Con un golpe de vista, Left comprendió que se trataba de un hombre suyo e, irracionalmente, interpuso su cuerpo para impedirle al aragonés terminar su tarea. Extrajo su espada (en rigor de verdad ya la llevaba desenvainada desde el comienzo del ataque) y trató de desviar la bayoneta dirigida al soldado herido; lo hizo con relativa fortuna, pues si bien logró el propósito de que el arma no llegara al destino tambaleante del soldado escocés, no pudo impedir que su cuerpo fuera recipiendario de la embestida.

El aragonés estaba “lanzado” y un soldado en esas condiciones resulta irrefrenable. Cuando en su camino se interpuso Left, instintivamente sintió que debía ultimarle. Advirtió que el de Escocia prácticamente estaba fuera de combate y llevó con decisión la bayoneta al pecho del oficial que se había interpuesto en su accionar. Cuando Left vio que el soldado había enderezado el arma contra él,

alcanzó a girar protegiendo su torso con la espada, pero no pudo impedir, en cambio, que el acero se incrustara en su brazo izquierdo. Sintió – aún no había llegado el dolor – cómo abría sus carnes el acero español, precursor de su inmediata pérdida del conocimiento. La sangre comenzó a fluir de la herida en forma de torrente incontenible. Quedó sin fuerzas y cayó; buscó con la mirada al soldado de Escocia por cuya salvación estaba a punto de dar la vida y lo último que alcanzó a ver antes de perder el conocimiento fue que el hombre no podía agradecerle el gesto: había muerto. El intento había sido vano.

Malherido en su brazo izquierdo, James no pudo zafar del destino de toda su unidad. Ni sus oficiales superiores ni el coronel Armstrong pudieron hacer nada para escapar al desastre.

Los Tercios de Aragón continuaron masacrando a los soldados enemigos. Aquellos pocos que pudieron escapar a esa brutal carnicería, fueron tomados prisioneros en medio de un recio baño de sangre. Los españoles, que habían recuperado las baterías Crespo y Mas, recobraron el control de La Boquilla.

Perdió Left mucha sangre; cuando abrió los ojos una monjita de Nueva Granada lo estaba curando, mientras un soldado de porte insignificante, con mirada indiferente y semblante doméstico, custodiaba la puerta de la enorme sala: estaba prisionero. No pudo evitar el recuerdo del momento en que fue herido e imaginó en combate al centinela que custodiaba a los prisioneros: se transformaría en una máquina cuya ferocidad solo sería emulada por el deseo de cumplir con su deber.

-Mal dato había sido la información que daba a los españoles como

una banda de afeminados, prontos a la desertión – pensó el herido.

El convento donde se encontraba herido y prisionero estaba en Cartagena, pegado a la muralla, como podía apreciar con la vista, apenas asomaba ésta a la ventana, rigurosamente enrejada. La diligente monjita pertenecía a la orden de las clarisas, que, como siervas de Jesús por medio de Santa Clara, llevaban su hábito de tonalidad amarronada, semejante al de su inspiradora.

La hermana, con premura y tratando de evitar al herido las mortificaciones por las que debería pasar de acuerdo a la medicina de entonces, había aplicado un vendaje apretado. Éste, además de detener la hemorragia, con su opresión forzaba a que las carnes desgarradas se unieran.

Por cierto, la caridad que practicaba esa orden parecía una premonición del destino que habría de tener ese convento en el siglo XIX: el Estado lo transformó en hospital.

En verdad, cuando el visitante interroga en silencio las mudas murallas de la ciudad, piensa en aquella Bula (“Pericolosi”, año 1570) que emitiera Pío V, el santo que fuera Papa de la cristiandad. Ese auto ordenador de la disciplina, severo con las órdenes cuya corrupción revirtió, tuvo excepciones en los dominios de España, que fue excluida de ese rigor precisamente por su denodada lucha contra el libertinaje. De hecho, los españoles vivieron esa etapa acuciados por el espíritu religioso de Felipe II, que murió en 1598. Pero ya para 1621 fue comenzada la construcción del edificio que la orden de las Clarisas tenía en Cartagena de Indias, demandando al arquitecto verdaderos malabarismos de imaginación e inteligencia para impedir el contacto de

las internas con los invitados, sujetos imputados de ser portadores de sensualidad y pecado. A tal punto llegó la obsesión arquitectónica, que el experto recurrió a la figura del torno, que hace posible las entrevistas sin que puedan verse los visitantes con las pupilas. Por ese nombre se conoció el paseo del convento: “del torno”, costumbre que estuviera vigente hasta que legislativamente fuera aceptado y reconocido en forma oficial. A partir de entonces luce esa designación: se la llama “calle del Torno”.

OooooooooOooooooooO

Los sentimientos del muchacho ingresaron en un terreno confuso. Sentía un enorme dolor por no haber alcanzado la victoria en la primera escaramuza a la que lo enviaran. Ese padecimiento adquiría contornos que le llevaban lágrimas a los ojos cuando pensaba en los hombres que estaban bajo su cuidado y en los oficiales que eran sus amigos: todos muertos, según él mismo había podido comprobarlo antes de la herida de la que estaba recuperándose. Al mismo tiempo, una alegría inmensa lo colmaba de dicha: ¡había salvado la vida!

Esto no era cosa de poca monta; es cierto que se encontraba prisionero de los españoles, pero esa situación podría cambiar. Marian debía saber de su infortunio y también de su suerte.

-Del cementerio no se regresa jamás - pensó sin poder evitar que un escalofrío corriera por su espalda al imaginar esa escatológica posibilidad.

Mientras James Left despertaba de su letargo, la guerra seguía su curso.

## 2) LA BUENA ESTRELLA ABANDONA A VERNON

La víspera del revés inglés en La Boquilla, el almirante Vernon recibió una desagradable información del general Wentworth. Tal vez fuera un anticipo de la que habría de llegarle al día siguiente, proveniente de La Boquilla. Le señalaba que era muy dificultoso para los invasores, ingresar por el costado de la isla de Manga y desembarcar la artillería de campaña, que consideraba imprescindible para tomar después el castillo de San Felipe.

Visto con la perspectiva de los años, ése fue el momento en que Vernon comenzó su cuenta regresiva. Hasta entonces, todo había resultado a su favor: capturaron el fuerte Pastelillo (en realidad, esto solo fue un hecho de escasa monta; los ingleses le habían arrebatado toda la Isla de Manga a sus enemigos), tomaron la isla de la Santa Cruz y la fortificación de Cruz Grande. Sobre todo ¡habían logrado trasponer los “anillos” de Bocachica! Desde Pastelillo, sometieron a un bombardeo ininterrumpido el barrio de Getsemaní y el cerro de San Lázaro.

Los ingleses, que se habían apoderado de la bahía interior vieron cómo el hundimiento voluntario de los buques españoles no solo no impidió el tránsito enemigo, como ya se dijo, sino que a partir de ese momento navegaron y bombardearon a placer las posiciones de España (al menos hasta que, al acercarse los navíos ingleses a la costa, ésta respondiera con violencia y efectividad al fuego que recibía).

Vernon se sometió a sí mismo a la pregunta más incómoda a que

puede estar sometido un comandante:

- ¿Y si se sentaba a esperar que el enemigo diera un paso en falso?

-Demasiado riesgo – pensó Vernon, después de analizar a fondo esa posibilidad.

El día 12, el almirante Lezo había recorrido la tierra firme en dirección sudoeste y dejado un importante refuerzo en el fuerte del Manzanillo, imaginando que los oponentes ingresarían por la bahía y, dispuestos a atacar el San Felipe, primero tratarían de silenciar ese fuerte para evitar ser tomados por uno de sus flancos (en cambio, Vernon dispuso ir de inmediato contra el San Felipe, lo cual fue motivo de una encendida disputa con Wentworth, que reclamaba lo opuesto: ya que no se invadía en forma directa Cartagena, dominar Manzanillo para después, con las manos libres y los soldados que no se necesitaran en ese fuerte, atacar el último reducto español).

Los soldados ingleses que llegaron desde la isla de Manga cruzaron con los buques (quizá fue esta la última acción impune de Gran Bretaña) que ya navegaban como si fueran dueños de la bahía interior (y de casi todas sus costas, salvo por los cañonazos que debieron encajar) y se dirigieron hacia el cerro de La Popa, que ya había sido tomado por otra división inglesa, proveniente de La Boquilla (la infantería británica que no se había visto comprometida en la lucha con el tercio de Aragón y había conseguido pasar “de largo”).

Lezo había previsto este ataque a La Popa, pero su premonición fue otra de las causas del enfrentamiento que tuvo con el virrey. Éste dispuso que se cavaran fosas y se levantaran empalizadas en el sector



noreste de las baterías; Lezo, demostrando ser un estratega sagaz, había sugerido a su superior político instalar las defensas al sur, previendo que por ese sector, proveniente de la isla de Manga, marcharía la principal fuerza militar de los ingleses. Por supuesto, el virrey insistió en su postura y ordenó colocar vallas en el sector que había elegido.

Por otra parte, desde los navíos ingleses – a los que se sumaron algunas bombardas – se lanzaron incontables proyectiles hacia el cerro de San Lázaro, que no podían ser respondidos con eficacia dado el menor alcance de los cañones de España. El empleo discrecional de esa artillería naval permitió a los ingleses desplegar una importante formación de infantería que dio rápida cuenta de todos los enemigos que encontró hasta llegar a La Popa, ya capturada por sus camaradas.

De más está decir que este fuerte no pudo ser defendido “hasta el último hombre” por los españoles, dado que hubiera sido una carnicería insensata, la que se habría sumado al temor razonable de verse rodeados y sin salida.

El virrey, lejos de los tiempos que se requieren en un combate trasladó precipitadamente al sur su ejército que estaba al noreste, pero lo hizo al descampado, exponiendo a sus hombres, sin una cubierta útil, muy comprometidos a los proyectiles de los cañones navales. No hubo para ellos amparo de ninguna naturaleza; ni siquiera tímidas empalizadas que pudieran dar a los soldados algo de cobijo.

Por supuesto, con esa actitud equivocada y lenta, no fue de extrañar que al poco tiempo (17 de abril) el fuerte lindero al convento de La Popa cayera en manos inglesas, como se dijo.

Lo que aún no sabían los españoles era que los soldados ingleses habían logrado la captura de esa elevación con gran fatiga, sin el apoyo de la artillería de tierra, imprescindible para preparar el terreno con el fin de realizar un posterior asalto. La falta de baterías de campaña no solo se tradujo en un mayor sacrificio para capturar el reducto enemigo: su ausencia impidió aprovechar la altura para saturar con bombas el castillo de San Felipe, como hubiera aconsejado una sana doctrina militar.

El caso es que al 18 de abril, los ingleses habían capturado la entrada a la bahía interior (habían superado los “tres anillos”); menos el fuerte de Manzanillo, Cartagena y San Felipe de Barajas, el resto se encontraba en su poder. Un pequeño esfuerzo más y habremos completado nuestra misión, pensó el almirante Vernon. No imaginó que ese “pequeño esfuerzo” habría de ser su tumba y el encumbramiento de Blas de Lezo.

Si San Felipe no se hubiera sostenido, Cartagena habría caído, porque resultaba muy probable que el camino a la ciudad-puerto quedara allanado. Por supuesto, no sabían quienes tenían a su cargo la defensa que los invasores carecían de artillería de campaña y la que existía en La Popa, los españoles se habían cuidado bien de inutilizarla.

### **3) COMIENZA EL DESCALABRO DE LA INVASIÓN**

Las diferencias entre el virrey y el almirante Lezo se acentuaron; si las relaciones entre los dos nunca habían sido estrechas, ahora que ambos se encontraban en el castillo de San Felipe de Barajas,

alcanzaron el nivel de ruptura. Ello ocurrió a raíz de la captura de un traidor portugués, que revistaba como granadero de España y, pasado en el combate a las filas inglesas, había sido capturado por los servidores del San Felipe. Mientras Lezo era partidario de su inmediata ejecución, el virrey sostenía la necesidad de curar primero las heridas del prisionero para después juzgarlo.

Como siempre, el hilo se cortó por lo más delgado, y el virrey relevó del mando a Lezo. Con la sensación de haberse quitado un estorbo de encima, le ordenó retornar, sin grado ni mando, a la ciudad heroica. En realidad, el conflicto surgido por el portugués traidor le había caído justo para desprenderse de ese tullido incómodo; ahora completaría su objetivo mandándolo a Cartagena.

Sin embargo, Medio Hombre rechazó la decisión. Resolvió permanecer en San Felipe, dispuesto a defenderlo aún como soldado raso.

-Allá él – se dijo Eslava a sí mismo encogiéndose de hombros, pensando que un hombre degradado no habría de causar problemas

Finalmente, la tensión entre esos dos hombres, forjados en la bigornia que desprecia el peligro, cuando estaban a punto de pasar a la faz física, fue providencialmente interrumpida por los ingleses, que llegaron hasta las murallas del castillo con una petición. La prueba de virilidad y coraje de ambos debió esperar.

El parlamentario inglés solicitaba una tregua humanitaria: pedía unas horas para dar sepultura a sus muertos que habría de hacer recoger en las inmediaciones del convento, y retirar a sus heridos. La

respuesta de Eslava fue civilizada: concedió las horas necesarias para retirar el cuerpo de los muertos, pero lo negó con respecto a los heridos. El capitán Alderete (el mismo que fuera capturado por los invasores y canjeado después) – a la sazón comandante interino del San Felipe – respondió a los gritos desde lo alto de un hornabeque:

-¡Os damos tres horas para retirar a los muertos; los heridos ya están siendo bien atendidos por las monjas y revistan como prisioneros nuestros! ¡Decidle esto al almirante y además, que para tomar Cartagena primero deberán dominar este castillo! – agregó el bravo Alderete de su propia inspiración como si fuera Fandiño.

Los ingleses encajaron la respuesta, saludaron militarmente con la rigidez con que suelen hacerlo todas las formaciones regulares del mundo y se retiraron acompañados por los acordes marciales que arrancaba a su instrumento el tambor que los escoltaba.

Por supuesto, el secreto y el enfrentamiento de ambos ejércitos no permitía saber que los británicos tenían muchos contratiempos. Las dificultades fueron advertidas por el almirante Lezo, siempre astuto y prevenido para encontrar debilidades en sus oponentes.

En la soledad, Lezo cavilaba que, cuando se retiraron del convento de La Popa hacia el San Felipe no fueron hostigados por el enemigo. Se preguntó: ¿por qué no fuimos importunados por los ingleses? ¿Cuál fue la razón para desistir la persecución de soldados que prácticamente huían del frente?

A juzgar por el furibundo cañoneo que llegaba desde la armada inglesa a La Boquilla, las baterías Crespo y Más continuaban

resistiendo, y en apariencia su situación no se veía desesperada: ¿Sería que la acción del capitán Molas había dejado a los británicos sin refuerzos, sobre todo de artillería?

Sin dudas, la acción del capitán Molas había dividido el ejército británico, pero ¿también se habían “cortado” los refuerzos que debían mandarse desde la flota al frente de batalla? Era de toda evidencia que a bordo de la flota había quedado una parte importante de la artillería de campaña. En este momento, ¿era posible que la flota inglesa, majestuosa en buques y soldados careciera de tropas para trasladar al frente recursos indispensables? Parecía imposible, pero debía ser así. Era evidente que el enemigo había dispuesto que la captura de La Popa fuera el resultado de una operación de pinzas, pero... ¿los ingleses habrían sido “cortados” de su retaguardia en el mar por el comportamiento bravío del regimiento de Aragón?

Tragando su orgullo, Lezo le transmitió a Eslava estas dudas, sugiriendo – solo fundado en su premonitorio olfato – acometer a los ingleses a campo abierto esa misma noche, sorprendiendo de ese modo al enemigo con un contraataque tan imprevisto como audaz. En realidad no era disparatado el plan; había muy poca luna y se trataba de una “noche unánime” (como diría Borges algunos siglos después) en la que un ataque sorpresivo conseguiría dilacerar las carnes inglesas.

Pero el virrey confiaba más en la protección de las fortalezas, en los disparos de sus soldados desde el amparo de las murallas y después de pensarlo y cavilar sobre ello, declinó la propuesta. Igual, dando muestras de valor personal, Lezo se inclinó por defender el fuerte y, naturalmente, permaneció en él. El virrey había cerrado los ojos.

Pero la presencia de Lezo, aún como soldado raso, resultaba una incomodidad, sobre todo habida cuenta que las órdenes del virrey, para ser ejecutadas, debían ser convalidadas por Medio Hombre, pues la oficialidad destinataria de aquellas, con posterioridad interrogaba con la mirada al tullido almirante. Se alcanzó a escuchar un pensamiento del virrey, emitido en forma de tenue bisbiseo: “aunque pensándolo bien... ya Lezo ha dado el primer paso de evidente humildad al sugerirme sus convicciones más íntimas... quizá es el momento de reparar antiguas cicatrices restituyéndole el mando ... – imaginó con picardía Eslava. El momento era propicio para unir voluntades frente al enemigo; ya habría tiempo más tarde para dilucidar los aciertos de cada uno, y el virrey confiaba en sus relaciones estrechas y cordiales con la Corte madrileña.

Devolvió, pues, el mando al almirante Lezo, cuya primera orden, dispuesta en presencia del virrey, que nada hizo para contrarrestarla, fue organizar la ejecución del traidor de Portugal.

La siguiente estuvo relacionada con el espionaje: convocó a dos voluntarios para que simularan ser desertores, a los efectos de conducir hacia el fracaso al menos una de las columnas que los ingleses utilizarían para el ataque (lo que daba por seguro). La parodia consistía en aparentar ser desertores, ganar la confianza de los comandantes ingleses ofreciéndose como “guías” de las columnas de ataque, y después de confundirlas, dejarlas a merced de los defensores del San Felipe. Casi nada.

Se presentaron varios sacrificados y conscientes soldados (sabían que si eran descubiertos por los británicos, la pena sería la muerte), pero la selección no fue sencilla. Debían – además de valor – poseer

condiciones especiales de engaño y la persuasión debía realizarse con la dosis suficiente de astucia como para convertir la trampa en un plan creíble. La elección no resultó cosa simple, y varios oficiales españoles descreyeron de la viabilidad del artificio, con el argumento escéptico de que el plan era demasiado infantil como para ser “comprado” por los ingleses, sobre todo después de la ejecución del portugués.

Lezo, sin embargo insistió y al final los dos voluntarios pasaron con un trapo blanco improvisado al territorio ocupado por los ingleses.

Los “traidores” dijeron que los españoles estaban mal armados y peor conducidos y su deserción se debía a la decepción que sentían. Humillados y despreciados por sus compatriotas, no encontraban razón válida para dar la vida por España en un enfrentamiento final, cosa que habría de ocurrir rápido, ni bien los ingleses acometieran el castillo de San Felipe, que era una ruina. Como era previsible, la mayoría de los oficiales británicos desconfió de los “desertores”, no tragó el embuste español y quisieron sancionar con la muerte a los dos hombres, que mantuvieron la calma a pesar de todo. Existe un refrán que refiere claramente la situación y que respaldaba la posición de los oficiales incrédulos: “Cuando la limosna es grande...”.

Sin embargo, el general Guise, que en Bocachica había tenido un desempeño digno de aplausos, quedó impresionado por lo que considerara una auténtica deserción e impuso su autoridad (en todos los ejércitos del mundo la jerarquía manda). Los “renegados” fueron comisionados para conducir como baqueanos una de las columnas y hacerla atacar por la zona más “vulnerable” de la defensa (según el ardid planificado por Lezo).

Mientras, en las filas de España, Lezo, fiel a su convicción de defender la fortaleza fuera de sus murallas, había hecho cavar con el auxilio de numerosos voluntarios de Cartagena una trinchera profunda en forma de “z” en la ladera donde presumía se llevaría a cabo el principal ataque inglés. Lograba de ese modo dos cosas: distraer los disparos de las bombardas (únicas embarcaciones que había dejado Vernon), que no tendrían como único objetivo las murallas del castillo. Al mismo tiempo, cuando atacara la infantería británica, pensaba (con acierto), lo haría con sus espaldas descubiertas, a merced de un contrataque defensivo que la acometería saltando desde las trincheras cavadas con forma de “z”.

Las pesadas bombardas dejaron pues de concentrar sus tiros en los lienzos del fuerte tratando de abrir una brecha, y optaron por repartir los proyectiles con los soldados que se guarecían en las excavaciones y eran capaces de entorpecer el avance inglés. Por un momento, Lezo volvió a sentirse como en su juventud, allá por las trincheras de Tolón, arriesgando la vida para detener las huestes del príncipe de Saboya. En persona andaba por las fosas - corriendo el riesgo, ya conocido por él - de los efectos que puede producir una bala de cañón. La presencia de Lezo obraba milagros: la moral se había restituido a los combatientes y el optimismo había renacido en los pobladores de Cartagena.

La astucia del almirante español parecía no tener confines; y tampoco el estímulo contagioso que irradiaba: mujeres y niños brindaban un apoyo principal y se los veía de noche, al apagado resplandor de las estrellas, transportando herramientas, vituallas aptas para ser utilizadas como provisiones y evitar de ese modo el sacrificio de tantos caballos que podrían ser aprovechados en una carga. ¡Había conseguido que se sintieran útiles quienes no podían por su edad o



sexo empuñar un fusil!

Sin embargo, los ingleses habían desplegado alrededor de tres mil soldados dispuestos a tomar el castillo. El suelo parecía incendiado, a juzgar por la cantidad de casacas rojas preparadas para marchar; a los defensores se los veía tensos, con esa voluminosa catizumbada que se les venía encima. Durante la madrugada comenzaron el ascenso hacia la fortaleza, que los esperaba dispuesta a vender cara la última línea de defensa de Cartagena. Avanzaban los ingleses de acuerdo a las modernas tácticas de la infantería, que aconsejaba brezar el paso de modo de ser dificultoso para quienes empuñaran un fusil dar en el blanco con sus disparos.

Wentworth, que había sumado su concurrencia – a pesar de no estar de acuerdo con atacar el fuerte sin una previa preparación de la artillería – quedaba al frente de la reserva, compuesta por quinientos hombres. Había sostenido una exasperante discusión con Vernon, durante cuya prolongada duración reiteró – entre otras cosas - el reclamo de siempre: apoyo de la artillería que poseían los navíos de la flota inglesa.

Por supuesto, Vernon sostenía con terquedad su posición: no podía distraer la flota arriesgándola al bombardeo de los cañones del San Felipe de Barajas, de la propia Cartagena y del fuerte del Manzanillo, aún en manos españolas. Por lo visto, Wentworth debía arreglarse sin artillería.

A pesar del choque con Vernon, el general Wentworth cumplía con sus deberes de soldado: planificaría y ejecutaría la toma del San Felipe, “contra viento y marea” como antes lo hiciera con el San Luis; “lo

primero es Inglaterra”, se le oyó mascullar.

Para ello, avanzó desde las proximidades de La Popa con la infantería que tenía disponible, mandando al frente a los negros de Jamaica, quienes, machete en mano, abrían un surco en la selva para hacer posible el desplazamiento de los efectivos detrás suyo, afectados, hombres y bagajes por la fragosidad del medio.

El ataque al castillo se habría de dividir en varias columnas: una al mando del coronel Grant, la otra del general Guise, que marchaba guiada por los “desertores” españoles y estaba compuesta por algo más de mil combatientes. Había una tercera si se consideraba a ésta como una columna que marchaba a cargo del coronel Wyngart y de la que también formaban parte los coloniales de la legión de Washington.

Los “desertores” guiaron la columna inglesa hacia el peor sector del cerro San Lázaro y cuando ésta advirtió la traición de sus supuestos colaboradores, fue tarde: una feroz lluvia de balas disparados por el ejército de España los obligaba a retirarse. Guise añoró aquellos lejanos tiempos de las perneras y los broqueles, cuando los hombres podían protegerse a sí mismos con esos elementos defensivos o los rígidos escudos, con los cuales los guerreros de entonces podían resguardarse. Inútilmente y con furia, buscó a los “traidores” para ordenar su fusilamiento inmediato, pero éstos habían desaparecido con la rapidez del ladrón acosado.

Diezmados, no tuvieron otra salida que intentar, a destiempo, escalar las murallas. Allí advirtieron que el empeño era vano: las escaleras, minuciosamente medidas y construidas con precisión inglesa, quedaban colocadas dos metros por debajo de los parapetos, desde

donde recibían el fuego inclemente de los defensores.

-¿Acaso estos tiros son borra? – alcanzó a gritar con desesperación un soldado inglés antes de caer mortalmente herido por el disparo de un defensor que le dio de lleno en medio de la cabeza, produciéndole el estallido del cráneo.

¿Qué había ocurrido? Lezo había “adivinado” que los ingleses concurrirían a la fortaleza previa construcción “a la medida exacta” de las escalas pertinentes. En consecuencia hizo cavar, alrededor de la fortaleza, una zanja ancha, con dos metros de profundidad, medida que consideró suficiente para impedir el asalto y exponer a los atacantes - cuando a pesar de todo intentaran el ascenso - a la furia de los guardianes.

Con las restantes columnas ocurrió algo parecido; si bien no estuvieron conducidas por “desertores”, las que lo hicieron marcharon en medio de un nutrido fuego enemigo. La peor parte la llevó la columna que atacaba por el sur, y que se desplazaba a las órdenes del coronel Grant. En su ascenso tuvo que enfrentar los soldados que la esperaban disparándoles desde la profundidad de sus trincheras cavadas en forma de “z”. Grant en persona tuvo un desempeño marcial que le costó la vida: sable en mano, condujo sus fuerzas marchando a la cabeza de ellas hacia una muerte segura. Al promediar el ataque fue conducido por sus hombres fuera del alcance de los mosquetes españoles con heridas de las que no pudo reponerse.

Quedaron solo dos columnas, que padecieron el mismo infortunio de las primeras. Al llegar a las murallas con cuantiosas bajas, se encontraron con que la tarea de escalarlas era imposible: les faltaban

aproximadamente dos metros para coronar su empeño. Mientras con amargura comprobaban ese faltante, recibían el furioso ahínco de los españoles, que se manifestaba con disparos de mosquetes, armas de puño y hasta piedras.

Los ingleses fueron rechazados.

## **CAPITULO XII**

### **DERROTA INGLESA**

Cuando amaneció se vio la cantidad de casacas rojas tiradas por el suelo, muertos o heridos sin posibilidad de valerse por sí mismos.

Para colmo, cuando las fuerzas británicas tocaron retirada, un alud de españoles surgió de las trincheras para perseguirlos. El coronel Desnaux tuvo el tino de abrir las puertas del fuerte y sus defensores se lanzaron furiosos, con las bayonetas caladas, contra los ingleses.

La retirada de éstos, ordenada al principio, se transformó en huida despavorida cuando salieron los soldados del San Felipe de Barajas y la reserva de Wentworth resultó impotente para apaciguarlos en su fuga. Ahora competían entre los metropolitanos, los coloniales y los sobrevivientes jamaiquinos en su carrera aterrada por alcanzar los buques, mientras quien se rezagara era despiadadamente acuchillado por los defensores. Por supuesto, de la competencia participaba la

columna del propio Wentworth, que también había entrado en pánico e, impotente para organizar la retirada, se sumó al descalabro.

-Resumen: a partir del 18 de abril la suerte de los ingleses cambió brutalmente. Al rechazo en La Boquilla debieron sumar la estrepitosa derrota en la toma del San Felipe de Barajas, la distancia que tomaron los navíos de Vernon y las desavenencias entre éste y su general de infantería, Wentworth.

Como siempre pasa cuando alguien gana y otro es contrastado, la cara opuesta a Lezo era Vernon. Perdió la flemática compostura británica cuando, confiado en las noticias favorables que hasta la víspera había recibido, vio llegar con su catalejo los restos de su ejército diezmado, corriendo desesperado por alcanzar los botes. También observó alarmado, cuando detrás de los suyos, venían a la carrera, a bayoneta calada, con ferocidad, españoles y criollos dando caza a los rezagados.

Vernon ni siquiera disponía de soldados suficientes como para ordenar una salida y escudar a los que huían de los defensores buscando el refugio de las lanchas de la flota. Los pocos que había reservado se encontraban enfermos, afectados por una epidemia tropical que parecía ensañada con sus hombres. Con todo, alcanzó a formar una compañía de fusileros que hizo apostar en las bombardas, con orden de disparar a los españoles e, indirectamente, proteger a los suyos.

Vio también, con angustia, que eran muy pocos los soldados que regresaban. No quería pensar que el suelo próximo a Cartagena estuviera sembrado de cadáveres luciendo su uniforme y optó por engañarse a sí mismo: eligió imaginar que habían sido hechos

prisioneros por los soldados que defendían San Felipe de Barajas.

El orgulloso ejército inglés – y sobre todo su flota – habían sido ignominiosamente vencidos en Cartagena de Indias. A pesar de la enorme diferencia de medios – diez veces en hombres, treinta y una en embarcaciones a favor de Gran Bretaña – el bochorno había acompañado la aventura inglesa. España podía dormir tranquila, al menos por algunos decenios más.

Pasó revista al personal que restaba de sus treinta mil efectivos iniciales. El número de sobrevivientes le hizo correr frío por la espalda; más de nueve mil hombres habían quedado en las islas y fortalezas que protegían Cartagena; la mayoría muertos y algunos prisioneros. Como si a esa larga hilera de infortunios le faltara un dato, llegó a los cartageneros la información de que una cruel epidemia tropical hacía estragos en las filas inglesas. Ya ni tripulación disponible para conducir los navíos había quedado en pie; Vernon no tendría más remedio que incendiar y hundir algunos buques como si llevaran un cargamento de asbestos.

Pero debía obrar con rapidez: no porque fuera previsible un ataque por mar de los cartageneros, sino porque lo único que le hacía falta era que el almirante Torres apareciera con su armada desde Cuba y terminara hundiéndolos. Ya vería como vengarse de ese condenado Lezo.

La armada de Gran Bretaña, que había interrumpido el pasar bucólico de la ciudad-puerto tapando el horizonte con el velamen de sus embarcaciones, se marchaba humillada y vencida. Su soberbio comandante, cuya engolada voz había cubierto de sonoridad el

Almirantazgo, debía ahora pensar en su propia redención.

De cualquier manera, mientras durara la guerra contra España, la superioridad no tomaría ninguna medida sancionatoria contra el marino, a quien, previsora mente se lo privaría del mando activo.

La noticia de la derrota de los ingleses en San Felipe llegó inmediatamente a Cartagena, cuyos habitantes se volcaron a las calles a festejar la victoria. Una población, que había sido sojuzgada en el pasado por piratas e invasores y vivido en el último tiempo con la angustia de encontrarse sometida a Gran Bretaña, con lógica dio rienda suelta a su alegría.

La flota inglesa, que con majestuosa solemnidad llegara el 13 de marzo de 1741 hasta las costas atlánticas del virreinato del Perú (Nueva Granada), para quebrar el dominio de España tomándole Cartagena de Indias, se marchó, diezmada y abollada el 20 de mayo (día en que zarpó Vernon). Un almirante español, con el cuerpo menguado en distintos combates, venció, con medios tan reducidos como su físico, a una flota compuesta por un número de buques tan elevado como elevada era la petulancia de su comandante. Solo cuando de la armada enemiga se alcanzaron a ver algunas velas en el horizonte, Cartagena pudo respirar. Sin embargo, hasta el día de su muerte Blas de Lezo, sin una pierna, con la visión de un ojo perdida, y la inutilidad de su mano izquierda, cuidó de ella; como el viejo castellano don Sancho Gimeno, podría haber dicho que “no le andaba entregar al adversario, lo que no era de él sino de España”.

En eso tenía razón el almirante Vernon cuando, antes de soltar velas con destino a Jamaica, abandonara la tradicional flema y con la furia de



un peninsular escupiera el mar, agitara el brazo en señal de amenaza, y dando la exacta imagen de la derrota, gritara:

-¡Maldito seas, Lezo!

Zarpó pensando en la venganza. Pero no pudo materializarla ni siquiera verla, aunque fuera ejecutada por un colega.

## **CAPITULO XIII**

### **CRÍMENES EN LONDRES**

A los cuarenta y seis años de edad, y con más de veinte de servicios ininterrumpidos en la policía de Londres, el superintendente Donald Sufferone no podía estar disconforme con el trato que había recibido de la vida. No era demasiado alto, pero unos músculos que no alcanzaban a cubrir adecuadamente sus ropas, hablaba con elocuencia de su estructura maciza y varonil. Su rostro no daba muestras de belleza rafaelina; al contrario, una inmutable expresión le daba el aspecto de la piedra.

El cuadro se completaba con bigotes rubios como el pelo, no excesivamente abundantes, en los cuales el asomo de una indiscreta cana servía para denunciar la edad del sujeto, cuya viril coquetería no alcanzaba a quitarle años.

En silencio, Sufferone se tiraba con fuerza y ademán discreto el lóbulo de su oreja izquierda, mientras conducía de un lado a otro, con inquisidora mirada – en apariencia indiferente - unos ojos inquietos que hurgaban alrededor del cadáver en busca de una prueba que lo

acercara a la identidad del asesino. Era el tercer cuerpo de una prostituta joven que aparecía apuñalado con saña, y el deber, ni su propio orgullo profesional, admitían más demoras en ubicar al maniático.

Era evidente que el criminal se acercaba a las víctimas con la mansedumbre de un cliente, a juzgar por la expresión de sorpresa de ellas, a las que el rigor mortis no había borrado por completo. Solo en esta última jovencita – era de toda evidencia que había sido lanzada a trotar las calles cuando aún era una niña – el pavor había superado a la sorpresa, como si hubiera advertido su destino de muerte antes de ilusionarse vagamente con los pocos chelines que habría de cobrar.

La mano asesina era la misma; al menos él, Donald Sufferone, se sentía en condiciones de jurarlo sobre la Biblia. Su experiencia era más elocuente que la escuela de los forenses de que disponía la Policía: esos tajos penetrantes y limpios habían sido realizados por un cuchillo sólido, continuidad de un brazo eficiente y fuerte.

Él mismo podría haberlos efectuado. (en teoría, Sufferone estaba en condiciones de haber lanzado ese estoque fatal). Se encontraba solo cuando su mano realizó el ademán explicativo procurando ratificar esa hipótesis, pero una mueca involuntaria de repugnancia acompañó su movimiento.

-Esto es trabajo de un profesional –se dijo a si mismo luego de mirar el cadáver una vez más. Las puñaladas han sido aplicadas por alguien que sabe manejar un cuchillo. Deberíamos buscar un carnicero o un soldado.... –dijo para sí, casi al mismo tiempo que su memoria pasaba revista a los datos de la experiencia, que le recordaron de

inmediato los casos en los cuales los involucrados no participaban de esa clasificación.

-Hasta podría propinar esas heridas un policía... es más: por la saña con que han sido efectuadas es posible que el atacante hubiera actuado respondiendo a una obsesión... incluso podría olvidarse después que ha cometido el delito – pensó mientras sus ojos se posaban en sus propios ayudantes. Un escalofrío recorrió su columna imaginando que esa hipótesis era aplicable a él mismo, dado que no podía recordar dónde había dirigido sus pasos en la hora presunta de los crímenes.

Con rapidez corrigió su pensamiento:

-No debo incursionar por la mente de los asesinos – se corrigió de inmediato, anticipándose, sin saberlo, más de un siglo a la escuela de psicología que impondría Freud.

-A juzgar por la relativa rigidez de sus músculos la muerte debe haberla alcanzado anoche, entre las diez y las doce – la voz aflautada y monótona de Haynes, el médico de policía, lo arrancó de su ensimismamiento. Era un sujeto insignificante, de contextura pequeña y edad indefinida. Trataba de compensar su prematura calvicie con una melena lacia que con abundancia crecía en sus parietales y cubría sus orejas.

Sufferone recibió la noticia sin que se le moviera un solo músculo de la cara, mientras interiormente, con la ávida rapidez del poseso, daba tranquilidad a su ánimo recordando que a esa hora había estado en el Gold Rooster jugando una partida de ajedrez con místico Abigaill.

Haynes volvió a la carga con un juicio:

-Es probable que el asesino no conociera a sus víctimas. Si hubiera sabido quienes eran habría omitido el asesinato de la segunda: la pobre estaba tan que era irrecuperable. Aun arrancándola de su profesión, y volcándole todos los alimentos posibles, la ciencia nada podría haber hecho a su favor: la muerte igual hubiera llegado en muy poco tiempo – dijo el médico con una voz que no dejaba de ser aburridora cualquiera fuere la noticia que pudiese dar.

El superintendente miró fijamente al experto. El cerebro de Sufferone transitaba todas las opciones posibles a una velocidad inversa a las expresiones de su cara que refractaba todas las emociones. Volvió a concentrar todos sus sentidos en la joven prostituta cuyo cadáver estaba obscenamente expuesto ante policías y técnicos que actuaban con la indiferencia y rutina profesional de quienes solo hacen su trabajo.

Otra vez su mirada inquisidora repasó todos los detalles de la ropa y el semblante de la muchacha. Nada, nada, nada importante... ¿podrá dejarnos alguna pista este maldito asesino? Por más que aceche a sus presas en el momento del ataque tiene que obrar con rapidez... ¡algún error tiene que haber cometido! – pensaba con ansiosa perversidad Sufferone mientras con flemática serenidad volvía a tirarse de la oreja izquierda con su mano derecha. ¡No puede actuar con experiencia y habilidad policiales! Si alguien tuviera ese dominio ya podría ser superintendente en lugar mío... Apenas elaboró ese pensamiento, sintió en su cabeza derramarse un sudor frío.

-Salvo ese botón en su mano derecha.... Pensó mientras meneaba la cabeza. Recordó que tenía amistad con el viejo almirante Grogheim, al que siempre había despreciado considerándolo un sujeto inservible. Ahora estaba retirado, gozando de las riquezas de su mujer, tan odiosa como fea. Para preguntarle cosas intrascendentes era hecho a medida; aprovecharía sus conocimientos – mientras pensaba en los futuros pasos a dar, se decía a sí mismo que ese gesto respecto del viejo marino tenía como fin un propósito elevado, por lo que no debía acusarse a sí mismo de obrar con hipocresía y repugnancia hacia el sujeto - en una palabra: usándolo.

Consideró que su tarea en el lugar del hecho había terminado. Permanecer más tiempo no tenía sentido. Por otra parte, el carruaje mortuario ya había llegado, por lo que el cuerpo de la joven asesinada pronto sería removido del lugar. Dio un paso atrás, saludó con una inclinación de cabeza a sus hombres y se dirigió al coche que lo esperaba, igualando en paciencia al conductor al caballo.

Al paso cansado de un caballo triste y sin brío, iba marchando el coche del Departamento de Investigaciones Criminales (CID), dibujando las irregularidades del empedrado de calles que brillaban por el rocío y el smog derramado durante la noche. Como es de imaginar, viajaba en él Donald Sufferone, superintendente de ese Departamento, quien lo hacía pensativo, con la vista perdida, observando sin ver a través de una ventanilla que, abierta, dejaba entrar la humedad del exterior. Estaba arrebujado en una capa cuyos pliegues le permitían cubrirse del frío que penetraba desde afuera, dándole una pálida sensación de confort.

Pensaba en la joven prostituta cuyo cuerpo iba camino de la

morgue, donde sería tirado hasta el momento de su entierro en la fosa común destinada a indigentes. ¿De quién sería la mano que empuñó el cuchillo?

Alguna precaución había adoptado. Varios detectives, disfrazados de deudos dolientes de otros cuerpos, tenían orden de seguir con discreción a quienes se acercaran a reclamar los despojos de la víctima (no creía demasiado en el éxito de esta perspectiva). A su vez, el personal administrativo había sido advertido: tendría que individualizar al que los hubiera pedido (si es que ese personaje llegaba a aparecer), que con seguridad no daría sus señas verdaderas. Como intuía esto, ordenó a los detectives el seguimiento de los posibles objetivos.

A pesar de estar inmerso en esas visiones, sus ojos pudieron advertir que las calles se ensanchaban y las construcciones tenían la jerarquía que suelen darle las mansiones a los barrios. Pronto llegarían a la residencia del almirante Grogheim (o, dicho con más precisión, de su mujer) a quien había hecho avisar de la extraña visita y de la urgente necesidad que tenía de recibir sus conocimientos profesionales. Sabía que con esos datos, la vanidad de Grogheim quedaría intrigada y dispuesta a la colaboración que le requeriría. No se sentía un defraudador por utilizar al viejo marino; sabía que se trataba de un fatuo, e inflarle el ego para una causa noble no era cosa que repugnase a Sufferone.

Lo recibió Milton, el anciano mayordomo cuyo poder en la residencia era casi ilimitado, y de inmediato lo hizo pasar al pequeño y elegante escritorio, presidido por un gran globo terráqueo donde las posesiones de Gran Bretaña marcadas con distinto color. Un alegre Grogheim lo acogió con una pregunta lanzada a boca de jarro:

-Querido amigo; ¿viene usted a informarme que debo cambiar los colores de este globo? – dijo mientras una amplia sonrisa se dibujaba en su cara – Nuestro monarca ha hecho acuñar medallas con la derrota española en Cartagena. Solo falta averiguar que parte del Imperio Español ha pasado a nuestras manos por la victoria de Vernon, para cambiar los colores de este mapa, agregó.

-No señor. Recorro a usted, milord, para que ilustre mis vanos conocimientos de la vida naval y ayude al reino y a la policía a echar luz sobre aspectos que, sin su concurso, permanecerían en la más odiosa oscuridad – contestó el superintendente, en tono zalamero y demostrando que sabía cómo llegar al engreimiento del almirante.

-Soy todo oídos, Sufferone.

Sintéticamente expuso el superintendente con abundante minuciosidad los pormenores de los hechos, cuidando que no le llegaran los aspectos centrales de la investigación, y acentuando aquellos que lo habían movido a dirigir al almirante las preguntas por las que aguardaba una respuesta. En especial centró su relato en el dichoso botón, cuyo origen y reposición eran el tema central de la entrevista.

Grogheim demoró unos instantes la respuesta, suponiendo que de ese modo atraía hacia sí la mayor atención del interlocutor.

-Este botón – tenía ante sí el que había sido obtenido del puño cerrado de la prostituta asesinada – pertenece por su tamaño a un oficial joven, de escasa jerarquía.



-¿Podría conocerse su nombre con esos solos elementos? – dijo, animado, Sufferone.

-Imposible - respondió Grogheim.

Sin desanimarse por la respuesta negativa, insistió:

- ¿Dónde puede adquirir un reemplazo, para reponer el faltante? – dijo el policía, sin ocultar una creciente ansiedad.

-¡En la sastrería naval, naturalmente! – respondió el almirante, sorprendido de la elementalidad de la pregunta y con un tono como si hubiera efectuado una revelación importante, al transmitir un dato que podría estar al alcance de cualquier cadete.

-¿Llevan un registro de las ventas, aún las de escaso valor? – preguntó, tratando de no mostrarse anhelante, Sufferone.

-Por supuesto. La indumentaria de un oficial, como las armas, está inventariada –contestó con suficiencia el dueño de casa.

Sufferone se puso de pie, dando a entender que se marchaba. Grogheim, con resignada paciencia, intentó infructuosamente disuadir al celoso policía. Se había ilusionado con el protagonismo tomado, tanto, que se le hacía duro aceptar la idea de su ida y el regreso a la insignificancia de su existencia.

-Pero Sufferone, - dijo empleando corteses términos – ni siquiera he podido convidarlo con un té. ¿Qué hará ahora?

-Voy a destacar un hombre en la sastrería. Si el oficial ya ha adquirido el botón, mejor para nosotros: su nombre deberá quedar registrado en los libros de venta. Si aún no concurrió, debería prenderlo cuando comparezca. Pensándolo bien, para el caso que existiera resistencia de su parte, voy a mandar dos detectives.

Sin embargo, después de cinco días de disimulada acechanza, la guardia fue necesario relevarla para aplicar esos hombres a otro destino. La pesca del responsable debería esperar o por lo menos demorarse hasta que aparecieran tiempos mejores.

El superintendente no frenó su impulso. En su mente ya se plasmaban los pasos siguientes. Ordenó al cochero que dirigiera su marcha hacia una residencia próxima, cuya dirección el conductor conocía de sobra. Era la casa de Sir Oberdan Materlking, el antiguo superintendente del Departamento de Investigaciones Criminales. El mismo que había propuesto a Sufferone para ocupar el cargo que él dejaría vacante al retirarse y la persona sobre la cual el director actual profesaba el afecto que se destina a un hijo.

Sufferone lo visitaba con frecuencia, no solo por agradecimiento, sino porque el viejo policía – a quien el rey había elevado a la categoría de caballero al retirarse – conservaba el olfato que había hecho célebre su paso por la institución. Era quizá la única persona cuya sabiduría doblegaba el orgullo del actual superintendente y ante la cual no se sentiría humillado en caso de confesarle la imposibilidad de resolver un caso. Frente a él no vacilaría en relatarle los pormenores del caso que lo tenía sobre las brasas candentes de la incertidumbre.

Cuando Sir Oberdan supo de su visita, bajó de los aposentos que estaban situados en la parte superior de la residencia e hizo pasar a su antiguo subordinado a un escritorio pequeño, situado al costado del comfortable living de recepción. Recibió con un afectuoso saludo a su amigo, a quien la alegría del encuentro y la sonrisa que brindara al dueño no alcanzaron a borrarle la preocupación de su cara. Tenía frente a sí la maciza figura de su antiguo jefe y esa sola circunstancia debía haberle ahorrado preocupaciones..

Esta circunstancia no pasó inadvertida a Materlking, quien a boca de jarro, le preguntó:

-Noto en usted un gesto de intranquilidad, ¿qué está pasando?

-Nada que usted no hubiera resuelto de inmediato, si se le hubiera presentado antes de retirarse – le contestó Sufferone con absoluta franqueza, meneando con fatalismo la cabeza, y le refirió con detalles el tema sin olvidar ni guardar ninguno.

-Si el actual superintendente no encuentra la respuesta, a pesar de ser el mejor de todos los hombres del Departamento, es probable que aún no se encuentre la solución – respondió Materlking devolviendo el piropo al propio Sufferone y acentuando la palabra “aún”.

-¿Deberíamos, pues, esperar otros crímenes del maniático? – contestó Sufferone omitiendo el halago recibido de su ex superior y demostrando que se encontraba situado en su misma sintonía.

-Lamentablemente sí..... Es posible ....– se corrigió de inmediato el ex funcionario y agregó - ¿Ha explorado la posibilidad de que sea un

crimen por venganza? Es demasiado lineal para que un oficial de nuestra marina incurra en la contradicción de permitirse perder un botón por arrebato de su víctima; a pesar de la emoción del momento al matar, debió sentir el tirón que le produjera el hecho de arrancarlo. Yo me inclinaría a investigar el aspecto de la revancha; al menos una venganza ... a la vida.

Sufferone, que había pensado en esa probabilidad, sintió su ánimo renovado. La circunstancia de que el antiguo jefe imaginara la misma posibilidad volvió a influir en su espíritu y convertir en perdurable la expectativa de solución. Volvería a explorar ese ángulo; de cualquier manera, las medidas dispuestas eran conducentes. Continuaba siendo fundamental encontrar al oficial subalterno; a partir suyo podrían explayarse en esa otra perspectiva y solo conociendo sus hipotéticos enemigos, los amigos que cultivaba, y su propio estilo de vida, sería posible buscar el vengador, y con él al asesino.

## **CAPITULO XIV**

### **LAS INVESTIGACIONES**

Había tenido que disponerse de los hombres destacados en la sastrería naval para otras diligencias, pero por fortuna para la investigación se estableció una buena relación con el director de la dependencia, un escocés pelirrojo y mofletudo, que al final demostró su excelente disposición.

Al principio no fue así; el escocés ofreció resistencia a los requerimientos, sobre todo cuando imaginó que la policía podía interferir con el cuerpo naval. Pero ni bien estuvo informado de los crímenes horrendos que se estaban investigando, su temperamento varió: no deseaba que una mancha afectara el buen nombre de la fuerza naval y en el fondo aspiraba a que todo fuera un error y la Armada Inglesa saliera bien parada de esa encrucijada. Si algún marino se acercaba a adquirir el famoso botón, además de registrar sus datos – como administrativamente debía hacerse – informaría a la policía de inmediato.

Como en ese terreno no podía hacer más que esperar, Sufferone archivó en su cerebro esos pormenores bajo siete sellos y continuó la investigación. Sin embargo, por más que daba vueltas a su cabeza no

solo no encontraba una solución, sino que su accionar estaba paralizado.

Con frecuencia se preguntaba qué hacer: volver a casa de Materlking lo consideraba un abuso; el hombre bien se había ganado el descanso y cargosear su ocio trasmitiéndole su aparente fracaso no era digno ni eficaz.

No hizo falta. Cuando se encontraba inmerso en esas elucubraciones, le avisó un ordenanza que acababa de llegar Sir Oberdan. Lo hizo pasar de inmediato y rodeó el escritorio para saludarlo con efusividad. Tampoco Materlking se hizo esperar. A boca de jarro le expresó:

-¿Todavía sigue sin resolver el caso de las prostitutas asesinadas? Si usted no tiene inconvenientes – solo en ese caso – me gustaría ayudar. Por supuesto, mi intromisión será oculta, y si contribuyo en algo a su resolución, el mérito será exclusivamente suyo y mi presencia deberá ser resguardada de curiosos e informantes.

Sufferone reflexionó para sus adentros que por algo ese hombre había despertado en él tantas consideraciones y con emocionado gesto intentó transmitírselo. Sin embargo, la composición genética que poseía le impidió una demostración externa y en paralelo con la característica de esa raza de apariencia indiferente, se abstuvo de intentarlo. De cualquier manera, el destinatario tenía idéntica estructura y con seguridad también rechazaría el gesto latino de la efusividad.

Ya era tarde, los empleados del Departamento comenzaban a

aguardar a sus relevos, y Sufferone rechazó cortésmente la invitación de su antiguo jefe para comer juntos. Como su ánimo había recuperado la disposición de siempre con la presencia en la investigación de Materlking, recordó la partida que tenía pendiente en el Gold Rooster con el señor Abigaill y llamó dos coches: uno debía conducir al ex superintendente hacia donde lo dispusiera y el otro debía llevarlo a él mismo hasta el club donde una partida de ajedrez aguardaba su ingenio.

El sol, avaro como todos los días, se había ocultado hacía unas horas y Londres, envuelto en su manto pegajoso de niebla devolvía a los transeúntes su imagen habitual de mortecina quietud. Materlking impartió al cochero en voz baja una orden, que éste de inmediato puso en ejecución. La decisión tuvo suficiente alcance como hacer retroceder unos días al cochero: mientras estaba de turno trasladando funcionarios, había llegado la noticia de la aparición del primer cuerpo asesinado y con ese mismo coche transportó al señor Sufferone al lugar del hecho. No le extrañó, por lo tanto, que el “flamante” pesquisa quisiera recorrer personalmente los respectivos lugares. Con seguridad querría ir con la pretenciosa idea de encontrar algún elemento que se le hubiera pasado por alto a los investigadores; pero esa ocurrencia, de tan remota perspectiva, era casi imposible: a esa altura – habían transcurrido algunos días del primer crimen - que algún rastro hubiera permanecido intacto después de abierta la calle para su uso corriente hubiera sido un milagro.

Sin embargo, el cochero optó por retirar de su mente esos pensamientos que había elaborado para su colete: el “flamante” detective era nada menos que Sir Oberdan Materlking, toda una leyenda en la policía y si su instinto le indicaba que debía revisar los

lugares, por algo sería.

Repasó Materlking con sonrisa enigmática las distintas escenas de los crímenes impunes y recorrió los alrededores, tal vez en busca de una pista que se les hubiera escapado a los sabuesos del Departamento. El cochero seguía en silencio los pasos del ex superintendente con abnegada ensoñación. Ésa era, por otra parte, la merecida fama que se había ganado Sir Oberdan en su silenciosa lucha contra el delito. Cuando Materlking dio por concluida la “pesquisa” regresó al carruaje con una sonrisa misteriosa en sus labios; el cochero, que había seguido sus pasos con la mirada, pensó en un nuevo acierto del ex superintendente y guardó para sí el orgullo profesional que había comenzado a propalar a raíz de los actos de su ex superior.

Por su parte, Sufferone utilizó el otro coche para dirigirse al club donde distinguidos caballeros compartían ratos de ocio que combatían con partidas de damas, de ajedrez, o bebiendo un jerez mientras intercambiaban conversaciones triviales.

Cuando ingresó al Gold Rooster, Sufferone buscó a John Abigaill para iniciar una partida o continuar la de la noche anterior, si es que alguno había anotado las jugadas realizadas. Lo divisó en la barra del bar, saboreando con breves sorbos una copa de oporto portugués mientras jugueteaba con las puntillas de los puños de su camisa. Escuchaba con indiferente voluntad las quejas que un hacendado de Gales deducía contra el gobierno liberal de turno, asegurando que Walpole abandonaba a los súbditos comprometidos con la agricultura a favor de la industria, vaticinando que esos “burgos podridos” habrían de ser su tumba política.



Sufferone se acercó, saludó al galés, y dirigió una cordial mirada a Abigaill, al mismo tiempo que le hacía una seña para enderezar al salón, silencioso y apropiado para pensar en el desplazamiento de las distintas piezas de que dispone cada jugador. Ambos iban aproximándose al recinto, cuando Abigaill, con mirada pícara, le preguntó:

-¿Alguna novedad en el caso de las prostitutas?

Sufferone se contuvo para evitar un respingo. ¿Cuándo le había contado ese tema a Abigaill? ¿Por qué conocía el caso que lo desvivía? Incómodo con esas preguntas que no tenían respuesta satisfactoria, continuó avanzando hacia la pequeña sala, donde estarían a solas.

Cuando estuvieron sentados, preguntó aparentando indiferencia a su contrincante:

-¿Cómo supo usted los crímenes de las ramerías?

-Hoy lo leí en el diario – respondió Abigaill con indiferencia y sin abandonar la expresión burlona, aludiendo sin dudas al Times, de reciente aparición.

Una serie de sentimientos encontrados sacudió al superintendente. Por un lado, la información obtenida por su compañero de juego provenía de una fuente pública. Esto en cierta forma lo tranquilizaba; nadie había faltado a su deber de discreción. De otra parte, que ya los diarios tuvieran en su poder la noticia no era bueno; quien sabe que harían con los datos obtenidos ... bueno; eso pronto lo sabría, ni bien recopilara todos los ejemplares del día.

Con todo, no sería esa la única voz que saldría de los labios del señor Abigaill y dejaría consternado a Sufferone. Con la misma expresión – que el superintendente calificó para sus adentros de “sarcástica” – comentó, al pasar, casi como un reproche:

-Espero que esta vez comencemos la partida y la concluyamos. En las tres últimas, ni bien la comenzamos, a usted se le ocurrió interrumpirlas para retirarse por un par de horas. Me dijo Andrew Baal, nuestro barman, que regresó después de nuestra última partida, tan fresco y alegre como un soldado que ha llevado una consigna a su propio frente, atravesando líneas enemigas.

Sufferone, que no podía admitir esa “laguna”, presuntamente ocurrida en su organismo, optó por no responder.

La partida se libró, en consecuencia, entre dos sospechosos: un policía equívoco para su contrincante, y un rival de quien desconfiaba el propio policía.

## 1) DUDOSOS

Después de la partida de ajedrez, llevada a cabo sin interrupciones (dicho sea de paso), Sufferone eligió viajar a pie hasta su casa. Necesitaba la quietud de una caminata en medio del frío y la niebla, para ordenar sus pensamientos y poner equilibrio a la investigación. Cierto era que podría contar con Materking, pero la majestad de ese hombre todavía lo deslumbraba. Se percató que hilvanaba mejor sus ideas sin su presencia y comenzó, con su mente esquemática, a numerar las diferentes variables que, a diferencia de la nomenclatura de una grilla, le servirían para llevar tranquilidad a su espíritu.

Recordó, con una sonrisa desdeñosa, que había estado a punto de quitarse la vida cuando supuso que las ausencias injustificadas y los espacios de tiempo en los que nada de lo hecho en ellos podía memorizar, lo atormentaban con la recurrencia del reproche. En esa oportunidad tuvo tiempo de pensar en los seres que más quería. Por fortuna (sentía en ese momento), la Providencia no le había proporcionado hijos, a los que, con su decisión habría dejado huérfanos. Cerró los ojos; asumió que nunca más vería a los individuos próximos a su afecto, a los que la vergüenza le impediría verlos otra vez y el suicidio se presentó a sus ojos como un camino a la felicidad. A juicio suyo en ese momento, la falta de respuesta a sus ausencias lo convertía en el asesino obsesivo e inconsciente de las jóvenes meretrices.

Miró los senderos que llevaban la vista a objetos de adorno y recordó a cada uno de ellos: pronto dejaría de verlos para siempre. Detuvo sus ojos en el armario, desde donde, el uniforme que vestía solo en ocasiones casi sublimes, le recordaba que había jurado defender la ley y la verdad. Su mano ya tanteaba la pistola oficial, que mantenía limpia y cargada en la parte superior del ropero pues pocas veces la llevaba consigo, cuando evocó algunas imperfecciones que presentaba la investigación.

Vertiginosamente comenzó a razonar sobre ellas y apartó los pensamientos suicidas. La mente, con esa propiedad de acopiar datos como si se tratara de un archivo, le mandó la señal de que debía desistir de quitarse la vida, no solo porque carecía de culpa, sino porque la indagación precisaba de su talento. Ya nunca más esas presencias oscuras, provenientes de una cabeza alucinada, volverían a

comparecer para importunarlo; así lo había decidido, con la entereza de un soldado y así sería.

Por otra parte, su virilidad le impedía continuar por ese camino facilista; si él, Donald Sufferone, era culpable justo sería que él mismo se descubriera. También en caso de inocencia: si el descubierta fuera otro nadie mejor que él mismo para meterlo entre rejas.

Se envolvió más aun en el capote porque la niebla y el frío londinenses penetraban hasta los huesos y continuó la marcha.

En primer término, para asegurar el éxito de la investigación, debía excluirse (o condenarse) a sí mismo. Algunas dudas sobrevenían: ¿cómo era posible que en su vigilia existieran espacios en blanco? Si no recordaba que se hubieran producido, tampoco recordaría que había hecho en ese espacio de tiempo. Su honestidad le exigía una respuesta. Pero aun suponiendo que esos lapsos existieran, y que él estuviera dotado de las condiciones físicas para enarbolar el puñal asesino, restaban todavía dos datos esenciales y objetivos, que le impedían condenarse a sí mismo: a) carecía de apetito asesino, ni causa que lo arrastrara a actuar de esa manera; b) no existía en su entorno (casa o ropa) señales inevitables de esa violencia. No se encontraba el cuchillo (lo había buscado infructuosamente), ni en las vestimentas existía la menor mancha de sangre.

Si no se encontraba ningún indicio de su intervención, debería descartarse a sí mismo. En cuanto a los espacios en blanco ya vería más adelante al médico principal de policía. No lo haría de inmediato; no solo porque podría desviarse la investigación, sino por una consideración ideal hacia Sir Oberdan Materlking, su patrocinador, que

sería ridiculizado si quedara suspendido preventivamente.

¿Quién era el sospechoso principal? Continuaba siendo el joven oficial naval, aquél que había perdido un botón del uniforme, arrancado por la desesperación de la víctima. Por lo menos, si no era el principal sospechoso, su captura era imprescindible para continuar desentrañando el ovillo.

¿Y John Abigaill? Él también debía ocupar un lugar en la lista; no porque lo hubiera derrotado en la partida de ajedrez (a fin de cuentas, la mayoría de las veces el policía resultaba vencido) sino porque la forma de expresarse sobre este tema lo convertía en un individuo de oscuro comportamiento. ¿Y si fuera inocente? No habría problemas; Abigaill jamás se enteraría que estuvo en mi nómina como un sujeto misterioso – pensó con rapidez. Pero lo tendría bajo el ojo y si fuera preciso, pondría un hombre de su confianza a seguirlo.

Quedaba la posibilidad de la venganza, tal como lo sugiriera Materlking, y quizá la averiguación desde esta perspectiva nos pudiera acercar al oficial naval y por su intermedio al asesino, si no lo fuera él - pensó, con alegría, Sufferone.

No obstante, como buen heredero de los remotos celtas, que repudiaban la dicha porque la consideraban el preanuncio de futuras calamidades, se dejó asaltar por una perturbación, como si quisiera deprimirse: ¿Y si ninguna de esas hipótesis resultaba aplicable?

Aunque esta duda aparecía a cada instante, el superintendente superó la angustia de esa indecisión y continuó con sus planes policiales.

Algunas veces los interrogantes se resuelven solos; éste sería uno de ellos.

OooooooooOooooooooO

A la mañana siguiente, bien temprano, Sufferone llegó a su oficina. El personal de guardia estaba alumbrado por los gruesos velones (para esa época, Murdoch ni siquiera había nacido), que todavía encendidos, dejaban rodar el cebo derretido por su tronco, mientras algunos candiles, más sofisticados, colgaban por medio de ganchos distribuidos equitativamente por las paredes. Era evidente que la llegada del superintendente tomó por sorpresa al personal de guardia, que no obstante, pudo exhibir con orgullo su dedicación al servicio.

Cuando tomó asiento frente a su escritorio, asió los sobres de correspondencia recibidos, con el hábito de siempre. Leía con premura los remitentes para descartar algunos de ellos, dada la escasa importancia que les atribuía; el resto era colocado en otra pila, a la que volcaría después su lectura. Una invitación le provocó un gesto de fastidio: era una fiesta en la residencia del vizconde de Ascoll, a la que el protocolo exigente del cargo que ejercía le prohibía desechar.

Dio vueltas al sobre en sus manos, mientras pensaba en alguna excusa, que no se le ocurría: el vizconde era una figura importante no solo en el gobierno liberal de entonces, sino en la propia policía británica, a cuyas arcas llegaban importantes donativos de Ascoll. Por si faltara algo, se lo consideraba un comensal frecuente del Ministro de Seguridad Interior, de quien dependía el C.I.D. Imposible declinar esa invitación.

Un suspiro prolongado continuó después de la resignada aceptación que se impuso a sí mismo, mientras distraídamente golpeaba la invitación sobre su mano izquierda. De pronto, su cara se iluminó: quizá pueda convertir esta aburrida velada en algo útil – se dijo con alegría, pensando en aprovechar la fiesta para conversar con Sir Oberdan. Sin pensarlo dos veces, resolvió invitar al ex superintendente, de quien conocía, además de sus noticias jerárquicas, la notable pasión que ponía en el cultivo de las relaciones sociales.

Con impecable uniforme, los dos hombres aparecieron en la residencia de los vizcondes de Ascoll alrededor de las ocho post meridiano. Se encontraban disfrutando un brandy (en ese tiempo lo llamaban cognac), cuando Sufferone quedó estupefacto con una dama cuya elegancia solo era superada por la extraordinaria belleza que tenía. Materlking, advirtió la turbación del amigo y siguió su mirada: pronto encontró la razón de esa alocada perturbación y no pudo reprimir una pícara sonrisa.

-¡Es la mujer más hermosa que he visto! – alcanzó a escuchar de boca de su ex subordinado.

-Es en efecto una mujer que causa impacto –complementó Materlking, demostrando que había alcanzado, con los años, la serenidad de la que carecen en general los hombres jóvenes.

-¡Es despampanante! – exclamó un desorbitado superintendente.

-Es la mujer de nuestro anfitrión – comentó con indiferencia Materlking y agregó:

-Las malas lenguas dicen que conoce casi todos los lechos de Londres, aunque creo que esa calificación es injusta; el año pasado han ido de vacaciones a París, por lo cual deduzco que también en esa ciudad debe haber recorrido varias camas – agregó con irónica seriedad el ex superintendente.

-A esta altura de los acontecimientos el esposo debe estar resignado o rabioso, echando espuma por la boca – complementó Sufferone. De inmediato, agregó:

-¡Materlking! ¡Es un buen candidato para ser investigado, si aceptáramos su teoría! ¿Quién podría tener más razones para celar a su mujer que este vizconde? Averigüemos el nombre de los últimos amantes de la mujer.

-Bah... nos encontraremos con un sinnúmero de personajes... más aún: se dice que el marido utiliza su buena silueta para obtener resultados que lo favorezcan. Yo lo descartaría. – señaló con displicencia Materlking.

Sufferone no dijo nada, pero en su mente recelosa el vizconde de Ascoll ingresó de cuerpo entero, aún a pesar del juicio de Materlking.

## 2) ARCHIVOS PERSONALES

-¡El archivo Ascoll! ¡Lo quiero de inmediato en mi escritorio! – la voz de Sufferone, vibrante y varonil, fue escuchada por el personal de guardia, sorprendido por la indumentaria elegante con que en esa



madrugada su jefe los apremiaba.

Devoró el dossier del vizconde y cuando hubo concluido requirió el de su mujer, recobrando el tono flemático que todos conocían. Cuando concluyó su examen, una beatífica sonrisa apareció en sus labios: ¡El actual amante de lady Ascoll era un promisorio oficialito naval! ¡El cerco comenzaba a cerrarse! (al menos, ésa era una conclusión posible).

Sin que se le alcanzara a borrar la sonrisa, continuó la lectura de los antecedentes de lady Ascott. El oficial naval en cuestión se llamaba James Left y aún a esa hora insólita de la madrugada, el superintendente destacó una comisión policial para ir a buscarlo en un coche cuya estructura metálica obligaba a arrastrarlo con dos caballos.

No podían traerlo detenido sin una orden judicial, por eso el superintendente envió a uno de sus hombres más hábiles para que tratara de “engañarlo” de modo que su comparecencia fuese un acto voluntario.

En poco más de una hora, regresó la comisión con las manos vacías. El oficial se encontraba embarcado en la fragata Greenwich con destino a Jamaica, donde debía subordinarse al almirante Vernon, surto en Kingsdom. Todos esos datos los había proporcionado el padre del oficial, un ex militar que se encontraba fuera de toda sospecha.

El superintendente caviló un momento. Inútil gestionar el envío del oficial para continuar la investigación. Tanto el almirante Vernon como el capitán de la Greenwich exigirían pruebas de la culpabilidad del oficial para remitírselo. El espíritu de cuerpo habría de prevalecer y la

policía solo contaba con “corazonadas” o conjeturas para arremeter contra un hombre a quien la marina, la principal fuerza armada del país, le daría suficiente cobijo. Por otra parte, un intento frustrado de repatriación solo serviría para alertar al sospechoso y predisponerlo contra la pesquisa. Ya buscaría otro procedimiento para traerlo.

Instintivamente, sin percatarse de ello, el superintendente llevó la mano al lóbulo de su oreja izquierda, tironeándola con insistente indiferencia. Mientras el exterior era una máscara impenetrable, su cerebro marcaba una gran velocidad. – Voy a hacer venir a la vizcondesa – dijo para sus adentros y de inmediato transmitió la orden a sus subalternos. Eso sí: tomó la precaución de citarla cerca del mediodía; no quería que el deber lo llevara al absurdo de irrumpir en una residencia importante a una hora impropia. Además, debía concurrir a su casa a higienizarse y cambiar de ropas.

Al promediar la mañana, retornó al cuartel central el superintendente. Se encontraba vestido con impecable sentido de la elegancia. Algo nervioso, quizá, pero durante la conversación con la vizcondesa se iría tranquilizando, sobre todo cuando dejara de lado el rol de galán conquistador y comenzara a actuar en el papel de policía.

Quince minutos antes de las doce, la vizcondesa Lady Marian Ascoll se hacía presente en el cuartel general de la policía londinense. Vestía un traje ajustado color tabaco claro, que hacía juego con zapatos de tacón, cuyas punteras apenas se divisaban debajo del elegante taillor.

Sufferone la atacó con un interminable interrogatorio, del que pudo extraer algunas conclusiones:

-¡Dios mío! Esta mujer está realmente enamorada del oficial naval. Si solo me atengo a sus respuestas, el abandono del vizconde y el fin de su carrera de “femme fatale” para entregarse a Left son medidas inmediatas. Si esto fuera así, la teoría de la venganza toma cuerpo. En ese supuesto... ¡yo sabía lo que hacía cuando le llevé el caso a Materking! – pensó con infantil arrogancia Sufferone.

Naturalmente, todas estas apreciaciones ocupaban el lugar de las conjeturas; nada certificaba, mediante pruebas concluyentes y definitivas, palpables, la responsabilidad del vizconde. Salvo que él voluntariamente estuviera dispuesto a formalizar una confesión por escrito – lo que era impensable – la fuerza policial no contaba con ningún elemento incriminatorio. Tampoco debía contarse con la esposa – pensó con rapidez Sufferone – porque nadie podía garantizar su lealtad ¿y si todo esto fuera un ardid montado por el matrimonio para desviar la pesquisa?

-No, mejor mantener oculta esa baraja por ahora – reflexionó el superintendente, cuyo cerebro cada vez con más frecuencia obraba con el habitual retorcimiento policial y tradicional y útil engañifa.

Es conveniente que se crea que el único sospechoso continúe siendo el oficial naval - concluyó Sufferone su razonamiento.

## **CAPITULO XV**

### **LA PESQUISA**

#### **1) LISTAS DE PRISIONEROS**

Poco después de la derrota inglesa comenzó el intercambio de prisioneros, el que mostró la actitud caballeresca de ambos contendientes. En las nóminas que, de buena fe, ambas potencias se entregaron no figuró, sin embargo, James Left, herido y hecho prisionero en La Boquilla.

Una cierta mañana de finales del mes de mayo, cuando las flores habían poblado los canteros de los alrededores de Londres, dos jóvenes oficiales de la Royal Navy se apersonaron en el domicilio que Horace Left compartía con su esposa.

Eran los dos hijos del matrimonio, Horace (Jr) y Charles, que formalmente deseaban conversar con el padre. Después de estrecharse las manos y tomar asiento – la condición impasible que prevalecía en ellos no hacía posible una expansión mayor – el más grande de los dos

hermanos se dirigió sin preámbulos a su padre:

-Hemos venido a veros, padre, porque nos preocupa mucho la situación de James. No solo nos hace falta vuestra opinión, sino que, además nosotros deseáramos daros la nuestra.

-Os escucho – dijo Left, ocultando su angustia y afectando indiferencia.

-Padre – dijo Horace Jr. – mi función en el Almirantazgo me ha permitido conocer las listas de prisioneros que se intercambiaron con motivo de la frustración de Cartagena y en ellas no está nuestro hermano. Comenté el tema con Charles y ha coincidido conmigo en que os transmitiéramos este dato, requiriéramos vuestra opinión y si fuera posible, que conduzcáis el operativo para recobrarlo. James está vivo, quien sabe en qué condiciones. He revisado con minuciosidad la lista de nuestros caídos – lo hice no solo con los oficiales, sino que amplí la búsqueda a suboficiales y tropa por si hubiera un error - pero en todos los casos el resultado ha sido negativo: James no aparece. Si no está en la nómina de nuestras numerosas víctimas es porque ¡está vivo!

-Hace ya un tiempo – dijo Left entrecerrando los ojos – vino una madrugada una comisión del Departamento de Investigación Criminal a preguntar por James. Como se trataba de un organismo oficial le di los datos principales; por otra parte, James ya se había embarcado con destino al Caribe. Los detectives cabildearon en voz baja entre ellos, saludaron cortésmente y se retiraron. Ahora pienso si esa extraña visita y esta novedad se encuentran relacionadas. Siempre, aún desde chico, este muchacho nos tuvo a su madre y a mí viviendo sobre un polvorín. Con un temperamento tan valeroso como audaz, nos ha tenido con el

corazón en la boca, acometiendo tareas de riesgo y de peligro. Pero – añadió con un dejo de nostalgia – los padres siempre se acostumbran a todo, menos a sufrir. Hicieron bien en acercarme este problema; trataremos de resolverlo.

-Padre – explicó, emocionado, Charles – no es que nosotros desaparezcamos de la acción y del problema. Seguiremos metidos en ellos, pero nos pareció que no debíamos mantenernos al margen. La sangre y el afecto nos unen a nuestro hermano y no permitiremos que se pudra en una cárcel por un olvido cualquiera.

-No solo suscribo lo dicho por Charles, sino que ya mismo iremos al Departamento de Investigación Criminal para conocer – si fuera posible – las razones por las cuales buscaban a James – aclaró Horace Jr.

-Ya lo sé, y ni siquiera se me pasó por la mente la posibilidad de que ustedes eludieran las obligaciones que los vínculos y el amor imponen – les contestó el padre. Mañana mismo iré al Almirantazgo para preguntar si algún buque parte para el Caribe; Sir Arthur Wildebrand ha sido compañero mío en África y salvé su vida cuando un remolino imperceptible intentó tragarlo. Tal vez recuerde ese hecho y esté dispuesto a ayudarme – agregó Left.

## **2) GESTIONES PATERNAS**

Era evidente que Wildebrand no había olvidado su deuda con Left, a estar a la manera como lo recibió. Lo hizo con la cordialidad con que se recibe a un viejo amigo y la lozanía del trato era más elocuente que las mismas palabras. Pronto advirtió que el semblante de su amigo

estaba contraído por la angustia y le expresó su apoyo incondicional:

-¿Qué te trae por aquí? Sé que tu hijo está entre nosotros, pero con seguridad no quieres hablar de él. Pídeme lo que sea, que estoy para servirte con gusto – señaló con honesta sinceridad Wildebrand.

-No hubiera querido molestarte nunca; si lo hago ahora es porque vengo en función de padre, y esa circunstancia explica y justifica todas las imprudencias – le respondió Left.

Con rapidez, Horace Left expuso los hechos tal como los conocía y Wildebrand reaccionó como era de esperar:

-Querido amigo, como primera medida iremos juntos a pasar revista a la nómina de prisionero y de bajas, que por desgracia fueron muchísimas. Te anticipo que si no está en ninguna de ellas, tienes un recurso: la semana próxima zarpa un aviso hacia Jamaica; haré los arreglos para que puedas viajar en él.

La entrevista había concluido. Left acompañó a Sir Arthur para ayudarlo en la tediosa tarea de releer la lista de muertos y prisioneros y cuando concluyó, con resultado negativo, se dijo a sí mismo:

-Esto ya me lo imaginaba. Tenía todavía una vaga esperanza. No queda otra alternativa que ir al Caribe a buscarlo.

Saludó con un abrazo a su antiguo camarada y dirigió los pasos hacia su casa, con el fin de preparar la travesía a Jamaica. Una duda lo acosaba: ¿debía darle detalles a su mujer?

Finalmente, creyó que lo más oportuno era hacerlo. Debía partir para el Caribe, y las preguntas sin respuestas no harían otra cosa que aumentarle la dosis de desconcierto. Aunque esto la haga sufrir, es mejor decirle – pensó.

### **3) EN EL CARIBE**

Acodado en la borda del velero que lo transportaba hacia Jamaica, Left dirigía la vista al infinito sin ver esa línea imaginaria que se traza en el horizonte, cuando mar y cielo confluyen en una única estampa.

Lo perseguía un pensamiento: ¿cómo haría para llegar a Cartagena? A pesar de la evidente derrota de Vernon, Gran Bretaña y España continuaban en guerra, y no había atisbos de solución al problema. ¿Entrar clandestinamente? Imposible, no conocía la lengua y si se topaba con una patrulla española lo ultimarían antes de que alguien pudiera conocer su propósito.

En su cabeza bullía la idea de pedir una entrevista con el comandante de las tropas de España; le habían dicho que era un militar noble, que había padecido mutilaciones en su cuerpo como consecuencia de acciones militares, pero el deseo se confrontaba con aquella realidad, que volvía a abrumarlo con recurrencia crónica: ¿cómo haría para acercarse a su cuartel general? ¿Trajinaría tantas millas de mar y cielo entre su casa y el Caribe para dejarse vencer en las inmediaciones de Cartagena?

Su instinto de luchador incansable (a cargo de una patrulla en África, la había defendido durante dos horas con una sola baja contra



los naturales del país, hasta que recibiera el auxilio indispensable para no sucumbir) le daba por respuesta un rotundo no; algo se le ocurriría.

#### 4) DOS OFICIALES IMPACIENTES

Horace y Charles Left se encaminaron al cuartel general de la policía londinense, donde funcionaba el C.I.D. Con tono modesto pero firme, pidieron hablar con el director y pocos minutos después se encontraban en el despacho de Donald Sufferone.

Expusieron desde el principio y con meticulosidad sus cuitas al paciente policía, que de hito en hito dirigía sus ojos a cada uno de los interlocutores. Por supuesto, el astuto superintendente no soltó prenda y, por el contrario, incorporó los datos que le llevaron los oficiales navales a esa mente archivera y compartimentada que poseía. En algo llevó tranquilidad a los hermanos: nada tenían que ver la investigación y el canje de prisioneros con España, dijo el superintendente sin mirarlos a los ojos.

Si bien esta noticia llevó relativo sosiego a los muchachos, ambos se sintieron en el deber de “hacer algo”, mientras su padre estuviera en preparativos para viajar al Caribe.

-Si al menos supiéramos el nombre de la última conquista de James – dijo con un suspiro Horace.

-¡Diablos! ¡Creo poderlo saber! – respondió Charles con la cara iluminada por el inesperado descubrimiento. En el último cajón del armario que está en la habitación de huéspedes, vi como James

guardaba una esquila con misterio. ¡Malo sería que la hubiera retirado después!

-¡Lo más probable es que hubiera olvidado el lugar en que la guardó! – acotó con ironía Horace, demostrando que conocía los bueyes con quienes debía arar.

-Vayamos a casa de papá. Es nuestra obligación lavar la imagen de James. No me convenció del todo el policía, y nuestro hermano podría ser acusado de no sabemos qué delitos – concluyó Charles.

## 5) LA CITA

En el mismo lugar referido por Charles, se encontraba una esquila perfumada, escrita con letra pequeña y apretada. Los hermanos no osaron leerla, pero no tuvieron necesidad de hacerlo para identificar el remitente: ¡era la vizcondesa de Ascoll!

-A fe que habría preferido que fuera una plebeya... y soltera – dijo, meneando la cabeza Horace. Mandémosle un recado pidiéndole una entrevista; si tiene una relación con James será a espaldas de su marido, y cuando vea nuestros nombres en el remitente elegirá la hora en que ese buen hombre se encuentre fuera de la casa.

En el mismo billete que habían enviado, recibió Horace la respuesta. Con letra apretada y pequeña, decía: “Os espero mañana, a las 2 p.m.”.

Con puntualidad militar (y por si fuera poco, británica), los

hermanos Left estuvieron en casa de los Ascoll al día siguiente. Horace, asumiendo el imperativo que le marcaba su edad, adoptó el papel explicativo refiriendo a Marian Leis, vizcondesa de Ascoll, todos los pormenores que conocía.

Ésta, por supuesto, vivía con la ansiedad que provoca el desconocimiento de los sucesos que ocurrían allende los mares. Cartagena le significaba un destino lejano e indiferente, salvo que en sus inmediaciones se encontraba James, que eran los ojos por donde veía el mundo.

Con mirada encendida y casi gritando, exclamó:

-¡Desde que zarpó, ningún hombre me ha tocado! Ni siquiera el ruin y pervertido de mi esposo lo ha hecho. Señores: no soy una santa, ni mi imagen ocupará los altares papistas, pero intento cambiar y me he consagrado a vuestro hermano James. Descontad que haré lo que sea para que su imagen no se encuentre afectada por una sospecha.

-¿Cómo supo la policía de la relación existente entre usted y James?  
- preguntó Charles.

-La policía sabe todo – respondió la vizcondesa. Es posible que al estudiar mis antecedentes surgiera el nombre de James.

-En ese caso – Charles había entrecerrado los ojos y cavilaba sus palabras de modo que fueran acompañando el pensamiento – si no era a usted a quien perseguía la policía, estarían buscando un nombre ... al identificarla, de sus antecedentes encontraron el de nuestro hermano.

-¡Eso es! – volvió a explotar Charles – ¡Alguna pista que identifique sospechosos... debe haber algo obsesivo y truculento... Nos ayudaría mucho saber qué investiga la policía – terminó el menor de los Left.

El silencio se abatió sobre los tres, hasta que finalmente Marian lo rompió, diciendo:

-Entre los temas más compulsivos debe estar el crimen de las jóvenes prostitutas; al menos el responsable no ha sido encontrado y ningún caso ha sido objeto de un tratamiento tan obstinado por las autoridades – señaló, sumándose a las conjeturas que se estaban lanzando.

Horace Left, que había permanecido en silencio, lo interrumpió para expresarles:

Os advierto que estamos disparando como quien lo hace en medio de la oscuridad. Es cierto que no tenemos otra cosa, pero os llamo la atención: podemos estar avanzando en dirección opuesta al hecho que deseamos desentrañar. De cualquier manera, me sumo a la orientación que se le está dando. Marian, algunas preguntas que haré pueden pareceros indiscretas; por ejemplo: ¿dónde os encontrabais con James?

-Aquí mismo, siempre – respondió la interpelada.

-¿Estaba vuestro esposo?- volvió a preguntar Horace.

-Nunca – contestó con altivez nuevamente la vizcondesa, sin que el rubor apareciera en su rostro.

-¿La servidumbre? – interrogó de nuevo Horace.

-Siempre... pero es muy discreta – agregó Marian, tiñendo de rojo su cara.

-La siguiente será una pregunta por demás indiscreta, pero me resulta tan imperioso hacerla, como a vos responderla. Os recuerdo que bien podría ocurrir que todo esto fuera estéril y estuviéramos marchando en una dirección equivocada. Así y todo, ya que hemos apuntado en esta dirección, continuemos avanzando: ¿dónde comenzaba a quitarse la ropa mi hermano?

La vizcondesa no pudo evitar que el color ascendiera otra vez a su cara, pero respondió:

-James comenzaba a ponerse cómodo en este lugar, quitándose el capote o la chaqueta. Solo más tarde concurríamos al dormitorio ... después... es inútil que intentéis interrogarme pues no recuerdo nada – contestó Marian. Agregó: Austin, nuestro viejo mayordomo (el único que podía ingresar a esta sala) colocaba la ropa que había dejado abandonada James en sus percheros, pero con absoluta invisibilidad, se marchaba a continuación.

-¿El mayordomo tocaba la ropa de James? – preguntó, sorprendido e incrédulo, Horace.

-Si, por supuesto... - respondió con igual sorpresa Marian.

-Llamadlo con urgencia. Tengo una corazonada – sostuvo Horace.

-Yo también – agregó Charles intercambiando una mirada esperanzada con su hermano.

El mayordomo se hizo presente; mantuvo el aspecto de indiferente indolencia hacia los invitados, con una expresión que era mezcla de desafío y desdén. A tal punto llegó su insolencia, que la vizcondesa se sintió en el deber de expresarle:

-Austin, los señores desean interrogarte; pon tu mejor voluntad en las respuestas.

Austin se enfrentó a un militar que, con sus gestos, logró confundir a todos, incluso a su propio hermano. El mayordomo a partir de ese momento comenzó a perder algo de su aplomo inicial que se hizo más notable en la medida en que sus implorantes ojos buscaban infructuosamente los de la vizcondesa para recibir el apoyo de su mirada.

Horace, que había extraído su espada corta, en sordo silencio pasó un dedo por su hoja, como si comprobara el filo. Después, dirigiéndose al sirviente, dijo en tono suave, con absoluta serenidad y meneando la cabeza, algo que terminó por “quebrarlo” al viejo mayordomo:

-Ahh ... Austin, Austin ... viejo maldito... ¿qué robaste de la ropa de mi hermano, James Left?

-¡Nada, nada señor! – contestó el mayordomo mientras miraba con ojos aterrados el espadín que empuñaba Horace.

-Austin, Austin... viejo mentiroso ... ¿sabes que pienso hacer

contigo? Si pensáis en una estocada o una puñalada, os equivocáis de plano - dijo Horace, aparentando ser un asesino frío e indiferente. Solo pienso haceros un pequeño pero profundo tajo en vuestro cuello, de manera que salga sangre en gran cantidad, hasta que mueras, lo que ocurrirá en unos cuatro o cinco minutos. Ya lo he hecho varias veces, de manera que puedo garantizaros que no os haré sufrir. La policía pensará en un accidente de vuestro trabajo y el llanto reprimido de la vizcondesa corroborará la historia. Mi querido Austin, si acostumbráis a rezar, os aseguro que este es el momento indicado.

Confirmando con los gestos la palabra, Horace se adelantó unos pasos y colocó su mano izquierda sobre el cuello del anciano, buscando su yugular. En silencio, Charles miraba a su hermano con ojos nerviosos por la angustia.

-¡No me lastiméis, por favor señor! ¡No os he mentido! ¡Nada he robado de la ropa del señor James! ¡Apenas si corté un botón de su uniforme!

Detuvo de inmediato su mano Horace y dirigió una mirada cómplice a su hermano. La sota comenzaba a mostrar la punta de su pierna izquierda. Sin modificar para nada el estilo, Left dijo al mayordomo:

-Hablad pronto y tal vez no os asesine ¿por qué cortasteis el botón? ¿Qué hiciste con él?

-¡Yo solo cumplí órdenes, milord! El señor vizconde me dijo que lo hiciera ... Después se lo tenía que entregar a él ... para mí era un hecho apenas insignificante... no sabía que podía desatar las iras de nadie ... y menos que mi vida peligraría por ello... ¡Gracias por vuestra piedad,

alteza! – dijo entre sollozos Austin al par que caía de rodillas.

-Escuchadme bien – dijo Horace Left, dirigiéndose al mayordomo en tono imperativo requiriéndole que abandonara el gesto de genuflexión – guardad absoluto silencio de todo esto y en especial no digáis nada al vizconde – si ignorara nuestra intervención, tal vez no se enterare de vuestra traición - ; si me enterara que no has sido obediente con mis órdenes – y podrás dar fe que me enteraré, dijo Left mirando intensamente a Marian – regresaré solo para mataros.

-Confiad en mí, milord. ¡A vuestra orden seré una tumba! – replicó al borde del llanto el pobre viejo, a quien se hizo marchar, dejando a la vizcondesa y los dos hermanos en la sala.

-¿Con que un botón, eh? Se empieza a aclarar el problema; leí en el Times que la única pista que poseía la policía era un botón que aprisionaba la mano de una de las mujeres asesinadas – dijo Marian.

-Ahora sabemos que a James lo identificaron por ese botón de su uniforme y que en función del botón estaban buscando un oficial naval. Debemos analizar con calma qué propósito perseguía su apropiación. En otro orden: muy buena teatralización con el mayordomo, hermano – señaló con alivio un alegre y sonriente Charles.

-¿Quién os dijo que era una teatralización? – respondió con la mirada enigmática Horace.



## CAPITULO XVI

### EL PRINCIPIO DEL FIN

#### 1) LA ESCLAVITUD

La travesía hasta Jamaica no estuvo exenta de emociones: apenas ingresaron en aguas del Caribe las embarcaciones españolas comenzaron a demostrar que ésa era zona de ellos y no de los piratas ni de los ingleses.

Como si surgiera detrás de un banco de niebla, un bergantín español apareció frente al aviso inglés. Era un buque inmenso para sus características, y el capitán de la embarcación británica hubo de felicitarse que las atarazanas de España todavía estuvieran adscriptas a la doctrina del Marqués de Santa Cruz, que prescribía la construcción de navíos enormes.

Dicho sea al pasar, la razón no era caprichosa: don Álvaro de Bazán pensaba que los navíos grandes, además de portar una robusta

artillería, podían ser utilizados como medio de transporte de soldados y disponer de ellos en los abordajes, su arma predilecta en los cuerpo a cuerpo navales.

Como en tantas ocasiones, la fortuna de los ingleses quedó evidenciada: el velero que revistaba como aviso izó al tope los lienzos, maniobró en forma zigzagueante para burlar la persecución y sacó una considerable distancia de su acosador. El pesado bergantín solo pudo divisar cómo en lontananza se iba perdiendo la graciosa embarcación.

Ésa, quizá fue la alternativa más incómoda. En varias ocasiones se divisaron a lo lejos naves españolas, pero el astuto capitán, que había nacido en Irlanda hacía casi cincuenta años, eludió toda aproximación y al amparo de la agilidad de su buque, puso millas de distancia con el enemigo.

Finalmente, después de una navegación que se prolongó en exceso con la amenaza permanente de la falta de cítricos y la sombra del escorbuto, se echaron anclas en Kingstom.

Con sus problemas a cuestas, Left apenas alcanzó a despedirse del capitán y arrojando la bolsa de viaje sobre sus hombros, se introdujo en las sórdidas calles que rodeaban el embarcadero.

Caminaba sin rumbo en busca de un hotel donde hospedarse, cuando sus pasos dieron con una especie de tinglado donde se efectuaba una subasta de esclavos. Sintió repugnancia, sobre todo cuando advirtió que el “patrón” del lugar era un hombre de aspecto patibulario, pelirrojo y con una barba que no era visitada por la navaja desde muchos días antes.

Era un individuo que había nacido en el norte de Irlanda más de cuarenta años atrás; se llamaba ahora Leslie Brown, nombre que había ido cambiando en la misma medida en que las autoridades requirieran el paradero del titular del nombre anterior. Con ese burdo expediente, desde hacía años burlaba el brazo largo de la justicia inglesa en América. Ahora se dedicaba al “digno” trabajo de subastar esclavos y hacerse de unos pesos que gastaba ominosamente en las tabernas cercanas al puerto, entre alcohol y prostitutas.

Left contuvo el asco que le provocaba la situación en que se encontraban los hombres de color y detuvo su marcha frente a un esclavo de notable corpulencia y mirada altiva y desafiante.

-Lo rematan hoy, porque ha sido recapturado en la selva; ha desertado de sus patrones y en lugar de matarlo – como hubiera correspondido – han resuelto hacerse de unos peniques, tal vez de una libra – dijo Brown como buen comedido.

-¿Su delito ha sido escaparse para ser libre? – preguntó Left.

-¡Ja! – respondió Brown. El infeliz no solo pretendía ser libre, sino que además intentaba volver a África. ¡Cómo si fuera fácil para un negro viajar de incógnito! Si lo hiciera de polizón y su presencia fuera advertida sería arrojado al mar, como debe ser – agregó el irlandés acercando su cara a Left y envolviéndolo en el aliento rancio que tenía.

-¿Sabe algún idioma? – preguntó Left con escepticismo.

-Eso es lo notable – expresó Brown, pensando en ganar unos

chelines con el impresionable inglés – aprende con gran rapidez, no solo los dialectos de África sino también el inglés y el español.

Left, que había sacado a relucir sus aptitudes innatas para detectar las condiciones de las personas, enfrentó al rudo africano, que a su lado parecía un gigante encadenado.

-Puedo compraros y quitaros las cadenas; también os puedo dar la libertad en poco tiempo. Quizás hasta le pague a un capitán para que os lleve al África de regreso – dijo con frialdad Left. Claro está, deberías hacer con eficiencia un trabajo delicado para mí.

El esclavo pareció entender, pero guardó silencio y distancia. Hombre forjado en las duras peleas de la adversidad, no habría de ceder con rapidez su naturaleza cimarrona. Left se puso de acuerdo con el irlandés en el precio, que era mucho más beneficioso para el dueño de lo que hubiera obtenido en una subasta franca. De inmediato le hizo quitar las cadenas; Brown, que había hecho un gesto de sorpresa obedeció y con fatalismo realizó un ademán resignado, como el de quien reconoce encontrarse en presencia de un reformador, tan idealista como inservible.

Cuando la llave giró para abrir la última agarradera, que era la correspondiente al cuello, Brown imaginó en ese momento un furioso arrebató del africano. Sin embargo, no ocurrió así; el esclavo permaneció impassible, quieto y, sin perder la arrogancia. Una actitud de sumisión al nuevo patrón había en su mirada. Left hizo un gesto con la cabeza y se puso en movimiento, seguido en forma silenciosa por el africano.

A poco andar, se encontraron con el banco de una plaza, en el que tomaron asiento.

-¿Entiendes mi lengua? – preguntó en forma directa Left.

El movimiento de cabeza del esclavo decía que si. Horace volvió a repetir su promesa, pero explicó cuál era la condición:

He venido desde Londres para entrevistar al almirante Blas de Lezo, que tiene su reducto en Cartagena de Indias. Me urge verlo y pienso que si intentara ingresar a los dominios de España de manera clandestina, podría toparme con una patrulla española, que sin dudas me ultimaría. Por eso es fundamental que entiendas el objeto de tu tarea: debes ingresar al territorio español y lograr esa audiencia. Todavía no sé cómo lo haremos; por de pronto iremos a Portobelo, que está muy cerca de Cartagena. Se bien que ambas cosas son difíciles, pero la lucha por la libertad también es; si la misión que os encomiendo fuera sencilla, la libertad tendría escaso valor; debéis trabajar duro por un fin importante.

Por primera vez, apareció una sonrisa en los labios del africano:

-Hablo español. He sido capturado en un territorio que es de España. Trabajé como hombre libre para el Consejo Colonial y ahora trato de aprender tu lengua, pero deseo volver a mi tierra donde tengo mujer y tres hijos. Mi nombre es N´Bogo – dijo en un inglés muy malo a la vez que tendía una mano abierta a su amo.

Horace Left no pudo impedir que una sonrisa de felicidad iluminara su cara; por un momento dudó en estrechar la mano del esclavo, no

porque una actitud despectiva se hubiera apoderado de su conducta. En cambio no sabía si una mirada indiscreta pudiera estar observándolos para caerles encima, considerando aberrante su tolerancia. Así y todo, Left estrechó la mano de N´Bogo y selló la suerte de su promesa.

Esa noche, en un modesto hotel de las inmediaciones portuarias, Left tomó un cuarto para sí; N´Bogo, en su función de “esclavo”, debió compartir con otros compañeros que ostentaban la misma condición, el hacinado galpón a que se los destinaba, guardado por perros que no solo informarían con sus ladridos un intento de escape, sino que ellos mismos perseguirían con saña al fugitivo.

Al amanecer del día siguiente, ambos se dirigieron nuevamente al puerto, tratando de encontrar algún buque que fuera a Portobelo. Tuvieron suerte. Una falúa de dos velas partía en unas horas con destino a la antigua perla del Imperio Español.

Portobelo se había convertido, después del saqueo y la destrucción parcial de Vernon, en una ciudad distinta. Es cierto que al irse los ingleses España ingresó nuevamente a ese territorio, pero nunca volvió a ser la de antes; ahora era un enclave cosmopolita, donde convivían antiguos aliados y noveles enemigos con adversarios tradicionales. Un individuo que solo hablara inglés no podía llamar la atención.

Left conversó con el capitán, abrió con generosa disposición su faltriquera, entregó la suma acordada y permaneció a bordo hasta el momento de la zarpada. Los vientos les fueron favorables, no tuvieron ningún encuentro con salvajes piratas, ni un tifón, de los frecuentes en la zona, se hizo presente; la flota española de Torres tampoco fue divisada; la fortuna acompañó a los navegantes. Llegaron a destino

después de varios días de navegación en los cuales Left apenas pudo pegar un ojo en el modesto compartimento de popa.

El capitán de la falúa propuso a Left – al llegar al puerto de destino - compartir el cuarto del hotel que había recomendado. Al amanecer siguiente, después de un sobrio desayuno, en el que las palabras “gracias”, “más leche, por favor” “deseo café” y otras por el estilo recordaron a los navegantes que ése fue, durante siglos, un dominio de España, se dirigieron ambos a sus respectivas actividades.

## 2) ÉXITO DE N´BOGO

Left y su “esclavo” fueron hacia el sur del enclave y cuando llegaron a los confines, Horace se dirigió al africano:

-No os referí que motivos tenía para entrevistar al almirante Lezo. Ahora os lo digo: después de los violentos combates entre España y Gran Bretaña, hubo un intercambio de prisioneros y mi hijo, que está detenido, no fue entregado por los españoles, ni figura en ninguna lista. Si ha muerto, deseo ver su tumba y llevarle la desgraciada noticia a su madre; si no lo está, quiero que el almirante Lezo me diga en mi propia cara cual es el motivo de la retención. A partir de este momento me podéis traicionar; tal vez consideraros libre (aunque seréis un fugitivo) y no regresar jamás. No tendré más alternativa que intentar, por mis propios medios, ingresar a territorio español. Pero he confiado y confío en vos; os estaré esperando cuarenta y ocho horas. Id y que Dios os ayude.

N´Bogo escuchó en silencio a su “patrón” y cuando éste hubo

terminado, en mal inglés, con una sonrisa, le dijo:

-Señor: me habéis tratado con respeto y confiado en mi pericia para encomendarme una misión que afecta vuestros sentimientos. Aunque no me hubieras prometido la libertad, no os traicionaría. Esperadme el plazo que te has fijado; tal vez regrese antes, pero recordad que solo la muerte puede impedir que cumpla con mis deberes.

Sin más, N´Bogo se internó en la selva que rodea Portobelo y penetró más aún, en territorio español. “La suerte está echada” se dijo Left en latín parafraseando a Julio Cesar y, abrumado por los acontecimientos, regresó a la ciudad-puerto. Pero no podía permanecer quieto en ningún lugar; ansioso, retornó al paraje desde donde había partido N´Bogo; allí lo sorprendió la noche.

No tenía forma de saber la hora, pero de acuerdo al momento en que había entrado el sol, supuso que no era muy tarde. ¿Qué hacer? ¿Permanecer en ese lugar durante las cuarenta y ocho horas próximas esperando a N´Bogo? Prefería mantenerse en ese lugar, aunque la quietud le hiciera interminable el tiempo, antes que volver a Portobelo, donde el ocio le hacía más prolongada aún la espera. Además, todo debía hacerse en forma rápida; era inminente un despliegue español por tierra para expulsar a los ingleses en forma definitiva y lo más probable era que Gran Bretaña desapareciera para siempre del enclave y con ellas los pocos británicos que aún estuvieran allí.

No debió esperar mucho, pues el movimiento de unos matorrales próximos, le advirtió la presencia de alguien. Miró fijo en esa dirección, tratando que sus ojos divisaran algo en medio de la oscuridad. Cuando se habituaron, advirtió que era un hombre corpulento; avanzaba hacia



él; N´Bogo, venía feliz con el resultado de la misión encomendada.

-Me ha ido mucho mejor de lo esperado – dijo el africano en su inglés imperfecto. Debemos caminar un poco, pero después una balandra nos llevará hasta la isla de Tierra Bomba, muy cerca de Cartagena. Desde allí, por la bahía o por tierra llegaremos a esa ciudad.

-Os equivocáis al hablar en plural – dijo Left. Agradezco tu honradez pero no puedo permitir que sigas arriesgándote. La libertad que os había prometido ya está concedida – alargó la mano con un papel en el que estaba impresa la concesión de esa gracia.

-El que os equivocáis sois vos. No podrías manejarte sin mi ayuda; por lo menos hasta conseguir la audiencia con el almirante. ¿Quién hablará en tu nombre, cuando los españoles os rodeen? ¿Quién pedirá la audiencia? No, mi amo – contestó el africano, a quien se habían “pegado” algunas expresiones de sus colegas - aunque rescato el valor de lo que hacéis por mí, no podría dejaros. Es inútil cualquier intento por persuadirme; ya he tomado la decisión de quedarme e ir con vos.

Left miró largamente a ese hombre; no se había equivocado cuando reparó en él y a juzgar por sus palabras, todavía permanecerían juntos un largo tramo. Creyó que sería inútil cualquier intento por hacerlo variar de opinión. A caminar, pues.

Horace llevaba una camisa amplia y un par de botas cortas, de cuero blando, con el borde plegado hacia afuera en la extremidad superior. Los pantalones eran ajustados y le cubrían media pierna, como marcaba la época; las medias, de color natural, se unían al pantalón un poco más abajo de la rodilla. En la mochila llevaba una muda blanca, camisa, medias y pantalón. Se imaginaba que Blas de

Lezo – como buen soldado – no se fijaría en su atuendo, pero se sentía más cómodo pudiendo reponer la ropa estropeada por el viaje desde Portobelo.

La balandra estaba esperándolos y al impulso de un leve viento norte, al anochecer del día siguiente se acercaron a Tierra Bomba. El patrón de la embarcación había estado en la reciente conflagración y actuado en forma directa bajo el mando del almirante Lezo. Conservaba de él no solo un recuerdo cargado de afecto y nostalgia, sino admirativo, gesto que se reserva siempre a quienes han hecho de su mérito y valentía en el combate, un motivo de existencia.

### **3) EL ENCUENTRO**

Dos días después de llegados a Cartagena de Indias, el almirante Blas de Lezo confería una audiencia a Left. Lo recibiría en su despacho, cuartel general de Nueva Granada, al día siguiente a las diez horas. Anotación brillante para N´Bogo que la había conseguido.

Por el amontonamiento de emociones y la ansiedad por saber de su hijo, Left apenas pudo conciliar el sueño esa noche. Al amanecer del día siguiente, el sol lo encontró vestido y listo para concurrir a la audiencia. Llegó una hora antes, y el centinela con una seña lo hizo pasar a la sala donde esperaban los que querían tratar algún tema específico con el comandante de armas.

De la iglesia Catedral sonaron a los pocos minutos las campanadas que señalaban la hora exacta: dieron nueve. Entendió Left que se había adelantado más de una hora. Esperó con paciencia y al poco rato

escuchó, del otro lado de la puerta, el inconfundible ruido que produce una “pata” de madera, cuando golpea contra el suelo porque el usuario se desplaza de un lugar a otro.

Sin embargo, algún secuaz le debe haber avisado al almirante de la presencia “de un inglés”, porque Lezo, caballerescamente, lo hizo ingresar antes del horario. Un ordenanza, tan silencioso como expeditivo se acercó al padre del prisionero y lo hizo entrar al despacho.

Se sintió sorprendido. Pensaba dar con un sujeto arrogante, de gran estatura y porte soberbio y se encontró con un hombre normal, al que sucesivos combates le habían arrebatado partes de su cuerpo y envejecido su figura. Tomó asiento y se escuchó a sí mismo transmitir en un mal español los datos de su hijo al almirante. En silencio, éste hizo que se acercara el centinela, y a su oído transmitió una serie de expresiones, incomprensibles para el inglés, un poco porque habían sido pronunciadas en voz baja, otro poco porque su desconocimiento de la lengua española era total. El soldado salió con rapidez y al cabo de una hora aproximadamente regresó con el prisionero, esposado. Al ver a su progenitor parlamentando con Blas de Lezo, solo exclamó:

-¡Padre! – y un nudo poderoso en la garganta le impidió continuar.

Left se había puesto de pie, se adelantó hacia el muchacho y lo estrechó en un abrazo. Lezo contemplaba con gesto indiferente el emocionado encuentro, pero dijo:

-Nada me impide entregároslo, y de hecho así lo haré. Si habéis venido desde vuestras islas y desafiado al ejército de España con una

presencia casi clandestina, es porque vuestro hijo realmente os interesa. Fue retenido contra mi voluntad a raíz de un pedido policial enviado desde Londres, cuyo acatamiento se hizo en secreto. La policía de España y la británica continúan cooperando entre sí a pesar de las guerras que pudieran enfrentar sus respectivas naciones. Podéis llevarlo; es vuestro hijo y nada puedo hacer sin incurrir en injusticia si no os lo doy, mal que pese a vuestra policía. Él podrá deciros cómo ha sido tratado en prisión. Por lo demás, os daré un salvoconducto para poder salir de esta ciudad sin sobresaltos. Esperad afuera, que cuando se encuentre listo un secretario mío os lo hará llegar. Adiós.

Y el almirante debió bajar la vista para continuar, con su solo ojo, la lectura de los folios que le fueran alcanzando sus colaboradores. No se encontraba cómodo en ese ambiente. Añoraba el olor de la pólvora, el trueno del cañón y el grito de los soldados en medio del combate. Ése era el verdadero Blas de Lezo, un auténtico hombre partido al medio por sucesivos combates, que sin caer en yerro, bien podría haber sido llamado hombre y medio.

## CAPITULO XVII

### FIN DE FIESTA

#### 1) EL FINAL

Horace Left (jr) se estaba reponiendo de un fuerte golpe en la nuca.

Lo sorprendió, sin embargo, tener ante si nada menos que al vizconde de Ascoll totalmente inconsciente y a su hermano Charles, que lo sacudía sin piedad para hacerlo volver en sí. Su primera reacción fue contra el menor de los Left:

-¡Te prohibí que te involucraras y me siguieras!

-Me importa un rábano tu prohibición. Este tema nos afecta por igual a ambos. Me imaginé que este maldito vizconde era capaz de ocultar algunos secuaces cuando se encontrara contigo. Por fortuna yo también me escondí – obviamente de ti – y cuando arremetieron en contra tuyo pude salir de mi escondite y ponerlos en fuga. Demás está decir que golpeé al vizconde “sin querer”, al pasar a su lado. Como todos los sicarios, los verdugos han resultado unos cobardes que huyeron cuando los enfrenté.

El vizconde estaba volviendo en sí, solo para advertir que su situación no era plácida. En frente, dos oficiales – con seguridad colegas de Left – estaban dispuestos a someterlo a las mayores penurias para obtener la verdad. Para colmo, los compinches que había contratado desaparecieron y, como ya cobrarán la paga convenida, era poco probable que volvieran. Sus perspectivas no podían ser peores.

Todo empezó cuando los Left resolvieron interceptar al vizconde de Ascoll y arrancarle la verdad, aunque fuera empleando maneras extremas. Los hermanos entendían que cuando el tiempo urgía, estaba legitimada la utilización de malos modos en el cuerpo de los prisioneros.

El razonamiento era lineal: si James estaba sospechado por un botón del uniforme, y se sabía que Ascoll era quien se había apoderado de él, ese individuo era la clave de todo. Desenmascarado él, la lógica indicaba que por añadidura, el crimen debía quedar descubierto Y Ascoll encarcelado. Para conseguir eso, era preciso atraer al vizconde a una celada y arrebatarse los conocimientos que tuviera. Ese plan era perfecto, salvo en un punto: ¿cómo preparar una emboscada al vizconde? El cebo tendría que ser muy tentador, lo suficientemente atractivo como para despertar la glotonería del ratón más tragón pero cauteloso de la cueva. Habría que inventar un buen embuste, pero ninguno de los hermanos tenía condiciones para ello; descartado el engaño, ¿cómo tenderle una trampa?

Horace recordó la afirmación de Marian, referida al crimen de las jóvenes prostitutas; algo había leído, vagamente, sobre el tema y cuando el caso pudo relacionarse con James, lo estudió a fondo, con

mordida contracción. ¿Y si la policía hubiera vinculado el botón a ese crimen repetido?

Se decidió finalmente por enviarle una esquela a Ascoll, aunque dudaba mucho del éxito de su plan. En ella que le decía conocer pormenores ocultos a la prensa de los crímenes, sugiriendo que había obtenido con un ardid una valiosa confidencia de su mayordomo, según la cual le ordenara extirpar un botón del uniforme al marino. Para hacer más realista el relato y enmascararse como un rufián, ponía un precio a su silencio, imaginando que de esa forma, la carnada podría enmascarar el anzuelo y atraer al pez.

Y así fue, nomás. El vizconde aceptó el encuentro, que debió realizarse en una zona deshabitada de Londres. El primero en llegar al lugar fue Horace, quien llevaba en mente una cantidad enorme de preguntas que le haría a su contraparte. Después llegó Ascoll, sonriente y seguro de sí mismo; había distribuido convenientemente a sus tres esbirros y comprobó que estaban en sus puestos (a espaldas del joven marino) ni bien llegó. Charles había seguido a su hermano y, cuidando que éste no advirtiera su presencia, se escondió en forma oportuna en las inmediaciones del escondrijo de los secuaces.

La voz de Horace resonó, templada y segura en el frío atardecer londinense, por supuesto olvidando el interrogatorio preparado de antemano:

-¡Maldito Ascoll! ¡Os voy a degollar con esta misma espada! – gritó Left agitándola con su mano derecha, un poco para hacerse escuchar y otro poco para intimidar al oponente, omitiendo la retahíla de preguntas que pensaba hacerle. En realidad, no debe haber sujeto más

negativo que un médico curándose a sí mismo, ni abogado litigando en causa propia. En esa misma línea debe anotarse la actitud de Horace Left, quien con su indignación solo estuvo a punto de malograr el encuentro.

-¡Ja! ¡¿con que venías a chantajearme?! ¡No podrás asesinarme! ¡No solo me defenderé, sino que os haré morder el polvo por vuestra insolencia! – respondió Ascoll con la misma vehemencia.

-¡Eres un asesino de mujeres! ¡Sois un maldito cobarde! – gritó nuevamente Left.

-¡No soy ningún asesino! ¡Si no conocéis la realidad dejad de insultarme! – respondió con idéntico tono el vizconde.

-¡Eres un maldito asesino que ha intentado hacer caer las culpas en otro! ¡Asesino y cobarde! – insistió Horace.

-¡Yo no maté a esas muchachas! ¡Involucré al maldito James Left por razones que me incumben solo a mí, pero no soy un asesino de mujeres perdidas! – refutó a su vez el vizconde.

-¡No os creo!

-A fe que no me importa si me creéis o no; ni siquiera lo digo porque os tema. ¡Lo afirmo solo porque es verdad! No me ha importado que mi mujer revolcara su humanidad en cuantas camas quisiera, siempre que acatara mis dictados y usara su cuerpo para mis objetivos. ¡Pero a partir de ese maldito Left debí soportar desaires a mis pretensiones! ¡Y eso no lo voy a tolerar! ¡La cárcel o la muerte para Left es poco castigo para un maldito que interfirió en mis planes! – dijo



entre gritos Ascoll.

Fue en ese momento en que dos de los sicarios que había contratado aparecieron en escena, golpeando brutalmente la espalda de Horace Left y provocando la irrupción de Charles, que salió de su escondite para defender al hermano atacado. El tercer sayón huyó de la escena sin siquiera intervenir. Lo demás es conocido.

Cuando Horace terminó de reponerse, blandió nuevamente la espada y la acercó a la garganta del vizconde:

-Os juro por Dios Nuestro Señor que voy a degollaros aquí mismo si no me decís toda la verdad – dijo Horace con más elocuencia en sus ojos que en las palabras.

-¡He dicho toda la verdad! – imploró un hombre que había perdido la dignidad varonil y sus expresiones iban entrecortadas por el llanto. ¡Solo actué por indignación! ¡Vuelvo a repetiros! No me interesa que mi esposa se revuelque en cualquier cama, basta que además lo haga con quien se lo ordeno. ¡Con este oficial ocurrió lo impensado! ¡La muy estúpida se enamoró! A partir de esa actitud se negó a aceptar mis órdenes y razoné que eliminado el amante, volvería por sus fueros. Cuando se produjeron esos crímenes vi la ocasión de poner en marcha mi plan, incriminando a un enemigo que, en esos casos, ¡sólo en esos! era inocente.

La cara de Horace no se había modificado. Apretando la espada contra la garganta del desgraciado, expresó:

-¿Porque eres inocente trajisteis verdugos para que me ataquen a

traición? – más que una pregunta, fue una afirmación del marino.

-¡Perdonadme, perdonadme! ¡Me arrepiento de haberlos contratado! ¡Pensé que vos erais para mí solo un chantajista y mi única intención fue provocaros miedo! Fijaos que no os atacaron con armas mortales... y huyeron al primer conato de resistencia – intentó difumar su culpa Ascoll.

-¡Mientes! ¡Huyeron porque son cobardes, y solo atacan por la espalda! ¡Ésa fue la única razón por la que desaparecieron! ¡Ésa... y que ya debíais haberle pagado! – ironizó con furia Left.

-¡Piedad señores! ¡No podía imaginar que me encontraba frente a dos caballeros dispuestos a lavar el buen nombre de un camarada! – expresó un aterrorizado vizconde.

-¿Un camarada? ¡Es nuestro hermano, imbécil! – acotó Charles.

Horace simuló estar dispuesto a eliminar al vizconde y Charles acompañó el ardid de su hermano, contribuyendo a fingir el homicidio, que en realidad no estaba en sus planes realizar. En rigor de verdad, Ascoll era un noble influyente, muy rico, con vinculaciones en los niveles más elevados del poder. Además, ahora conocía sus nombres, sabía que eran los hermanos de James Left... con seguridad tomaría represalias contra ellos una vez que le dieran libertad. ¿Qué hacer con ese hombre?

Horace en ese momento lamentó no ser un rufián para que la falta de escrúpulos le permitiera asesinar con impunidad. Pero no lo era...

El tiempo pasaba y ahora comenzaba a jugar a favor de Ascoll; si no lo mataban (para lo que ninguno de los dos hermanos estaba dispuesto) y tampoco lo liberaban con un compromiso, entonces el problema era grave para los hermanos: Ascoll haría reverencias y juraría reconocimiento eterno a sus perdonavidas, pero después, con la serenidad que le provocaba la seguridad, comenzaría a planear una venganza tan retorcida como injusta. Si se le iba a dar la libertad (lo que ocurriría en forma inexorable) debía planearse algo y con mucha urgencia.

A Horace y Charles Left se les ocurrió una salida que los dejó conformes:

-Id en libertad, vizconde – dijo Charles. Es más: podéis denunciarnos cuando queráis; incluso de inmediato; estaremos aguardando que lo hagáis, para referir los pormenores del corte del botón y la colocación del mismo en las inmediaciones de la víctima. Tendréis que dar muchas explicaciones a la investigación, entre las cuales: cómo sabías antes que la policía la existencia de un cuerpo asesinado y porqué nada hiciste para evitar el crimen o por qué no lo informaste de inmediato a las

autoridades. Creo que la pesquisa no tendrá – por más vinculaciones que exhibas – la misma disposición que hemos tenido nosotros para creeros.

-Así es, mi querido vizconde – agregó con mucha serenidad Horace. Nosotros solo aspiramos a lavar el prestigio de nuestro hermano, y con los datos que hemos conseguido lo logramos. Hablad, y nosotros también lo haremos. Callad y nosotros callaremos; de ti depende, pero

recuerda que puedes hacer lo que os plazca.

La noche se había cerrado y sobre las estrechas calles de Londres comenzaba a caer la niebla. Dos hombres jóvenes caminaban con satisfacción, aprovechando entre bromas los deleites que trae el verdor de la edad.

-Solo nos queda ir a la CID para demostrar nuestros conocimientos y aconsejar la orientación que creemos conveniente con la investigación de los crímenes – dijo el mayor de ellos.

Nos conviene hacerlo mañana mismo – contestó el otro.

## **2) DESENLACE**

Desconcertado, Donald Sufferone volvió a leer la carta, de cuyo contenido no alcanzaban a dar crédito sus sentidos. Tenía el carácter de una confesión (la formación policial del superintendente prevalecía sobre cualquier otro aspecto formal), una explicación y una despedida. Su contenido confirmaba la versión de los hermanos Left y exoneraba en forma total a James. En realidad lo sorprendente era el remitente: nada menos que el ex superintendente, Sir Oberdan Materlking.

El texto era escueto pero emotivo y el superintendente sentía en sus cienes los latidos de un preciado bombeo del corazón; le parecía que la cabeza estaba a punto de explotar. No podía leer sin que un nudo se cerrara en su garganta. “Mi estimado Sufferone: Dos líneas solo para decirle que no se fatigue más con la investigación de los crímenes de las rameras. Yo soy su autor y lo he hecho para probar que soy capaz de cometer un delito perfecto.

El Departamento de Europa más avanzado en la investigación criminal, ¡burlado! La astucia de un viejo policía ha resultado superior a la inteligencia acumulada de varios investigadores.

Por favor; no se sienta mal por esto. Usted estaba bien orientado en la pesquisa, y piense que solo hoció ante su superior. Un hombre no debería retirarse nunca; he pasado noches enteras mirando el cielorraso de mi dormitorio hasta que urdí este plan que me hizo sentir otra vez vivo.

¿Por qué elegí meretrices? Mi condición de policía no la he perdido. Sé, desde el juramento que efectué al ingresar, que mi deber era proteger a la sociedad. Lo hice siempre y no podía dejar de hacerlo ahora. Las prostitutas son una mancha oscura de esa sociedad; existen desde la eternidad y cuando el mundo desaparezca, subsistirán, como las hormigas o las alimañas más odiosas.

Por supuesto conozco la existencia de muchísimos perdularios que emplean guantes blancos para enmascarar sus malas acciones, pero justamente por ello, algunos son verdaderos líderes de esa misma sociedad. La prostituta allana el camino porque está socialmente identificada con las pasiones más bajas del individuo y su desaparición física no habrá de alterar la vida de esa misma sociedad.

Finalmente, he decidido poner fin a mi vida. Después de esta confesión no puedo continuar con mi existencia ni estoy dispuesto a conocer la cárcel desde el mismo lugar en que hice encerrar tantos malvivientes. No investiguen mi suicidio, porque no es necesario; usted, Sufferone, conoce mi letra y está en condiciones de dictaminar sobre su

autenticidad sin necesitar el soporte de un experto. Le deseo éxito en la carrera que tiene por delante, el que doy por descontado dadas sus notables condiciones, que lo hacen el mejor para el cargo.

Si alguna vez me evoca, tenga presente que siempre estaré dispuesto a ayudarle, aunque físicamente no me encuentre presente.

Le mando un fuerte e interminable abrazo. Con todo mi afecto, Oberdan Materlking”

Sufferone volvió a leer la carta, y lentamente, abrumado por la pesadumbre, buscó la carpeta del caso, colocó en su interior la carta que acababa de leer, con mano temblorosa tomó el sello que habitualmente se utilizaba para los expedientes concluidos y con ademán hierático e inescrutable dio por terminado el trámite.

### **3) ULTIMAS REFLEXIONES**

En la puerta de una modesta pero digna vivienda del suburbio londinense detuvo su marcha un coche policial, arrastrado por un viejo rocín; de su interior descendió un hombre de aspecto cansado, del que solo divisaba, el ojo atento del observador, un bigote rubio y entrecano. Su recia contextura no alcanzaba a ser disimulada por las ropas que lo cubrían. Era el superintendente del CID, (Departamento de Investigaciones Criminales) de la policía británica, Donald Sufferone.

Con una agilidad que desmentía el cansancio, descendió del coche policial y llamó en la puerta de la casa de Horace Left. Con reconocida amabilidad fue introducido en su interior donde lo aguardaban el

dueño de casa y su hijo mayor.

Sin preámbulos, el inspector fue directamente al tema que le había llevado a concretar esa visita. Dirigiéndose a James Left, dijo:

-Vengo a disculparme. Me he dejado llevar por los indicios objetivos y enderecé la investigación como si el asesino fuera usted, sometiéndolo a una serie de vejaciones provenientes de su condición de sospechoso. Me disculpo, aunque como suele decirse, “en el pecado está la penitencia”: mi gran amigo, el hombre que fuera mi mentor y a la inspiración de su talento el reino debiera tantos crímenes esclarecidos, ha confesado ser el asesino y se ha suicidado. Muchos de sus subordinados adquirimos las enseñanzas de su sabiduría, y yo, en particular, debo a su generosa conducta la promoción que gozo.

Eso hace finalizar la investigación de fondo, aunque algunos puntos oscuros aún subsisten. De todas maneras, estáis fuera de toda sospecha, señor; es posible que aún debáis ser citado como testigo, pero os adelanto la noticia. No ocurrirá como en Cartagena, en que solicitamos a los españoles vuestra retención y yo, personalmente, debí mentirles en la cara a vuestros hermanos para ocultar el alcance de la indagación.

-Señor: aceptamos vuestras disculpas pero las consideramos innecesarias. Estabais cumpliendo vuestro deber – dijo Horace Left asumiendo la representación de su hijo y poniendo fin al tema.

-Yo, que soy la persona que más ha sufrido por este error, también os disculpo por el tiempo que he transcurrido en las mazmorras españolas. Por fortuna he sido bien tratado; pero si no lo hubiera sido,

mi vida sería ofrecida como un homenaje a la seguridad de nuestro país – agregó el propio James.

-No creáis, señor, que desconozco la magnitud de esta paradoja: mientras vos peleabais en el Caribe defendiendo la patria, ésta, por nuestra culpa, os acusaba de la comisión de crímenes de los que erais inocente – dijo con humildad Sufferone.

-Nunca he atribuido la acusación a una injusticia de la patria; a lo sumo ella puede ser imputada a errores de sus hombres - replicó James.

Horace, expresó, dirigiéndose a Sufferone y tanto como para cambiar el tema:

-¿Apeteceríais té? No creo que por la hora y estando de servicio, pudierais tomar otra bebida, pero de cualquier manera, consideradla ofrecida, concluyó empleando un gesto cargado de cordialidad.

-Gracias señor. Un té estaría muy bien – replicó el superintendente. Agregó, dirigiéndose a James: se dice que en el Caribe no nos ha ido demasiado bien ¿podéis agregar algo de vuestra propia cosecha?

-Claro que si – respondió el interpelado endureciendo la mirada. He podido paladear las mieles de la victoria próxima y el acíbar de la derrota. He formado parte de la conducción de esa legión de compatriotas que creyeron en el triunfo y se enrolaron para saborearlo y después debieron contentarse con poder lamerse las heridas. Otros ni siquiera pudieron abochornarse con eso, porque dejaron los huesos en ciénagas empalizadas españolas. El suelo estaba rojo, pero no de



sangre, sino de las casacas de nuestros soldados, muertos en embestidas frustradas.

-¿Creéis que hemos sido conducidos con falta de talento y el general español lo ha tenido de sobra? – preguntó Sufferone.

-Señor: no debo juzgar a mis superiores, pero si el mar Caribe estaba cubierto por nuestras velas, los hombres de que disponíamos en número eran infinitamente superiores a los de España y nuestros medios eran más contundentes que los del enemigo, es difícil encontrar una explicación que no esté ligada a quienes nos impartieran las órdenes – expresó James Left y agregó:

He tenido la fortuna de conocer en prisión a un compatriota de Gales, que ha vivido en Cardiff y Swansea, a quien no vacilo en dar el título merecido de sabio. Litton Steward se llama este oficial que no dudó en enrolarse en la Royal Navy para servir a una patria cuya lengua original, la céltica, hablaba y escribía mi amigo con fluidez. Por cierto, no es la oficial de Gran Bretaña; nuestra isla la abandonó hace mucho.

Decía Steward que nuestra discordancia recurrente con España data del Tratado sobre América de 1670, impuesto a contrapelo de los españoles y que, empero, no sirvió para regular el ingreso de nuestros productos a las Indias Occidentales, eludir los conflictos permanentes por los límites de La Florida o garantizar la libre navegación del mar Caribe, que continuó siendo un conflicto permanente entre bucaneros, que deseaban imponer su ley y buques españoles que procuraban aplicar la de gentes. ¿El monopolio económico que ejercía España? ¡Ése es un problema que atañe exclusivamente a España, a sus colonias y a sus comerciantes! Nosotros somos ajenos a él y al entrometernos,

estamos involucrándonos en un tema interno de los españoles ... y de nuestros empresarios, cuyo interés por colocar sus productos no debería comprometer nuestra bandera.

Los Tratados posteriores, que intentaron resolver esos conflictos, lejos de lograrlo, los estimularon mediante la ocupación de Menorca y Gibraltar, el navío de visita, el régimen de asiento, que permitió el negocio inhumano y lucrativo de la venta de esclavos en América. Dicho sea de paso, la esclavitud nunca fue un buen para la corona; los capitanes de los buques “negreros” eran los que se llevaban la parte del león, en proporción inversa a sus escrúpulos: a menor recato, mayor ganancia. Incluso cuando los portugueses tenían el monopolio de ese vil comercio y millones de esclavos fueron a dar con sus huesos a América, su ejercicio no resultó en beneficio de la corona portuguesa.

Según mi compañero de prisión, la victoria debe ir acompañada de magnanimidad por parte del vencedor, porque haciendo lo contrario, es decir humillando al derrotado, sometiéndolo a las vejaciones del apoderamiento de sus posesiones o al pago en especie de contribuciones exageradas, solo se conseguirá fabricar un enemigo enmascarado y latente, que continuaremos doblegando por vía de la derrota, pero nunca será nuestro amigo.

Hizo una pausa James para humedecer los labios con té:

Continuad, os lo ruego – dijo con interés manifiesto el superintendente.

Left continuó su exposición como si no hubiera interrumpido el relato:

-Decía el teniente Steward que uno de nuestros errores mayores provenía del hecho de considerarnos “copropietarios” del mar Caribe. Ni el Tratado de 1670 sobre América ni el que puso fin en Utrecht a la guerra de sucesión, consagraban ese derecho, que nuestro reino consideró indiscutido. Como el tema daba para la controversia, el rey Felipe V de España instituyó el navío de visita que inspeccionaba nuestras embarcaciones, mientras nosotros calificábamos como acto de piratería esos gestos, que los españoles complementaban con la concesión del derecho de guardacostas a privados para inspeccionar la carga de los buques británicos.

El resultado de todo esto fue que a partir de Utrecht se vivió en perpetuo enfrentamiento, tácito a veces; explícito otras por formales declaraciones de guerra. Esas desinteligencias condujeron después a un belicismo que se podría haber evitado. Del tiempo de esos tratados data la construcción por España de “llaves”, especie de baluartes que sostenían sus dominios.

Steward profesaba una verdadera admiración por el ministro español José Patiño, y en menor medida por la reina, doña Isabel de Farnesio, la segunda esposa de Felipe V. Sin embargo, presumo que la admiración a la reina se refería más a la madre que a la estadista, por cuanto la mayor preocupación de ésta eran las posesiones de España en Italia. Patiño durante los diez años en que se desempeñó como factótum del reino (había concentrado en su persona las Secretarías de Hacienda y de Marina e Indias) - proveyó a la armada de España de más de cincuenta navíos equipados, con los que esperaba recuperar el control de los mares en los cuales su país tuviera intereses.

Este despliegue de Patiño – tenía “hambreado” al ejército y pagaba con escrupulosa puntualidad las deudas con las demás potencias europeas para no padecer interferencias y poder afectar todos los recursos disponibles que le quedaban a la flota de mar –. Con hábiles artimañas hizo construir los navíos en diferentes astilleros, de modo que no salieran de cada uno de ellos más de dos o tres buques de guerra con el fin (logrado) de no despertar preocupación alguna en las distintas cancillerías de Europa.

A principios de 1727, a instancias de Patiño, el ejército de España puso sitio a Gibraltar, en una maniobra destinada a refutar el Tratado de Utrecht y abrumar la fortaleza, que a esa altura se había convertido en todo un símbolo para nuestro país y para España. Pero la perspicacia de Steward había acertado al comparar a Patiño con la reina: cuando parecía que esa fortaleza estaba a punto de ser recuperada por los españoles, se celebró en París el acuerdo que tuvo la virtud para nosotros de ratificar el de El Pardo, por el cual España admitía la cesión de Gibraltar a nuestra nación con carácter perpetuo. A cambio, tanto Francia como Gran Bretaña se obligaban a “ayudar” a España en la recuperación o mantenimiento de los ducados italianos: punto para la reina, respiro para nosotros.

Pero sin duda, donde más se notó la influencia de Patiño fue en América (en especial en el Caribe); allí realizó una verdadera cruzada contra el contrabando, efectuándose una creciente ola de captura de naves sospechosas.

Sin embargo, toda la labor de Patiño se derrumbó a partir de su muerte, que ocurrió en 1736. Y por supuesto, no podemos saber qué pasará en el futuro.

Antes de morir había impulsado la firma del pacto de familia con los Borbones de Francia, mediante el cual España se obligaba a intervenir en la guerra de sucesión de Polonia, apoyando en sus pretensiones al suegro de Luis XV. A su vez Francia – para la hipótesis muy probable de que Inglaterra interviniera en esa sucesión – debía apoyar a España en su reiterado ataque a Gibraltar (verdadera obsesión de Patiño) que concluyó, como ha sido dicho, unos diez años antes de su muerte.

Steward creía que el mundo comenzaba a conocerse mejor a sí mismo, y que aquél, cada vez era más apto para comprender la continuidad de acontecimientos que unían las antiguas generaciones con las nuevas. Pensaba que la geografía habría de complementar la utilidad de los viajes; decía que el ministro de Felipe V había leído a Cosme Brunetti y a los hermanos Juan Bautista y Jerónimo Vecchiette. Además, el notable talento de Patiño se demostró en ese pacto con Francia (antes había cortejado a Gran Bretaña, sin obtener frutos satisfactorios para que pusiera fin a sus permanentes conflictos expansionistas en La Florida).

Tanto Steward como yo pensamos que hubiera sido mejor una alianza con España (abstracción hecha del traspíe que acabamos de sufrir en Cartagena). Ambas naciones tenemos el destino común de ocupar el Nuevo Continente: de hecho ya casi tenemos un reparto implícito: el norte para nosotros, el sur para ellos. Podrá haber zonas puntuales de desencuentro, donde ambos tengamos pretensión por idénticos lugares, los que sin duda serán objeto de disputa (por ejemplo en La Florida). Pero para eso existe la diplomacia, a cuyo arte debe confiarse la solución de esos problemas sin recurrir a las tropas. Resumamos los enfrentamientos deben referirse a esas áreas y solo a

ellas, evitando de cualquier manera que un error de cálculo derive en un casus belli. La guerra debe ser el último expediente y no puede descartarse: pero no vayamos con la idea de ocupar sus territorios con impunidad y menos con la infantilidad de satisfacer las pretensiones de nuestros industriales. Es cierto que el alma de nuestro reino es el comercio, pero él no puede (ni debe) regir nuestro destino.

Zonas hay en el dilatado mundo donde realizar una tarea de conquista que no nos obligue a hacer la guerra a potencias europeas sino solo a los naturales del lugar.<sup>11</sup>

En otro orden de cosas: le llegaron a Vernon algunas quejas referidas al trato recibido por quienes estaban en prisión, y después de nuestra derrota los españoles consintieron en que fuera un oficial para verificarlas. Se comprobó que esas reclamaciones eran infundadas y tanto Steward como yo podemos dar fe que el trato recibido fue correcto; más aún: comíamos del mismo rancho que los soldados de España.

Dicho sea de paso: en nuestra guerra con España por “la oreja de Jenkins” o la pretendida captura de Cartagena, las cosas casi cambian por pura casualidad, demostrando que la victoria es una expresión veleidosa. Por caso, el disparo aislado de un cañón móvil que se efectuó desde babor de uno de los navíos de nuestra armada dio en el templo de Nuestra Señora de los Ángeles y estuvo a punto de provocar un efecto notable en las filas españolas, quizá hasta el extremo de cambiar

---

<sup>11</sup> Recién en el Congreso de Berlín, celebrado a instancias de Bismarck en la segunda mitad del siglo XIX, se estableció y sostuvo el principio de que las potencias europeas no debían enfrentarse entre sí por la posesión de territorios coloniales. Es decir: se consagró el principio de la división del mundo en zonas de influencia y el “reparto” de dominios entre las distintas naciones “conquistadoras”.

la suerte de la guerra.

Habían almacenado un importante depósito de pólvora y municiones en las inmediaciones de su altar mayor y sin duda si hubiera explotado el daño material y moral habría sido imposible de valuar. Pero eso no ocurrió y es inútil e inoficioso especular con la hipótesis de su suceso; no pueden hacerse profecías al revés.

Lo único que se podía hacer (y no se debía) era ofender y provocar a los españoles sin ton ni son. Por ejemplo: se incendió y hundió el Galicia frente al único fuerte que continuaba en manos españolas en la bahía interior. Ese navío, a partir del fracaso de su hundimiento en Bocachica navegó e intervino en la guerra con bandera británica; hundirlo en las narices de los españoles fue un insulto gratuito. Pero todas estas fueron solo escaramuzas aisladas; ya la suerte estaba echada. Solo nos quedaba la comisión de algunos actos de venganza, que no hacían más que demostrar nuestra impotencia.

Solo probamos con ello que con viento a favor éramos capaces de echarnos sobre las tropas españolas como selyúcidas feroces y con viento en contra, “dispuestos a llorar como mujer, lo que no se supo conquistar como hombre”, parafraseando a la madre del príncipe moro, vencido en las estibaciones de Granada.

En definitiva, la pretensión de tomar Cartagena de Indias, la Guerra de la Oreja de Jenkins, o del Asiento, como quiera llamársela, nos produjo alrededor de diez mil muertos y el resto de la tropa enfermo. Tuvimos que irnos con el rabo entre las piernas después de sufrir una derrota humillante.

Gastón Pérez Izquierdo

*UN HOMBRE Y MEDIO*

La gloria no se la llevó nuestra isla sino un almirante cojo, manco y tuerto: Blas de Lezo.



## EPÍLOGO

En las lejanas tierras del Nuevo Continente, un almirante nacido en Parejas, aldea marítima de las vascongadas españolas, apodado medio hombre, que cometiera la hazaña de derrotar en Cartagena de Indias a la flota británica, estaba por morir. Corría el mes de septiembre de 1741.

Dicen que momentos antes del instante final, un individuo “ve” las imágenes de su vida, que con la urgencia del caso le es proyectada por Dios. Si esto fuera cierto (al menos este autor cree que no existen razones para dudar de ello), por el corazón y el alma del almirante Blas de Lezo habrá pasado la bala de cañón que le arrebató su pierna izquierda cuando era casi un niño, aquel proyectil disparado en Tolón por el ejército del príncipe de Saboya que lo dejó sin la movilidad definitiva del brazo, la esquirla de una bomba que le inutilizó el ojo en el sitio de Barcelona ... Habrá rememorado también la felicidad de su matrimonio, la dicha con que recibió el nacimiento de cada uno de sus hijos.

Sobre todo, las imágenes habrán proyectado la armada inglesa anclada frente a Cartagena de Indias, cuyas velas no permitían divisar el horizonte. Momentos de nervios y angustia, con todo un pueblo

anhelante detrás suyo. ¡Ciento ochenta y seis embarcaciones! ¡Más de sesenta buques que la famosa Armada Invencible de Felipe II, parcialmente destruida en el canal de la Mancha por tempestades y brulotes! Con solo pensar que los ingleses venían con treinta mil hombres y él solo disponía de tres mil, el alma se encoje. ¡Y de ese magro número, unos seiscientos eran indios flecheros traídos de la selva, sin formación militar ni conocimiento de la lengua de Castilla!

El bravo y sufrido almirante se moría. No había oropeles ni dinero en su casa, como tampoco los hubo en su nacimiento. España no tenía recursos pagarle a su héroe ni siquiera los sueldos atrasados. Por si no fuera suficiente, sus estipendios estaban congelados.

Como suele pasar muchas veces, no se agolpaba público anhelante a la puerta de su casa; a lo sumo algún amigo íntimo, de los que igual habrían estado si Lezo no hubiera salvado a Cartagena de los ingleses. También estaba el obispo; fiel a su misión apostólica, no olvidaba en ese momento a su humilde pecador. Tampoco omitía que Lezo, en su arenga última, antes de la batalla por el fuerte de San Felipe, había instado a sus soldados a luchar por la religión y sus palabras, antes de pedirles el último esfuerzo, habían sido “¡Viva España! ¡Viva Cristo Nuestro Señor!”

Ironías de la vida: Vernon, que había mentido, que fabricara una victoria cuando en realidad debió ocultar su derrota a manos del almirante Lezo, no obstante las enormes diferencias de poder que tenía con su enemigo, fue sepultado en la Abadía de Westminster, en el área reservada a los héroes. A Lezo, que lo derrotó, se lo sepultó en una fosa desconocida, cuya identificación aún hoy se ignora, pero a su pedido, debía estar en las cercanías del arsenal, al lado de las municiones que

abastecían a sus navíos, como si pudiera respirar el olor a pólvora.

España reconoció la valía de su prócer mucho después, cuando Lezo ya no habitaba este mundo. Le asignó un título nobiliario, que al menos sus herederos pudieron lucir. Fue el primer marqués de Oviedo.

Lo honró con un pago póstumo. Tan importante y justo como el monumento que en su memoria levantaron los cartageneros en las inmediaciones del castillo de San Felipe de Barajas, teatro de su brillo militar. Tan importante como su astucia para defenderlo. Tan justo como el que en Madrid se erigió en su memoria, casi trescientos años después de la epopeya que honrara las armas de España.